
CARAS
Y
CARETAS
DICHO CRIOLLO
Le Breton. — Dicen que todas las noches se reunen a la misma hora.
Alvear. — No creo en viudas ni en aparecidos.


SERRANO
Pruebe el delicioso
CHAMPAGNE
TIRASSO
Es elaborado a fermenta-
ción natural como en las
mejores bodegas de Europa
y compite ventajosamen-
te con las marcas extran-
jeras más acreditadas.
SARMIENTO, 847
Buenos Aires
Viñedos y Bodegas
Santa Ana - Mendoza
CHAMPAGNE TIRASSO
DEMI SEC
CHAMPAGNE
TIRASSO

EL REGALO DE BODAS

CONTINUACION DE "EL BESO DE JUDAS"

Por

E. PHILLIPS OPPENHEIM

Por varios meses, después de mi ingeniosa fuga del café de Mme. Ponadour, en el barrio marítimo de Marsella, viví la vida de perro en Foret du Dom, cerca de Hyéres. Eramos tres leñadores en la choza: Pierre, Jacques y yo. Mis dos compañeros, después de veinte años del mismo monótono trabajo, se habían convertido en algo así como los árboles cuyas ramas cortábamos y cuyos troncos transportábamos por el tortuoso camino hasta la estación para despacharlos a Niza. Estos dos hombres, según pude descubrir, no eran muy virtuosos. Hacían trampas con los naipes, bebían con exceso cuando podían procurarse el vino o el terrible aguardiente de la región, y estoy convencido de que hubieran matado a cualquiera por unos francos si barruntaran la posibilidad de evitar el presidio. Sus caras estaban tostadas, casi negras, como la mía lo estuvo pronto.

Yo, para no mentir, me encontraba entre ellos para esconder mi persona y mi posición social en el mundo. Algunas veces, mientras ellos dormían, leía los diarios que con cierta dificultad podíamos conseguir en el pueblo vecino; leía sobre mí mismo; ya se me consideraba como el más famoso criminal que había en libertad. Todos los más renombrados detectives de Londres, París y Nueva York habían jurado capturarme; mis crímenes, mi atrevimiento, mis atrocidades; leía todas estas cosas... y me reía.

Gracias a mi resignación y paciencia sabía que me encontraba en sitio seguro mientras yo lo quisiera. Sin embargo, había ciertos inconvenientes, pues los pantalones de pana y la blusa de leñador no eran artículos de mi agrado para vestir. Tampoco me agradaba el pan negro, la sopa, las manzanas y vino agrio como único alimento para mantener el cuerpo y alma juntos. En Londres había dinero para mí, y bastante. Sabía que para conseguir aquel dinero, lo que no podía tardar, tendría que salir de mi escondite y desafiar una vez más al mundo de mis enemigos.

Un día cierto accidente casual me hizo reflexionar. Nos habíamos detenido por unos segundos para llenar nuestras pipas, apenas a



LEÍ UNAS PALABRAS, ESCRITAS CON LETRA FAMILIAR: «EL REGALO DE BODAS DE MICHAEL».

unos doce metros de una de las pronunciadas curvas del camino, dejando nuestro carro cargado con troncos, como de costumbre, en medio del camino. De pronto apareció un automóvil por el recodo con demasiada velocidad para que el chauffeur tuviera tiempo de aplicar los frenos con seguridad. Con una hábil maniobra pasó rozando los troncos con la capota y salvándose del precipicio tan sólo por unos pocos centímetros. El chauffeur levantó un brazo en el aire agitándolo al tiempo que gritaba. Yo le contesté en la misma forma, pero con palabras amistosas, pues el incidente me había dado una idea. Aquella noche noté que Pierre y Jacques bebían más que de costumbre; entonces les hice una proposición.

— Compañeros — les dije: — llevamos una vida de perros.

Ellos asintieron refunfuñando.

— Hoy — continué — se me ocurrió una idea. Si nuestro carro hubiera estado unos centímetros más cerca del borde del precipicio, o el chauffeur hubiera sido un poco menos hábil, no hubiera tenido escape posible.

Los dos produjeron extraños ruidos en sus gargantas y siguieron escuchando.

— Esta es una vida de perros — repetí. — Lo que necesitamos para hacer la vida agradable es dinero. Una persona como esa de hoy lleva dinero... una cartera. Mientras estuviese sin conocimiento podíamos habérsela sacado. Una cartera es fácil hacerla desaparecer. ¿Qué les parece, compañeros?

Sin duda que la idea les pareció buena. Jacques mostraba sus amarillentos dientes en una tremenda sonrisa, y los redondos y negros ojos de Pierre se encendieron con maligna llama.

— ¿Sería una parte igual para cada uno? — preguntó.

— Para cada uno de los tres — le contesté. — Déjenme a mí los detalles.

La mañana siguiente fuimos a nuestro trabajo. Mientras cortábamos las ramas y cargábamos los troncos en el carro, calculábamos lo que la Fortuna podía almacenar en nuestra miserable choza. Cuando por fin llegó la hora de ponernos en camino, mis dos compañeros parecían más seres humanos que de costumbre. Marchaban impasibles al lado del carro, pero llenos de esperanzas. Nos deteníamos en cada vuelta del camino, siempre con la perversa esperanza en nuestro corazón; algunas veces nos veían desde arriba, otras veces el chauffeur ponía demasiado cuidado; el asunto no era tan fácil como parecía. Sin embargo, al cuarto día nuestra perseverancia tuvo su recompensa. Un auto, que yo había espiado desde lejos, apareció en la curva donde estábamos, como quien dice, anclados. Se sintió un grito del que lo manejaba, se produjo el choque contra el carro, y el auto y su ocupante rodaron precipicio abajo. Fué una escena de lo más agradable.

Yo fuí el que bajó hasta donde nuestra víctima reposaba, y le saqué del bolsillo interior del saco una elegante cartera negra. Después le palpé el corazón y descubrí que estaba aún con vida. Ordené a Pierre que llevara el carro hacia el lugar a donde nos correspondía para esperar el resultado, y aunque realmente poco me importaba si el hombre estaba muerto o vivo, me encontré, sin darme cuenta, mojándole la cabeza y desabrochando su ropa. Al rato apareció un coche de turistas que desde Cannes se dirigían a Hyéres. El accidente fué explicado, hicieron lugar para el herido, y recibimos una liberal propina recolectada entre los pasajeros. Poco después estábamos en nuestra choza, y al abrir la cartera nos encontramos con novecientos francos; y no podré olvidar la diabólica cara que pusieron mis compañeros mientras yo contaba los billetes.

Pierre y Jacques bajaron al pueblo aquella noche para celebrar la hazaña con unas cuantas copas de vino. Yo me senté afuera de la choza; el silencio y la belleza del lugar me encantaban. Pensé en las grandes ciudades y sus hermosas avenidas, la potentosa gritería de la vida turbulenta, los teatros, la ópera con su maravillosa música, la que siempre fué mi encanto, las voces, la risa y la presencia de hermosas mujeres. Todo aquello me atraía con irresistible fuerza.

Nuestra segunda aventura se desarrolló más o menos en la misma forma, produciéndonos un par de miles de francos. Esta vez, sin embargo, hubo contrariedades, pues el que manejaba se fracturó el cuello, y su esposa, que resultó sólo con lastimaduras leves, dió claras explicaciones sobre la posición de nuestro carro y la desaparición de la cartera del bolsillo de su esposo después de haberlo sacado del fondo del precipicio. Pero nada se pudo probar, y como mis compañeros me dejaron a mí la palabra, escaparon a toda sospecha, lo mismo que yo. Sin embargo, después les hablé con seriedad.

— Compañeros — les dije: — esta jugada es demasiado buena para que dure. Debemos ser astutos por un tiempo; después probaremos otra vez, la cual eligiré yo, pues tendrá que ser la última.

Después de esto pasaron muchos coches, y sólo un mes después nuestro último golpe tuvo lugar, concluyendo en forma muy diferente de lo que yo esperaba. Desde mi lugar de observación, a pocos pasos del carro, vi aparecer un elegante coche que procedía de Cannes. Una joven iba sentada al lado del que manejaba, y en el interior un caballero ya de edad.

— Aquí está nuestro momento, compañeros — les dije, saliendo al camino.— Muevan el carro hasta la curva y prepárense para lo que pueda suceder.

Lo que sucedió me es aún inexplicable. Desde donde yo estaba, escondido entre el matorral, pude ver que pasaba algo raro con el coche, o con la forma en que era manejado. El vehículo corría con una velocidad vertiginosa y describiendo un peligroso zig-zag, aparentemente manejado por manos poco expertas; algunas veces parecía lanzarse en el precipicio sin necesidad de nuestra intervención. Pero la cara de la muchacha, de la cual yo no podía retirar mi vista, produjo asombrosa impresión en mí. Ella debió comprender el peligro en que se encontraba, pero no mostró ni el menor signo de miedo. La vi hablando al chauffeur, tratando de corregirlo, pero era evidente que éste o sufría un ataque o había perdido por completo el control de sus nervios. Entonces ella se incorporó y trató de apretar el pedal del freno, consiguiendo hasta cierto punto reducir la marcha. De pronto el chauffeur, aprovechando la oportunidad, saltó de su asiento y rodó por el polvo.

El pie de ella debió resbalar del freno, y el coche emprendió otra vez su loca carrera. Ella se apoderó del volante, pero pude notar que nunca había manejado un coche. Cuando llegó a la curva vi la expresión de sus ojos y oí los gritos y exclamaciones del caballero que iba detrás de ella, y entonces me acometió uno de esos extraordinarios impulsos que no intentaré explicar. Habíamos preparado perfectamente el plan para destruir aquel coche, y yo expuse mi vida para salvarlo. Me coloqué en medio del camino, me preparé para un gran esfuerzo, y, en el momento que el coche pasaba junto a mí, me lancé desesperadamente sobre el guardabarro. Logré asirme de él con una mano y con la otra me apoderé del volante. Ella gritó como si en un instante hubiera comprendido, y se hizo a un lado para dejarme sitio. En cuestión de segundos tuve el volante entre mis manos y, medio arrodillado, medio sentado, enderecé el coche cuando ya estaba

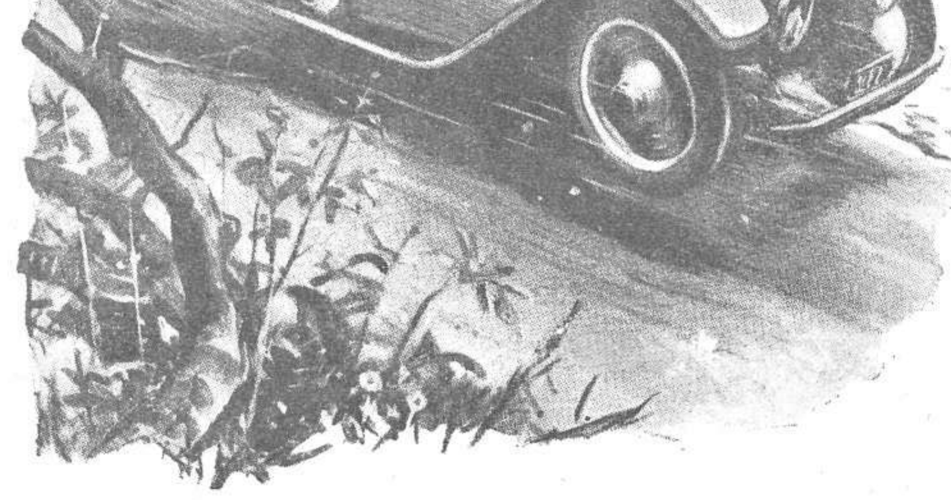
en el mismo borde del precipicio. En seguida apliqué los frenos y reduje la velocidad, para conseguir detenerlo sólo a pocos pies antes de chocar con el carro. Al verlo ella apareció en su expresión el te-

— Aceptado — declaró él, gustoso. — No discutiremos en cuanto a las condiciones, se lo prometo.

Durante los cuatro días que duró nuestro viaje, la joven, que todo el tiempo se sentó a mi lado, parecía envuelta en pensamientos, hablándome sólo después de largos intervalos.

— ¿Cómo es que usted, un leñador, puede manejar un automóvil? — fué su primera pregunta.

— No he sido siempre leñador — le contesté.



E PREPARÉ PARA UN GRAN ESFUERZO Y ME LANCÉ SOBRE EL GUARDABARRO.

rror que le causaba el peligro pasado, y me miró con un raro brillo en sus ojos.

— Llegó justamente a tiempo — me dijo. — Ha sido un salto maravilloso.

— ¿Qué le pasaba a su chauffeur? — le pregunté.

— Nuestro chauffeur se enfermó y conseguimos ese muchacho en Cannes — contestó ella.

El caballero que la acompañaba se había bajado ya y me apretaba la mano.

— Mi buen hombre — exclamó, — usted se ha ganado el día. — Y su sorpresa no tuvo límites cuando notó que yo hablaba su propio idioma.

Pude ver que se trataba de una persona notable, el verdadero prototipo del opulento turista inglés.

— Mi nombre es lord Kindersley — dijo. — Nunca olvidaré lo que usted acaba de hacer. Tendrá que conducirnos hasta Hyéres o Tolón, lo recompensaré en forma que quedará contento, pero no podemos quedar aquí, ni consentiría que ese muchacho volviera a tocar el coche.

— ¿A dónde van? — le pregunté.

— A Inglaterra — contestó ella.

— Los conduciré hasta Boulogne — dije yo, — si me facilita los papeles de ese joven y recompensa a mis compañeros, pues tendrán que buscar otro leñador.

— ¿Para qué quiere los papeles de ese muchacho?

— Porque necesito entrar en Inglaterra y me sería difícil conseguir un pasaporte.

Abandonó su interrogatorio con un poco de repugnancia. Yo sabía que estaba deseando continuar con sus preguntas, pero no le dí mucha oportunidad. Al día siguiente continuó de nuevo su interrogatorio. Esta vez me fué más difícil contestar.

— ¿Por qué expuso su vida por salvarnos? — preguntó con curiosa brusquedad.

— Porque admiré la forma en que usted estaba afrontando lo que parecía una muerte segura — le dije.

— ¿Es cierto — continuó ella — que los leñadores de Foret du Dom roban con frecuencia los viajeros, cuando sufren un accidente?

— Muy cierto — admití yo. — Algunas veces también han contribuído al accidente. Yo mismo lo he hecho.

— ¿Por qué dice tal cosa? — dijo ella con reproche.

— Es muy cierto — le aseguré. — Teníamos todo preparado para echar este coche al precipicio, pero cuando la vi no pude pensar en otra cosa más que en salvarla.

Ella rió un poco nerviosa, pero rehuyó mi mirada.

— Es usted una persona muy rara —dijo después de una pausa. —¿Por qué se disfraza de leñador?

— Porque he destrozado otras cosas más que automóviles. He estado escondiéndome de la policía.

Después de esto no volvió a dirigirme la palabra.

En Boulogne se me confió llevar el automóvil hasta Londres, para allí entregarlo en el garage. Una vez terminada mi misión, me dirigí a mis habitaciones. Entre las muchas cartas que había



esperándome, una de ellas, de mi amigo Young, me daba una noticia que fué la mayor sorpresa que yo podía esperar. Mi enemigo de muerte, Norman Greyes, se casaba con la dama que él conoció como viuda de De Mendoza, la que ahora se hacía llamar Janet Soale.

Esta noticia era indudablemente una de las sorpresas más grandes de mi vida. Janet y yo nos habíamos separado, la había engañado como a otras muchas, y en sus días, me sirvió bien y fué fiel. No tenía resentimiento contra ella, especialmente después de darme cuenta que no había tocado mi dinero. Los deseos de matar a Norman Greyes se posesionaron más aún de mí. En el *Times* encontré un pequeño artículo entre las notas sociales.

— Muy bien — me dije. — Asistiré a la recepción que habrá después de la ceremonia. Será interesante conocer el gusto en perlas de Norman Greyes. Veo que ha hecho ensartar su colección para el regalo de boda de su esposa.

Supongo que la mía fué la debilidad de todas las mujeres ante los ruegos del hombre querido. Yo había pasado años de miseria, y llegó el momento en que toda resistencia me era imposible.

Norman Greyes y yo íbamos a casarnos, mis días de penas y lucha habían llegado a su fin, después de casados nos proponíamos viajar por Italia, Egipto y todos los países que tantos deseos tenía de conocer. Un inesperado temor de Michael me hizo temblar. No podía creer que estaba muerto, no obstante que Norman me lo aseguraba. Me pare-

cía verlo interponiéndose entre mí y mi nueva felicidad. El temor se convirtió casi en un pánico. Cerré la puerta de mi habitación con llave y pasé toda la noche en vela, aterrorizada por el menor ruido, asustada aun por la obscuridad de la habitación, de entre cuyas sombras me parecía ver surgir su cara, con la extraña sonrisa bajo la cual disfrazaba su extraordinario poder. La noche pasó, pero aun durante aquellos maravillosos días que siguieron, el temor no me abandonaba, ni aún en el momento de mi suprema felicidad, unas semanas después, cuando salía con Norman bajo el pórtico de la iglesia... ¡Su esposa! De pronto me sentí convencida de que Michael estaba en la iglesia. Fué un momento terrible, aunque breve. Vacilé, y Norman me miró con ansiedad. Entonces sonreí y pretendí recoger mi cola.

El resto, por un tiempo, fué como un sueño. La casa de la hermana de Norman, donde tenía lugar la recepción, estaba llena de gente y todos eran muy cariñosos conmigo. En el momento en que me avisaron que era hora de cambiar mi traje por el de viaje, el tío de Norman, Harold Greyes, me rogó que le mostrara el collar de perlas que Norman me había dado como regalo de bodas. Lo llevé a la habitación donde estaban exhibiéndose los regalos. Gran número de mis nuevos amigos los examinaban con curiosidad, y en el extremo de la habitación vi al detective que había sido enviado de Scotland Yard para vigilar las joyas.

— Sé que no dispone de mucho tiempo — me dijo el tío de Norman; — sólo quiero ver las perlas por la curiosidad de saber si Norman es un buen juez en la materia.

Le señalé el estuche con el dedo; él se ajustó los lentes, lo miró por un momento y se volvió hacia mí.

— Una precaución muy prudente — observó. — ¿Pero era necesario teniendo aquí un detective?

— ¿Qué quiere decir? No lo comprendo — le dije un poco azorada.

— La substitución del collar — explicó él; — claro, esta es una buena imitación, pero yo quería ver las verdaderas.

Me agaché sobre el estuche con cierta aprensión. El collar que allí aparecía yo nunca lo había visto. Ciertamente no era el que hacía sólo media hora había tenido entre mis dedos enseñándolo a los amigos de Norman.

— ¡Mi collar de perlas ha desaparecido! — dije al detective que se acercaba atraído por mi expresión. — ¡Hace media hora estaba aquí. Esta es una imitación con la que lo han reemplazado!

El detective cerró primero la puerta y después volvió a la habitación. Además del tío de Norman y yo estaban presentes una hermosa joven llamada Beatrice Kinderley, gran amiga de Norman; la señora de Phillipson, y un hombre alto, de apariencia militar, completamente desconocido para mí.

— ¡Esto es verdaderamente doloroso! — exclamó este último. — Es mucha la gente que ha entrado y salido en la última media hora.

— Es sólo cuestión de tres minutos — dijo el detective. — ¿Me permite preguntarle, señora, si todos los presentes son conocidos suyos?

— Conozco a la señorita Kinderley y a la señora Phillipson. No creo que he sido presentada a usted, ¿no? — agregué dirigiéndome al desconocido.

El me miró con una sonrisa particular, y noté por primera vez que llevaba lentes sin arcos. Tenía la frente raramente ancha y pelo gris peinado hacia atrás. No puedo decir que me recordaba alguien; sin embargo, su aspecto me llenaba de vaga inquietud.

— Temo que no he tenido ese placer, señora — dijo con una pequeña reverencia. — Su esposo, sin embargo, es un antiguo amigo mío. Mi nombre es Escombe... Coronel James Escombe del ejército de la India.

— Si usted es desconocido de la señora, debo rogarle que espere hasta que regrese el señor Norman — interpuso el detective.

— Con el mayor placer — respondió él.

Beatrice Kinderley, empezó de pronto a reir.

— ¡Pobre coronel Escombe! — exclamó tomándolo del brazo. — Es uno de los viejos amigos de papá y odia los casamientos y fiestas de toda clase, pero lo persuadí a que viniera porque dijo que conoció a su esposo en la India. Por favor, señora, ¿podemos retirarnos? Prometimos a papá ir a buscarlo en el club, y ya es demasiado tarde.

El detective demostró contrariedad. Yo murmuré mi consentimiento y les dí la mano.

— Permítame que, aunque relativamente desconocido — dijo el coronel Escombe al agacharse para besar mi mano, — le desee toda la felicidad que usted se merece.

Salieron con la mayor tranquilidad, riendo y hablando entre ellos. Volví a acercarme al estuche, llevada por algún irresistible impulso; por primera vez noté un papelito que estaba debajo del collar. Lo tomé y leí unas palabras, escritas con una letra familiar: «El regalo de bodas de Michael».

El genio más grande del mundo no puede prevenir todas las contingencias. Mi situación no podía ser más crítica cuando se descubrió el cambio del collar. De algún modo tenía que salir de la casa antes de que regresara Norman Greyes. La suerte quiso decidirse en mi favor haciendo que me sacara de la situación la misma joven cuyos labios se habían burlado del peligro en Foret du Dom... otra de las tantas incautas víctimas, y el resultado de nuestras frecuentes entrevistas en Londres desde el regreso de Francia.

— ¿Hacia dónde? — me preguntó tan pronto entramos en su automóvil.

— Al Museo Británico, si es posible — le contesté.

Dió la orden al chauffeur. Su expresión me sorprendió; estaba pálida, pero no había en su cara la menor seña de exaltación.

— ¿Siente haber intervenido? — le pregunté.

— No es eso. ¿Robó usted las perlas?

— Claro — contesté.

— ¡Usted es un ladrón!

— Nunca pretendí pasar por otra cosa.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos.

— ¿Puedo yo... me sería posible comprarle las perlas?

— ¿Con qué objeto? — le pregunté.

— Para devolvérselas al señor Greyes. ¿No ve que en parte soy responsable de la pérdida?

— Con el mayor placer. Las perlas son suyas — le dije con buena fe. — Las tomé porque el lado dramático del robo me instigaba. Norman Greyes y yo somos viejos enemigos y me ha perseguido sólo como un hombre puede perseguir a otro. Su esposa es una antigua conocida mía. Permítame...

Me saqué el sombrero de copa y lo coloqué sobre el asiento opuesto. Después me pasé suavemente la mano por el pelo, desde la frente hacia atrás, apreté sobre la parte superior de *mi cráneo*, y le entregué el collar. Ella me miró con una mirada llena de sorpresa.

— Esta parte falsa de mi cabeza — continué — es uno de los más ingeniosos instrumentos que mis amigos parisienses me proporcionaron. Si Norman Greyes triunfa y me vence, probablemente irá a formar parte entre las curiosidades del Museo de Scotland Yard.

El coche se detuvo frente al Museo; ella me tendió la mano.

— Creo que usted es una persona terrible, pero maravillosa — me dijo. — De todos modos, me agrada saber que he pagado una parte de mi deuda.

— Está pagada por completo — le dije mientras me retiraba.

FIN

VN PASEO CARO



I amada y yo salimos del bosque y corrimos a una colina próxima, en cuya cima nos detuvimos encantados ante el hermoso panorama del valle.

Mi emoción era tan grande, que así una mano de mi amada y me la llevé a los labios, aunque en verdad no había relación alguna entre el panorama y la mano.

Luego murmuré:

— Ha sido una verdadera suerte para nosotros el perdernos en el bosque. Si no nos hubiéramos perdido, no estaríamos ahora contemplando este panorama delicioso. El río, allá abajo, parece un ancho cinturon azul ceñido a un corpiño verde. ¡Cuán bellamente se destaca sobre el fondo azul la blancura de la camisa de aquel pescador! ¡Qué hermosura, querida mía!

Mi amada me miró orgullosa, feliz, y se estrechó contra mí, como si aquel párrafo poético me lo hubiera inspirado su belleza. Decididamente, la lógica no es lo que distingue a los enamorados.

Los dos nos sumimos en un éxtasis contemplativo. Para ver mejor, ella apoyó la cabeza en mi hombro. Yo, de cuando en cuando, posaba mis labios en el oro de sus cabellos; lo cual, en mi sentir, facilitaba mucho la contemplación de la Naturaleza.

....

— ¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? — gritó de pronto uno voz chillona a nuestra espalda.

— ¡Dios mío! — exclamó mi amada asustadísima.

Nos volvimos, y vimos a un hombrecillo cuyos ojos nos miraban con manifiesta hostilidad a través de unas gafas ahumadas. Llevaba una levita de seda cruda y unos pantalones negros, demasiado largos, cubiertos de polvo hasta las rodillas. Los cabellos se le pegaban a la frente, empapada de sudor. Su gorrita de *jockey* le abrigaba no mayor espacio del cráneo que el que hubiera abrigado un solideo. Un látigo se agitaba en su mano como si estuviera vivo.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? — repitió. — ¿A que han venido ustedes? ¡Esto no puede permitirse!

— ¿Qué derecho tiene usted a hacerme tales

preguntas? — le contesté yo, indignado. — ¿Y qué obligación tenemos nosotros de darle a usted explicaciones?

— ¿Conque no tiene ustedes obligación de darme explicaciones? ¿A quién le pertenece, pues, este terreno, ese río, ese bosque? ¿Al emperador de la China?

El hombrecillo calló un instante, sin duda para ver si nos atrevíamos a contestar afirmativamente a su última pregunta; pero como nosotros no osáramos, por falta de datos, atribuirle al susodicho emperador la propiedad de todo aquello, declaró:

— Este terreno, ese río, ese bosque, me pertenecen a mí. ¿Comprenden ustedes, señoras y señores?

— Tal vez le pertenezcan — repuse. — De ser así le felicito; pero... supongo que no nos creerá usted capaces de meternos en el bolsillo o de comernos un pedazo de finca rústica.

— ¿Ignora usted que está prohibido pasearse por un terreno privado?

— Nosotros no sabíamos que este terreno era de usted. Como no tiene letrero...

— ¿Letrero?

— ¡Claro! ¿Usted no ha visto ningún mapa?

— Sí, señor.

— En los mapas, ¿no hay un letrero sobre cada territorio?...

— ¡Pero el campo — interrumpió el hombrecillo — no es un mapa!

— Para el caso, como si lo fuera. Si sobre sus tierras de usted hubiera un letrero que dijese «Finca de Diablo Ivanovich», nosotros no hubiéramos entrado.

— ¡Ah! ¿Conque yo soy para ustedes Diablo Ivanovich? ¿Quién les ha llamado a la finca de Diablo Ivanovich?

— Nos hemos perdido.

— ¡Perdido! La gente, cuando se pierde, busca el camino, y ustedes llevan aquí más de una hora admirando el paisaje.

La actitud del hombrecillo iba siendo demasiado impertinente.

— ¿Y a usted eso — vociferé — le perjudica? ¿Le cuesta dinero? ¿Entorpece la buena marcha de sus negocios?

— ¿Pero me produce alguna ganancia?

— ¿Qué ganancia quería usted que le produjese?

— La debida, joven, la debida.

— ¿La debida?

— Sí, la debida.

El hombrecillo se sentó en un banco que nosotros no habíamos visto, porque estaba oculto entre unas matas de lilas.

— Con permiso de ustedes, voy a descansar un rato sentado en «mi» banco, que está en «mi» terreno. Razonemos. ¿Usted cree que este terreno, ese bosque, ese río, me los han dado por mi bella cara?

La hipótesis era paradójica en demasía.

— Sería más lógico creer que me ha costado el dinero.

— Desde luego.

— Bueno. Sigamos razonando. La contemplación del paisaje ha sido un placer para usted, ¿verdad?

— Sí, señor. El paisaje es una maravilla; lo confieso.

— Pues bien, ¿quiere usted explicarme con qué derecho puede usted venir aquí y pasarse horas enteras inmóvil como un poste, admirándolo todo, sin pagar nada? Cuando va usted al teatro, ¿no paga la entrada? ¿Qué diferencia existe entre una cosa y otra?

— Las empresas de teatros, señor, gastan grandes sumas en la *mise en scene*, en la compañía, en la orquesta, en el personal, en la luz...

— ¿Y yo no gasto dinero? ¡Todo esto me cuesta un ojo de la cara! Por ejemplo: ese pescador, del que usted ha hecho un justo elogio, ¿cree usted que no me cuesta nada? ¡Sepa usted, joven, que le pago seis rublos al mes!

Yo me encogí de hombros. Los razonamientos del extraño individuo eran de una estupidez indignante.

— Pero no le pagará usted los seis rublos para que adorne el paisaje.

— En efecto; se los pago por otro servicio muy distinto: es mi cochero. Pero la camisa, cuya blancura «tan bellamente se destaca sobre el fondo azul», se la he dado yo.

Aquel señor parecía estar burlándose de nosotros; lo que me sacaba de mis casillas.

— ¡Acabemos! — grité. — Diga usted, sin ambages, lo que quiere de nosotros. ¿Quiere que le paguemos la contemplación, en su finca, del panorama?

— Es muy justo, joven.

— Bien. Pues preséntenos la cuenta, como es de cajón...

— Se la presentaré, ¿cómo no? — contestó el hombrecillo, levantándose bruscamente. — Han pasado ustedes un rato agradable y deben pagar.

— Bueno. Cuando traiga la cuenta hablaremos. Ahora, márchese. Déjenos en paz. Queremos estar solos. Ya se le llamará si se le necesita.

— Caballero: me habla usted en un tono...

— ¡Basta! El que paga tiene derecho a exigir que no se le moleste.

El extraño individuo pronunció entre dientes algunas palabras ininteligibles, le hizo a mi amada una torpe reverencia y desapareció tras los matorrales.

II

— ¿Has visto qué animal, qué insolente? — le dije a mi amada. — Gracias a Dios, ya se ha largado y podemos seguir contemplando a nuestro sabor este magnífico paisaje. Mira, querida mía, ese bosquecillo de la derecha. En los sitios cubiertos de sombra parece todo verde, y en los sitios que alumbra el sol se distinguen los troncos rojizos de los pinos y los abetos. Mira, allá, a la izquierda, el camino atravesando, en zigzags caprichosos, semejante a una cinta blanca, los campos floridos. ¿Y el tejado rojo de aquella casita, destacándose sobre el fondo verde de las frondas? ¿Y las paredes blancas, deslumbrantes de sol? No sé por qué, el tejado rojo, las paredes blancas, las ventanitas azules, me dilatan el corazón. Tal vez se deba a que una casa en medio de la Naturaleza sea, para el contemplador, como una voz amiga que dice: «No estás solo, no estás en un desierto.» ¿Verdad, querida mía?

Mi amada, en señal de asentimiento, me dirigió una lánguida y tierna mirada, que era, sin duda, un mudo elogio de la casita.

— Mira — proseguí — aquel viejo molino, cuya silueta se dibuja, con perfiles tan limpios, en el claro del cielo. Sus aspas voltean tan lentas, en el aire dormido, que se siente, mirándolas, una divina laxitud; se tendería uno en la hierba y se pasaría horas y horas silencioso e inmóvil, sin otra visión que la de la bóveda celeste, sin pensar en nada, respirando el olor a miel de las flores.

III

— ¡Vámonos! Empieza a caer la tarde — susurró mi amada.

— En seguida, amor mío.

Y, volviéndome, grité en son de burla:

— ¡Mozo, la cuenta!

El odioso hacendado salió al punto de entre las matas con un papelito en la mano.

— ¿Está ya la cuenta redactada? — le pregunté.

— Sí, señor. Aquí la tiene usted — respondió, alargándome el papelito.

Lo desdoblé y leí lo siguiente:

CUENTA del propietario rural Kokurkov por la admiración del paisaje en su finca (comprada al comerciante Semipalov el 23 de septiembre de 1912 ante el notario Besborodko).

	RUBLOS
Los campos cubiertos de flores «que huelen a miel»	2.00
El río, semejante a «un cinturón azul»	1.00
El pescador, cuya camisa blanca «tan bellamente se destaca sobre el fondo azul»	0.50
El bosquecillo verde de troncos rojizos	0.30
La cinta blanca del camino a través de los campos floridos	0.60
La casita de tejado rojo y paredes blancas, que dilata el corazón	1.50
El viejo molino, cuyas aspas producen «una divina laxitud» y del que es propietario el campesino Krivij	0.70
Total	6.60

Yo, muy serio, como si tratase de la cuenta de una comida en un restaurante, estudié detenidamente la factura y objeté:

— Ha incluído usted aquí algunas cosas que no tiene derecho a cobrarme.

— Usted dirá cuales, caballero.

— Mire usted: este viejo molino...

— ¿No lo ha admirado usted?

— Sí, pero es del campesino Krivij, según usted usted mismo confiesa.

— ¿ Y qué?

— Que, no perteneciéndole, no le asiste a usted derecho alguno a cobrar su contemplación.

— El molino mirado de cerca, caballero, no vale nada; es viejísimo, feo, sin ninguna poesía. Sólo es bonito mirado desde este altozano.

— Déjese de sofismas. Conteste, sin rodeos, a esta pregunta: ¿el molino es de usted?

— No.

— Entonces...

— Señor; yo no vendo el molino; vendo el derecho a contemplarlo desde este sitio. El molino no me pertenece, pero el sitio sí.

— El razonamiento no es muy convincente. Sin embargo, pasemos por lo del molino. Lo que no tiene pase es pretender cobrar rublo y medio por una miserable casita. Si no temiera ofenderle a usted, le diría que eso es un robo.

— ¡Una casita tan mona...! Su tejado rojo; sus paredes blancas, deslumbrantes de sol; sus ventanitas azules dilatan el corazón, como usted ha dicho muy bien. ¡Y esas dilataciones se pagan, caballero!

— No tan caras, señor, no tan caras! Están ustedes poniendo la vida imposible. El Gobierno debía tomar cartas en el asunto. ¡Rublo y medio por contemplar una casita que no vale nada! Dan ganas de gritar: «¡Socorro, socorro! ¡Ladrones!» Rebájeme usted medio rublo...

— No puedo, palabra de honor, no puedo. No le cobro de más, créame. Sólo este simpático tejado rojo, en medio de las frondas, vale el rublo y medio. No le cobro las paredes blancas ni las ventanitas azules.

No me atreví a insistir. Aquel monstruo era capaz de aumentar el precio, en vez de disminuirlo.

— ¿Y el camino? — le dije. — ¿Tendrá usted también el valor de sostener que es barato?

— ¡Baratísimo, joven, baratísimo!

— ¡Si sólo lo hemos mirado un momento! Y, además, no es ninguna cosa del otro jueves. Es un artículo corriente de pacotilla.

— ¡No diga usted eso, por Dios! ¡Un camino que pasa a través de los campos floridos! Ni en el centro de la capital encontrará usted otro así... no ya en Petrogrado, en París, en Londres... Un francés o un inglés hubieran pagado, sin regatear, los sesenta copecks y el doble. Los extranjeros, joven, no son tan agarrados como algunos rusos.

Aunque aquello era casi una alusión a mi modesta persona, yo no me dí por aludido.

— Bueno, bueno, — refunfuñé. — ¿Qué vamos a hacerle? Con esos precios, poca clientela tendrá usted...

Y miré el dorso de la factura. Un grito de triunfo se escapó de mis labios.

— ¿Qué hay, joven? — me preguntó con extrañeza el hacendado.

— ¡Que no puedo pagar esta cuenta!

— ¡Cómo! ¿Por qué? ¡Sería muy cómodo gozar del panorama y marcharse luego sin pagar!

— ¡No puedo pagar esta cuenta! — repetí en tono retador, agresivo.

— ¿Pero por qué?

— ¡Porque no está en regla!

— ¿Qué le falta?

— ¡El timbre!

— El timbre, caballero, sólo han de llevarlo las cuentas cuya suma asciende a una cantidad importante,.

— Se equivoca usted de medio a medio. Si la cantidad excede de cinco rublos, es preciso el timbre. Y el total de esta cuenta son seis rublos sesenta copecks.

— Bueno — gritó furioso el hombrecillo tras unos instantes de perplejidad — puesto que se acoge usted a la ley, le perdono el molino y el río. El importe de ambos espectáculos es un rublo setenta copecks. Restándolo del total de la cuenta, su débito de usted se reduce a cuatro rublos noventa copecks. Creo que ahora no se valdrá usted de un nuevo subterfugio.

Saqué la cartera, extraje de ella un billete de cinco rublos y se lo tendí altivamente, diciéndelo:

— Los diez copecks que sobran para usted.

Mi amada y yo nos alejamos. Habríamos andado unos cincuenta pasos cuando mi amada lanzó un grito de admiración y se detuvo. Ante nosotros se alzaba magnífico, soberbio, un tilo cuya corpulencia denotaba lo menos tres siglos de edad.

— ¡Mira qué maravilla! No he visto una cosa semejante en mi vida.

Yo me apresuré a taparle la boca con la mano a la reina de mi alma.

— ¡Calla! ¡Aparta en seguida los ojos de ese árbol si quieres evitar mi ruina! ¡Figúrate lo que nos cobraría ese hombre por la contemplación de un tilo tres veces secular!

ARKADY AVERCHENKO

DIBUJOS DE BESARES

LA DULCE CONFRATERNIDAD

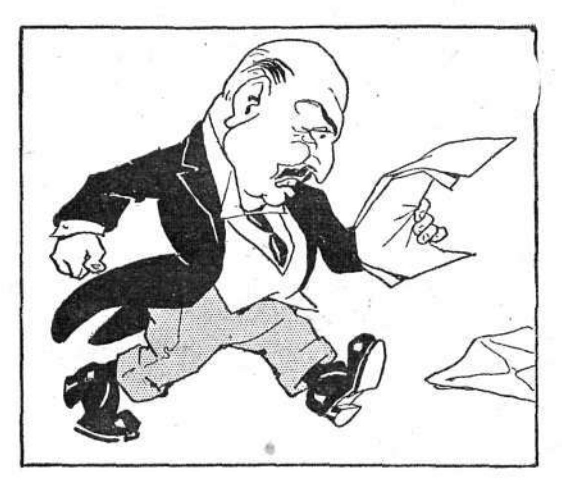
POR REDONDO



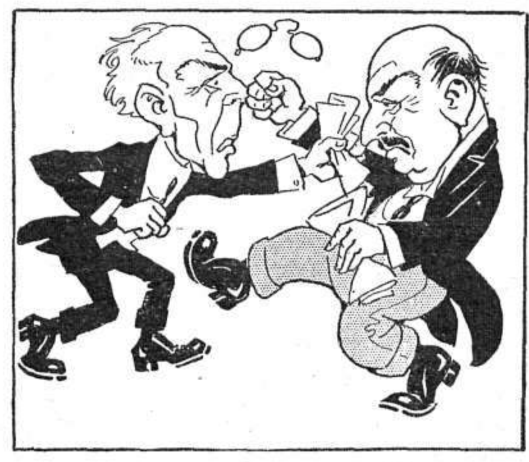
Carta canta.



Matienzo. — Este asunto no corresponde a mi ministerio. ¡Me voy a mi casa!



Gallardo. — Ni al mío tampoco. ¡Yo también me voy!



Matienzo. — ¡Le corresponde a usted sólo!
Gallardo. — ¡No; sólo a usted!



Matienzo y Gallardo. — Señor Presidente, ¿a cuál de los dos corresponde?



Presidente. — ¡Nos corresponde a todos! ¡Que haya acuerdo de ministros!



Aspecto del salón del Teatro "Worwaerts" durante el gran festival artístico y danzante organizado por la Sociedad Recreativa "Los Amantes del Rosedai.

EL OBRERO

Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática, y ese título será el de obrero. Esta es una aristrocracia imprescriptible, porque el obrero, por definición, es el hombre que trabaja, es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse de la masa del mundo; debe de dejar la luz del sol y el alimento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento el pan que nutre y fortifica las almas; todo gremio, toda colecvidad profesional tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad cooperativa para pesar en el conjunto de los intereses sociales.

El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos, y el trabajador asociado es dueño y señor de su destino.

José Enrique Rodó.

La circulación mundial de oro amonedado se calcula en 8.000.000.000 de pesos oro, de los cuales hay guardados en las cajas de tesorería de los Estados Unidos de Norte América la bonita suma de 2.000.000.000 de dólares.


Suba siempre sin desmayar
Tenga constancia y no se detenga hasta obtener su objeto. Ese es el fundamento principal del éxito: no desmayar hasta alcanzarlo.
IPERBIOTINA
MALESCI
tomada con método y la debida persistencia acabará rápidamente con sus padecimientos nerviosos; limpiará su sangre de impurezas y en breve plazo hará de Vd. un hombre nuevo.
No desmaye hasta alcanzar la salud que ansía.
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS.
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: M. C. de MONACO VIAMONTE, 871 Buenos Aires

De Olivos

Socios del Cicles Club Argentino que organizaron un atrayente picnic en la playa de esta localidad.



Familias de los asociados del Magestic Dancing Club que concurrieron a la hermosa fiesta campestre, efectuada en este pintoresco lugar.



El estreñimiento, llamado también sequedad de vientre, estiptiquez, constipación, es más que una simple dolencia fastidiosa. Es una enfermedad grave, que debería ser atendida muy seriamente, porque sus consecuencias son algunas veces terribles.

Cuando por efecto del estancamiento de las materias fecales en el intestino se producen las fermentaciones, los microbios abundan. La cadaverina, la putresceína que se desarrollan al mismo tiempo son absorbidas por la mucosa del intestino y llevadas a la sangre que poco a poco se envenena. Es, entonces, después de un tiempo más o menos largo que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea en forma de dolores de cabeza, mal aliento, lengua pastosa, inapetencia; otras veces por fuertes dolores de barriga o de estómago; otras bajo forma de reumatismo articular, etc., etc.

Hay que evitar el estreñimiento. ¿Cómo?, diréis. No les vamos a aconsejar ni las desagradables aguas purgantes, ni las repugnantes magnesias, ni el asqueroso aceite de castor, ni los purgantes drásticos que, como el áloe, la podofilina, el ruibarbo, aparentan hacer bien y en realidad aumentan la constipación; vamos simplemente a recomendarles un remedio que desde hace algunos años venimos haciendo conocer.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es el remedio soñado para curar el estreñimiento, porque es agradable, no irrita el intestino, no produce cólicos. Bajo forma de deliciosa pastilla de chocolate, es un laxante que gusta a todos. Una pastilla es laxante, dos o tres son purgantes.

Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará usted su estreñimiento.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

YACO



Cuando nos alejamos por breves días del poderoso engranaje de todas nuestras actividades; cuando se substrae una a todas las grandes y pequeñas obligaciones de la vida diaria; cuando se viven horas de sereno recogimiento, muy lejos de toda mundana tentación, parece como que se renovara nuestro *ego* íntimo... El ambiente diáfano y sutil nos satura de luz el alma; las impresiones se hacen deliciosamente intensas, y nuestro espíritu libre de tantas trabas — sobre todo de esas que entretejen las exigencias sociales — se eleva libremente, tendiendo las alas para fantasear a su antojo, o se somete al indecible encanto de esos amigos nuevos, desconocidos hasta ayer, que son los mejores compañeros para los serenos días de reposo; porque entonces es cuando tenemos tiempo para leer, para estudiar o meditar...

El correo nos trae, un poco tarde, naturalmente, el reflejo de la vida intensa y febril que hemos abandonado con el firme propósito de ofrecernos una tregua a toda preocupación; la grave noticia de la dimisión de tal o cual secretario de estado nos deja un tanto indiferentes, y hasta los chismecillos de último momento parecen desvanecerse de llegada; tal vez porque no hallaron ambiente para el comentario...

Surge allá, en el fondo de nuestro espíritu, un anhelo de renovación, de progreso; hasta un fantástico miraje de perfeccionamiento; la *cura* moral parece hallarse en buen camino... Si llegamos a esbozar nuestro programa para la próxima *season* de otoño e invierno, tenemos todo el anhelo de dedicar nuestras mejores horas a los goces del espíritu... La temporada lírica, la de conciertos, constituye por ahora nuestro principal interés, y entre las novedades que nos trae la correspondencia llegada desde la ciudad del ruido dedicamos todas nuestras preferencias a los programas de arte...

Mucho nos promete el de nuestro teatro municipal: ya estrellas de la escena lírica, o ya esos magos a cuyo conjuro vibran las voces infinitas de la orquesta, voces que parecen ahondar las vertientes de la dicha o del dolor humano... Sólo ahora, al leer con intensa curiosidad (que se trocó bien pronto en vivo interés) las páginas henchidas de sentimiento de uno de los *amigos nuevos* que me acompañan y me enseñan en mi retiro — Camille Mauclair — he hallado la perfecta expresión de las impresiones que me han sobrecogido siempre que me ha sido dado escuchar las sinfonías maravillosas... «Se ha asegurado tantas veces — dice el mencionado autor — que la música exige ciencia, que los que sólo saben adorarla ingenuamente apenas se atreven a hablar sino para sus adentros, como creyentes desdeñados por los teólogos. Pero sin fe es vana toda teología, y el acto de adoración del más humilde de los fieles es el único pretexto legítimo de todas las pompas de la Iglesia. Porque la música es un elemento eterno... No es un arte que hayamos inventado: hay *algo más* que no hemos inventado, que existía antes que nosotros, que nos sobrevivirá, que llena todo el éter y crea en nosotros un estado maravilloso, insólito y soberano...»

Y es que el sortilegio de la música, amigas mías, es irresistible; parece a veces que esas mágicas armonías brotaran de nuestro propio ser, y así podemos observar que siguiendo el ritmo prodigioso hay rostros que se iluminan, se transfiguran. Tal vez vean elevarse la forma de su ensueño mismo, y entonces llega el olvido absoluto de la cotidiana existencia...

Veo que involuntariamente sufro también la sugestión de las páginas de Mauclair, y no quisiera terminar esta crónica — tan poco mía — sin hacerles leer conmigo sus *Aguafuertes* de la orquesta. Dice así: «Ese grupo humano, visto a través de un velo de sonoridad, que aquél teje entre la escena y la sala. Meticulosos, mudos, atentos, lejanos, se les contempla trabajar, y como los obreros que preparan algún tapiz maravilloso parece que no vieran el dibujo que traman al revés. Sólo nosotros vemos nacer las flores y los países imaginarios. Entre ellos y nosotros se interpone el director, que es el único que está en el secreto, y parece, blandiendo la batuta, que esboza a grandes rasgos los perfiles de la magia sonora. Y estos seres se ocultan mientras crean una tela de imágenes divinamente transparentes... No puedo ver a un director de orquesta levantando la batuta sin pensar en la maravilla de un nigromante. Vedle ahí, ante fuerzas negras y mudas; con un gesto todo se ilumina... El abrasamiento sonoro llamea bajo la batuta del evocador atento...

Y sentiremos la sensación misteriosa, pero precisa, de que *las inmensas oleadas de música dormían*... ¡Y que ha bastado un segundo para ordenar su irrupción sublime!

Luego nos reintegramos al anónimo de la calle; y allá, en la sombra de la sala, cuyas luces se apagan, dejamos todo un renunciamiento, y, como un gran fantasma que vaga y suspira, los últimos y dispersos sonidos de la música que llenó la sala, de la cual parece que nos llevamos un poco, como se lleva en los vestidos el olor tenaz del incienso...»

Eso; llevarnos dentro de nosotros mismos ese perfume penetrante, un destello siquiera de esa luz que penetrara tan hondamente en nuestro espíritu... Pero fuera, en el suntuoso vestíbulo, al descender las amplias graderías, ha de esperarnos siempre la charla insubstancial de los *snobs*, que todo lo comentan menos la audición maravillosa. Otros, los que diría Mauclair «henchidos de técnica, o que quieren aparentarlo» recitan las eternas y rebuscadas frases sobre teorías, contrapunto o instrumentación; y estos son seguramente los peores *snobs*, porque consideran necesario disfrazar así su triste insignificancia...

Hubiera querido comentar también con ustedes, lectoras amigas, otro programa, bien interesante por cierto; el del Cervantes... Pero me he dejado llevar involutariamente del sutil encanto del libro de Camille Mauclair. Y, sin embargo, hemos de conversar largo y tendido sobre tan atrayente tema...

La Dama Duende.

En Los Toldos, provincia de Buenos Aires, marzo 14 de 1923.

NOX ATRA

Por
ALI DE GOLCONDA

Noche de amargura,
noche de pasión,
misteriosa noche
en mi corazón

Negra eterna noche
de largo desvelo,
sin que un leve rayo
asome en mi cielo.

Noche de congoja
noche de delirio
más que una agonía
en lento martirio.



No alivia la pena
de mi alma acuitada
el dulce reflejo
que hay en tu mirada.

Y esta fatal noche
de honda soledad,
es la noche lóbrega
de mayor crueldad.

que ha entenebrecido
mi áspero camino
donde ruedo víctima
de mi triste sino.

Y es que esta negrura
apaga en mi pecho
la luz del doliente
corazón deshecho.


Perfume
Excelsior
de
Griet
Entre ellos se destacan los exquisitos
Polvos de Tocador
PEBA
GLADYS
EXCELSIOR
preparados en los tonos BLANCO, ROSA y RACHEL.
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible
La caja $ 1.50
POLVO
Gladys
La caja $ 2.40
Se envían muestras GRATIS a quienes las soliciten.
Excelsior
GRIET & Cie
POLVO
Excelsior
Extra Concentré
La caja $ 1.70
Griet & Cia
Perfumeria Excelsior
Lavalle, 717
Buenos Aires

De Villa Crespo



Grupo de concurrentes al picnic organizado por la comisión directiva del Centro Cultural y Recreativo Los Defensores de Villa Crespo en honor de las familias de sus asociados.

CONSEJOS DE UN ANDARÍN

El veterano de los andarines del mundo es un inglés llamado Joe Spencer, que tiene 80 años y que en el mes de abril de este año consumó la respetable empresa de correr a pie 14.800 kilómetros en 200 días, lo cual da un término medio de 74 kilómetros por dia.

Los periodistas le han asaltado pidiéndole *interviews* y consejos, y he aquí poco más o menos lo que dice el robusto octogenario.

«Lo primero que hay que hacer es precaverse contra las llagas en los pies. Yo gasto botas de punta cuadrada y suprimo los calcetines, porque las arrugas que hacen éstos suelen ser la causa de todas las heridas que se hacen en la piel. Ato las botas muy altas y les pongo plantillas de fieltro cuidadosamente recortadas a medida exacta por mí mismo; también les pongo lengüetas del mismo material. De este modo nunca tengo vejigas.

«No se debe cambiar nunca de paso, sino marchar siempre con la misma velocidad y dando los pasos exactamente del mismo largo.

«No conviene cargar el estómago, sino tomar un desayuno ligero seguido de una taza grande de te sin leche ni azúcar, con o cual se evita bastante la sed.

«El que quiera andar mucho y bien debe observar el paso que llevan los trabajadores del campo cuando para ir al lugar de la labranza tienen que recorrer una distancia larga; instintivamente aprenden a andar en forma de no cansarse, a poner bien el pie sobre el suelo y a echar el cuerpo en la dirección debida. Constituyen excelentes modelos que yo mismo he estudiado mucho.

«Lo primero que se debe poner en el suelo es el talón, teniendo el pie a una inclinación mediana; se debe apoyar la planta por igual, y la mejor indicación de que se anda bien es que la suela no se desgaste más por un lado que por otro.»

Quien sabe...

Ese polvo blanco que le dan a Ud. en una papeleta, o en una oblea, o en una cápsula cuando pide "un remedio para el dolor de cabeza," ¿es bueno o malo; fresco o pasado? ¡Quien sabe . . . ! ¿Lo aliviará pronto o no le dará alivio alguno? ¡Quien sabe! Es inofensivo o le hara daño para el corazón? ¡Quien sabe! Lo único que Ud. sabe es que paga su dinero e ingiere la droga. Lo demás es duda. En cambio, si pide Ud. CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) sabe con certeza que recibe el remedio considerado hoy por los mejores médicos del mundo como el más digno de confianza para aliviar cualquier dolor y cortar cualquier resfriado. No solo es mucho más rápido que la simple aspirina, sino que regulariza la circulación de la sangre, estimula el sistema nervioso y es completamente inofensivo para el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS BAYER de una dosis.





De Lomas de Zamora

Niñas que tomaron la primera comunión en la sagrada ceremonia en que ofició el Ilmo. señor obispo de la Plata, monseñor Francisco Alberti, el día de Nuestra Señora de la Paz.

Lo que Toda Mujer Ansía

Una linda cabellera es lo que da mayor realce a la Belleza femenina.

La Naturaleza ha dotado a toda mujer de una hermosa cabellera, suave y sedosa, llena de bellos tonos y colores, cabellera que debe ser la gloria de toda hija de Eva y el encanto seductor, capaz de rendir a todos los componentes del sexo feo.



Déjese que el stallax produzca bastante espuma y luego frótese bien para que toda la caspa se separe.

Al enjuagarse se notará con qué intensidad habrá quedado el pelo sedoso, suave y delicadamente perfumado.



Una vez completamente limpio el pelo, al tocarlo produce una agradable sensación de frescura, verdaderamente deliciosa.

Y cuando una mujer ha perdido ese magnífico dote natural, que es su derecho, es siempre porque ha descuidado su conservación o porque ha seguido procedimientos errados, empleando jabones fuertemente cargados de álcalis, o shampoos ya preparados y no apropiados a su clase de cabello, haciendo que éste pierda su brillo, su ondulación, su vida... y sin que ninguna forma de peinado logre disfrazar su manifiesta fealdad.

No ha mucho, un celebrado «coiffeur pour dames» de París descubrió que el stallax granulado, tal como se le puede hallar en cualquier farmacia del mundo entero, forma la base de un shampoo ideal — lavado de cabeza — cuya fuerza puede ser graduada de acuerdo con la distinta naturaleza de cada clase de cabello, y que

El stallax resulta aún más conveniente por su fácil preparación.

Al efecto se echa una cucharada de stallax granulado en una taza de agua caliente, dejando que se disuelva perfectamente. La exacta cantidad necesaria para cada clase de pelo es fácil de averiguar después de una o dos



pruebas. El líquido delicadamente perfumado así obtenido

Se aplica al cabello con un paño, esponja o cepillo.

Luego se frota muy bien con la punta de los dedos hasta obtener una espuma blanca que deja al cabello libre de polvo, tierra, caspa, sudor, grasitud y demás substancias extrañas, tan nocivas para la salud y el aspecto del pelo. Finalmente se seca la cabeza con una toalla caliente.

Como conseguir un cutis que los hombres admiren.

«Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza», escribe una mujer profundamente observadora, «pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales». Las mujeres, que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sino que, por lo contrario procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

APOLOGO de la GRACIA

Hace tiempo hubo una guerra más. Y como si los hombres hubiéranse propuesto dar con ella la medida de su crueldad, fué la más terrible que cuenta la historia... Chalo mío, pide conmigo, constantemente: quieran los hechos no producir ya otra, ¡para siempre jamás!

De las frígidas a las tibias comarcas; desde las regiones de la niebla y de los truenos hasta las nítidas y luminosas llegaba la invasión secular. Movilizados los hombres de la guerra avanzaban altivos y dominadores en el estado, otrora tranquilo, envidiable por sus trabajadores pacientes y por sus artífices ejemplares.

Los hombres de la paz habían logrado que en aquella tierra crecieran los mejores trigales, ostentando gallardamente en la paja trigaza su sabroso grano dorado por el Sol.

También cultivábanse allí los mejores viñedos. Y era de ver cuál brotaban en sus nudosos troncos los vástagos, bien largos y retorcidos, asentando las hojas grandes, prendidas de los pecíolos como de un pezón, para dar, por fin, el regalo de sus jugosos frutos, pintados por el Sol.

Los metales surgían, dijérase un conjuro misterioso, de las mismas entrañas de la tierra. Y los dedos de la sabiduría tornábanlos dúctiles como la creta para el estatuario genial que logra plasmar la eterna gracia, o bien fuertes para fabricar las piezas de esas máquinas que pueden devorar por millones los kilómetros de caminos refulgentes de Sol.

Cuando los jóvenes comprendieron el valor de los consejos de los ancianos experimentados, hasta entonces desoídos, era tarde ya.

El invasor movíase para hacer botín del puro trigo, de los vinos añejos y de los metales preciosos...

Ya campea en el tranquilo y rico país como en casa propia, y el rumor de sus armas llena la comarca: es la fuerza que avanza... ¡Ah, la fuerza bruta! entiéndelo bien ,pequeñuelo mío, la fuerza dominaba, sojuzgaba, imperaba.

Más fuertes que vez alguna en esa campaña, los invasores no se irían voluntariamente. De más en más gozaban de la gloria del Sol y del encanto de los céfiros: difícilmente abandonarían esa región luminosa para volver a la propia, triste y sombría.

Poco a poco las cosas volverán a la normalidad — especulaban los invasores; — organizando, la producción será abundante...

La Tierra, como siempre generosa, repartirá su bien sin mirar a quién...

¿Y qué iban a poder las mujeres, los niños y los ancianos contra tan fuertes enemigos?

Hombres capaces no quedaban ya: todos habían sido inmolados en el altar de la fuerza dominadora.

Y, en tanto, los invasores sentíanse más dueños de lo ajeno. Todo les parecía normal.

Empero, el Sol, con ser tan poderoso, no sabía impedir que cada vez los niños fueran más débiles — quizá por la leche aheleada de las madres doloridas — y que se alejaran de este mundo buscando otro mejor.

Tampoco podía evitar que los ancianos, dirigiendo sus pasos tácitos y menudos hacia las puras regiones de la muerte, no acudieran al impelente llamado, animosos como antes y con el alma serenada por el sumo bien de la esperanza: los viejicos íbanse obsesionados por la dolorosa visión de las armas rutilantes al sol.

Las mujeres — gracia entre las gracias — habían perdido la rosa de las mejillas, el fulgor de los ojos y la armonía en el cadencioso andar. Sus voces apagadas mezclábanse a los rezongos de los viejecitos sobrevivientes.

En cuanto a los pocos niños que pudieron sobrevivir a los azotes de la invasión, no querían jugar ni reir, no sentían júbilo por cosa alguna. ¡Es torva la faz de la injusticia y el dolor pasma! En sus



—Señor Augusto; usted, que ha estado en el frente, vea qué es ese humo que sale de la salamandra.



— Ayúdeme a retirar mi auto del río... Seguramente debo haber aplastado dos docenas de peces, y el producto de la pesca será para usted.

Por
ARTURO
LAGORIO

miradas tristes los pobrecillos acusaban las angustias de su situación.

Recordando el caso de la estrella Merope (de quien, como te diré algún día, se cuenta que, para no ver la guerra de Troya, huyó muy lejos) podríase creer que el sol se fuera a otra órbita para escapar de esa tragedia de las tragedias...

Pero, según creo, nuestro caso es diferente; y poco más o menos así:

Cierto día hallábase el Sol acordando sus rayos de vida cuando acertó a pasar por la bóveda celeste un cometa de largas étereas colas.

Tal vez por la misteriosa atracción de los astros... quizá por ese maravilloso equilibrio que gobierna al mundo, hecho de tantos mundos... o, más seguramente, como me empeño en argüir por ser más bello, el Sol fué atraído por la gracia indescriptible del cometa, sorprendentemente luminoso... Fascinado por las evoluciones excéntricas, abandonó a nuestro planeta; y, tomando el blanco sendero de la vía láctea, persiguió, apasionado peregrino, por espacios lejanos esa gracia fugitiva: luz encantadora, línea y relieve armónicos, música de ritmo sideral.

No se sabe qué habrán dicho de esa fuga los astros de las constelaciones remotas. Los incontables ojos de la vía láctea, esos espíritus de las almas buenas que nos consuelan desde las sombras, debieron ver cuán inútiles fueron los siete dardos del Gigante... Su constante trémulo centellar expresaría la emoción de aquel suceso...

¡Chalito: ¡la gracia luchaba con la fuerza!

Súbitamente, y con grande sorpresa de los invasores, anocheció.

La benéfica Aurora no abrió las puertas del día para sembrar de rosas el camino del Sol ausente. Y en tanto éste perseguía por remotas regiones la gracia fugitiva, la Tierra tornábase, de más en más, llena de sombras, casi tan negra como la culpa de los invasores del inerme pueblo.

La Luna no daba el bálsamo de su argéntea luz. Ni la última estrella del séquito de la noche alumbraba ya, preanunciando el despuntar del alba. Y la vía láctea, como diluída en las lágrimas de la nieve, se desvaneció...

Y todo fué tinieblas.

¿Dónde la gracia y la fuerza?

Con la ausencia del Sol, los guerreros se debilitaron hasta volverse insignificantes. En cambio, los niños, que habían resistido al azote en virtud del sumo bien del Derecho, con los tesoros inmensos de la esperanza, poseían un valor inconmensurable: la razón, que casi siempre es contraria a la fuerza...

Y comenzó la guerrilla sin cuartel.

Trampas de todas clases inventaron los muchachos para hostigar a los pesados guerreros. Así, no era raro ver a un tremendo soldadote dar en tierra gracias a un hilo de alambre colocado con habilidad.

Una hoja de papel bastaba para asustar a un caballo y atemorizar a su caballero...

Entonces, aunque tarde, los invasores comprendieron que la fuerza en sí nada vale como no esté regida por el Derecho, cuya flor es la sabiduría de la justicia.

Y tornáronse tan febles, que huyeron, en uno de los tantos ataques de los niños conscientes de su razón.

Así aquella tierra fué libre de enemigos...

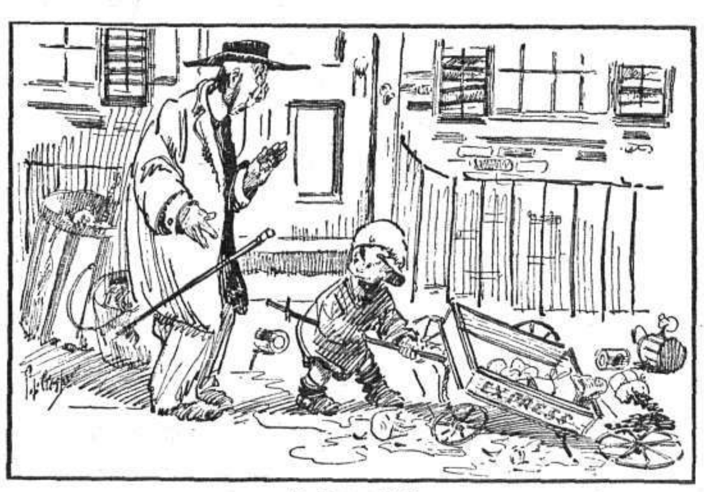
Es de creerse que el Sol, no pudiendo alcanzar al cometa, retornó cansado de la persecusión; porque apenas los invasores escaparon, de súbito volvió trayendo sus rayos fecundos.

Evidentemente su poderío había sido inferior a la gracia insuperable, al modo que la fuerza bruta fuera inane contra la razón y el derecho...

Chalito mío: recuérdalo siempre: la fuerza es humo enceguecedor; no así la gracia que otorga innumerables ojos para admirar los infinitos bienes de la Naturaleza.



UNA SOLUCION
—¡Cuando respiro me ahogo!
—Eso se remedia fácilmente; ¡no respire!



—¿Pedías auxilio?
—No, señor; blasfemaba.

De Avellaneda



El gerente del Banco de la Nación, señor Alejandro Lombán, con el personal, después del acto de la inauguración del nuevo local.

PASTEL DE LENGUAS

Satán estaba acostado en su cama de flamígeros cortinajes. Médicos y boticarios del infierno, como le hallasen blanca la lengua, dedujeron que estaba enfermo de debilidad de estómago y prescribiéronle una alimentación que fuese a la vez nutritiva y ligera.

Declaró Satanás que no sentía apetito sino por cierto alimento terrestre, que de excelente modo preparaban las mujeres en sus corrillos: un pastel de lenguas.

Los médicos estuvieron acordes en que nada mejor que eso podía convenir al estómago del rey.

Al cabo de una hora, Satanás fué servido, pero encontró el pastel insulso y sin sabor alguno.

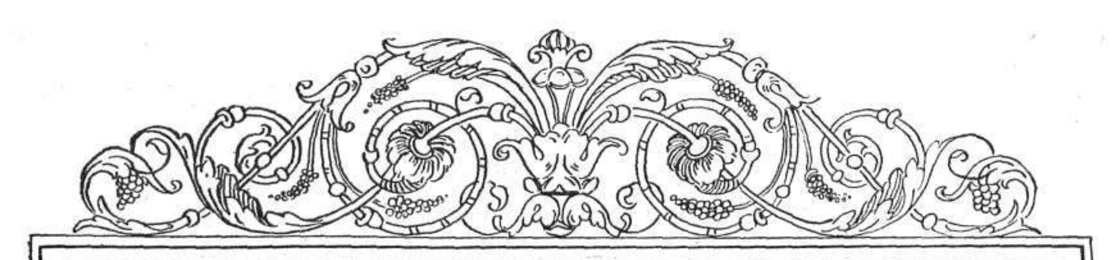
Llamó al cocinero mayor y preguntóle de dónde había traído el famoso plato.

— De París, sire. Está fresquito, fué cocido esta mañana, en el Marais, por una docena de comadres, en la alcoba de una recién parida.

— Ahora me explico por qué está insípido, repuso el príncipe de los infiernos. No lo habéis procurado entre gentes que lo preparan como es debido. En esta clase de potages los burgueses hacen lo que pueden; pero no tienen fineza y les falta genio. Las mujeres del pueblo son menos útiles todavía. Para tener un buen pastel de lenguas es preciso ir a buscarlo en un convento de monjas. No hay como las religiosas viejas para saber ponerle todos los ingredientes necesarios, espléndidas especias de rencor, tomillo de maledicencia, hinojo de insinuaciones, laurel de calumnia.

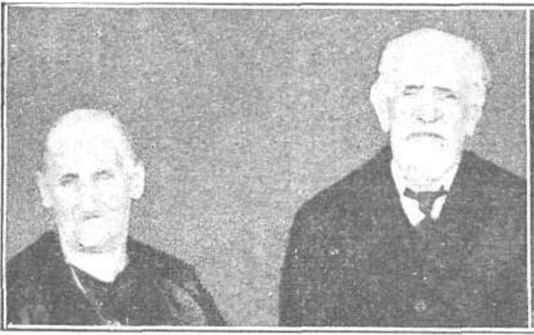
Esta parábola está sacada de un sermón del buen padre Guillotín Landoulle, capuchino indigno.

ANATOLE FRANCE.

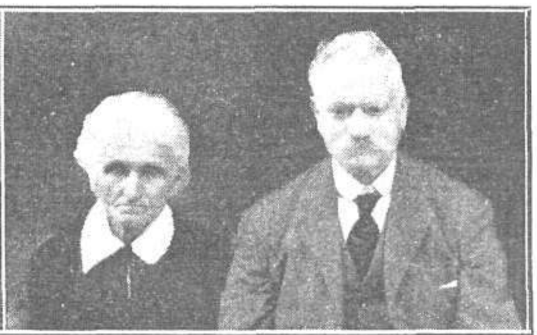




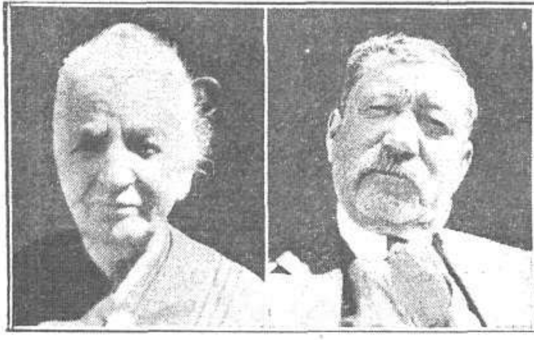
Bodas de oro



El señor Agustín Cafferata y su esposa, señora Juana Debarbieri, en el cincuentenario de su enlace. — Caseros.



El señor Juan Mogo y la señora doña Francisca Pedreira de Mogo en la celebración de los cincuenta años de matrimonio. — Capital.



Señora Isabel Mota de Novas y señor Atanasio Novas. — Capital.



Señora Josefa Jáuregui de Zavaleta y señor J. Agustín de Zavaleta. — Capital.



Tres muchachas muy formales
bonitas e inteligentes,
de tipos muy diferentes,
pero, en sus gustos, iguales.

Visten con mucha elegancia
y suprema distinción,
y las tres usan jabón
de calidad y fragancia.

¿Cual es? El **REUTER**, sin duda,
porque es jabón que no irrita,
y a la piel, con ello, evita
que se ponga áspera y ruda.

Por esto, esas señoritas,
distintas, como las ves,
usando el **REUTER**, las tres
son igualmente bonitas.



Un comisario aprovechado



CIPRIANO Gorosito regresaba fatigado de la isla, después de haber vadeado por el río un centenar de vacunos. Los campos altos estaban castigados por la sequía y no favorecían el engorde de la hacienda, mientras que la isla era una verdadera pradera, con sus pastos tiernos y sus zanjones con agua. Además, en esas tierras no criaban los parásitos, ni se difundían las epidemias que traía aparejada la sequía en los campos firmes.

Así pasaba sus días Cipriano, en su «conseción» de 33 hectáreas, situada cerca de Calchines, pueblo costanero del río San Javier. Se sentía feliz, con sus 100 «vaquitas» y sus parvas de lino y maní. Su casita de material, construída hacía poco con ladrillos fabricados por él mismo, denotaba al paisano industrioso y hábil. El no era como tantos que se habían «encajado hasta la masa» en las casas de negocio y en el banco, porque fué hombre que supo guardar en los tiempos buenos y jamás le tentó la taba ni las carreras. Este año le iría muy bien y le sobraría plata para instalar un molino de viento en su campito, porque el maní y el lino darían abundante producción.

Se sentó en el patio, bajo la fresca sombra de un ceibo, rodeado de su buena compañera y de los hijitos.

— Ta linda la isla, Petra. La alberjilla y la cebadilla van a engordar en un mes a l'hacienda. Si daban ganas de revolcarse en el verdecito pastizal. De siguro que no cueriamos ni una vaquita, que si tuitos los otros se castigarían un poco el lomo pa bandiar el río, no habría quien llorara por mortandad. Es una bendición un isla ansina...

— Tata, aliá vienen dentrando uno hombre.

— Déjelos nomás, hijo, que se acerquen, que no ai ser gente mala.

Efectivamente, tres individuos llegaron en un sulky y descendieron en el patio. Vestían traje cazadora y polainas.

— Tata, l'hombre grande visten agora como lo guricito...

— Buenas tardes, compañero.

— Ustedes las traigan — respondió Cipriano.

— Nosotros no venimos por negocios ni para comprarle la cosecha; venimos para algo más noble y más santo.

—Desembuchen.

— Sí... nosotros lo invitamos para que se incorpore a la Federación Rural que defiende a los obreros del campo.

— ¡Pal... Paraguay!

— Queremos que los grandes pulpos cerealistas no los exploten más tan inicuamente y que no se enriquezcan con el sudor de los trabajadores del campo.

— Lindo chipá pa mi carancho...

— ...que se pague al proletario de nuestros campos la justa recompensa a su labor y perciba con equidad el fruto de su trabajo.

— ¡Lindo loro pa enjaularlo!

— Pero che gauchos... Vos la tomas la pelos a nosotros, pedazo de zanagorias. Decí qui la piensas, qui la quieres...

— ¿Lo que quiero? ¡Fajarlos y acabar con tanto charlatán al ñudo, tanta garrapata que vive a costillas del prójimo — y Cipriano empuñó la lonja del rebenque que estaba trenzando y la emprendió a talerazos con los furibundos predicadores. A los cinco minutos el sulky estaba a 500 metros de distancia.

— Les vía enseñar a estos gallinas deslenguados, clinudos!...

— Hiciste mal, Cipriano — repuso Petra. — Esta gente buscará perjudicarte como han hecho con tantos otros colonos.

Noche. Se oye a lo lejos el rumor de las aguas del río que azotan las costas. De vez en cuando el grito agudo de una gallineta o de un zorro vibra como una clarinada resonante en el silencio. Son las 11 de la noche y Cipriano y los suyos están entregados al sueño reparador. Repentinamente el ladrido de los perros rompe el silencio con sus notas de alerta. Uno ladra lúgubremente, con el ladrido largo y penetrante de un llamamiento.

— Hay moros en la costa — dijo Cipriano, y se vistió rápido, empuñando su winchester y un lazo.

— Veia tata, aliá lejos un juego grandote.

— Verdá; se están ardiendo las parvas de Nicasio Cerrudo.

— Veia tata, aliá otro juego, y otro en el bajo, y otro en lo de la viuda de Paso, y otro en lo del inglés Tailor... ¡Qué lindo, tata!...

Las lenguas de fuego se elevaban como puñales sangrientos y pincelaban en el espacio tonalidades rojizas de alborada. En derredor, como siluetas fantásticas, corrían los dueños de las parvas incendia-

das, procurando apagar el fuego arrojándole pasto fresco y tierra mojada. Pero todo era en vano; las lanzas de fuego, hora cortas, hora largas, bajo la caricia del viento, seguían llameando con su orgía de luz.

— ¡Hijos de perra! Son los charlatanes afederaus — bramó Cipriano. — Conmigo se han de estrellar.

Lentamente fué arrastrándose en el pasto, con su fusil y su lazo. Permaneció agazapado largo rato, acompañado de los fieles perros. Uno de éstos olfateó intrusos, puso en punta las orejas y comenzó a bramar despacio.

— ¡Quieto, Cacique!

El ruido de yuyos secos que se quebraban era indicio de que alguien se acercaba. Cipriano retenía por el cuello a los perros, y cuando la débil luz de un fósforo cercano a las parvas indicaba una mano criminal que ponía fuego, Cipriano largó los perros.

— ¡Chúa!... ¡chúa! ¡chumba, Cacique! ¡chumba, Boyero! —Y los perros, como centinelas vengadores, fueron derechos a atacar a los intrusos, mientras Cipriano corría a apagar el pequeño fuego que se había iniciado en las parvas.

Los perros repartían sus ataques a mordisco limpio. De repente uno lanzó un grito agudo, signo de que lo habían herido, y retrocedió al lado de su patrón. Cipriano lo acarició y sintió en sus manos la sangre húmeda que le brotaba al noble animal desde un costado. Entonces preparó su lazo, y atravesando la obscuridad con la mirada, enarboló la cuerda y la lanzó contra uno de los hombres. Su tiro fué certero y el otro rodó por el suelo sin saber de donde venía el dogal que lo aprisionaba. Cipriano iba ajustando la cuerda cada vez con más fuerza y lo fué arrastrando hacia un alambrado, donde lo dejó amarrado.

— ¡Así te quería ver, maula — y le puso el winchester al pecho — Llamá a tu compañero o te abraso.

Y el incendiario llamó sumisamente a su cómplice, que acudió confiado y corrió la misma suerte de ser amarrado.

Al día siguiente, muy temprano, Cipriano se dirigió al pueblo para ir a la comisaría.

— Comisario: aquí le traigo dos bolsas de zandías.

— Lárguese de seguida; como pa zandias ando yo después de las quemazones de anoche. En fija que don gobernador me echa.

— Pero acéptelas; tal vez le vengan bien nomás.

— Si seguís amolando te hago echar al calabozo. Y el atribulado comisario se paseaba a grandes pasos en su despacho.

— Bueno... venga sargento; ayúdeme a bajar las zandias — Y el policía ayudó pacientemente a bajar los bultos al patio. — ¡Abranlas agora!

— ¡Cruz diablo! — exclamó el sargento. — ¡Comisario, veia; si no son zandias, son cristianos maniatados!

— Ansina los casé anoche cuando me quisieron quemar las parvas — respondió Cipriano modestamente.

— ¡Los afederaus! Maulas, yararases, flojos, calzonudos — gritó furiosamente el comisario.

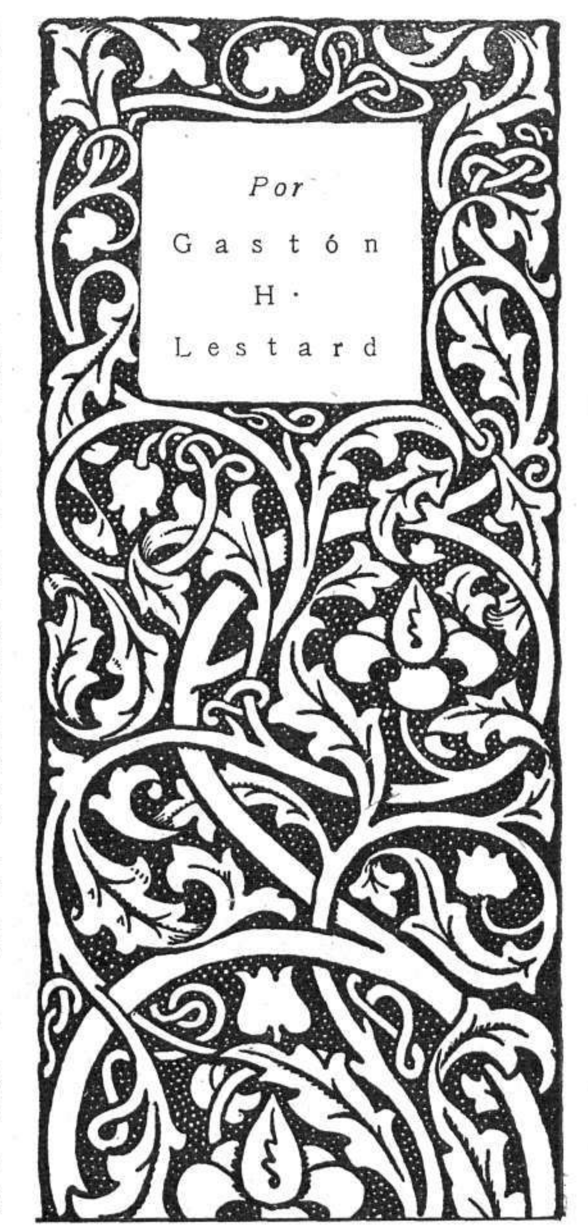
— Mirá la comisario, yo stá qui ti digo verdad, yo ti cuento todo al pelito pir pelito, piro no mi pegues la loma.

— Y qué tenés que contar, piojoso.

— Mirá mi ti digo qui quemamo parva por encargo di don Matía.

— Callate, deslenguado; insultar al hombre más honrado del pueblo, mi amigo, mi protector y el que siempre ayuda a todo el mundo.

— Ti juro cierto comisario. Don Matía dió cinco mil peso para que quemamo parva, y entonce colono arruinado tienen que pedir plata a don Matía y



hacer mucha hipoteca. Ti juro, aquí está pruebas — y el ruso alargó al comisario un cheque contra un banco de Santa Fe, suscripto por don Matías.

— Entregame el cheque y quedarán libres.

Los dos bandoleros salieron a la calle, con gran extrañeza de Cipriano.

— Hay que largarlos, che Cipriano. Son unos pobres diablos con la cabeza llena de macanas, infelices padres de familia, perseguidos por el hambre.

— Pucha con el corazón del comisario — murmuró Cipriano. — Este hombre va a acabar mal.

Y, efectivamente, poco tiempo después aparecía una noticia escueta en los diarios de Santa Fe: « Ha « sido condenado a seis años de prisión el ex comi- « sario Jacinto Reyes por falsificación de firma en « un cheque de Matías Mortimer. »

Don Matías, por supuesto, continuaba siendo el hombre más humanitario, más generoso y más caritativo de Calchines.

Solamente el pobre ex comisario, perdido por su propia *viveza*, sabía a ciencia cierta cómo las gastaba don Matías, más astuto y más desalmado que todos los *afederaus* presentes y futuros.

De Palomar



La comisión directiva de la sociedad "Arte y Cultura" en la fiesta campestre que organizara con gran éxito para festejar el 6.º aniversario de la fundación de la sociedad.

De José Vasconcelos.

Tan vulgar es el rico preocupado por el buen parecer y la sensualidad como el villano que la envidia. La aristocracia consiste en saber despreciar lo despreciable y estimar lo estimable. Aristocracia es decoro y elevación del alma. Y en nada se revela esta superior cualidad de una manera tan patente como en *la suerte de goces que un hombre ama.* A la hora cruel de la urgente necesidad primitiva todos somos casi iguales; pero en la forma de gozar y en la forma de ambicionar todos somos distintos. Si ambicionamos dinero y poder somos vulgares, porque eso mismo ambiciona la inmensa mayoría del género humano, y nuestro sueño de grandeza es igual al del último lacayo. Si ambicionamos ser justos, si ambicionamos llevar a la práctica un ideal, si gozamos entrañablemente con la contemplación de la naturaleza, con el arte sublime, entonces seremos aristócratas, ya sea que en el mundo dominemos como señores o trabajemos como labriegos.

Para quien no es, o no se empeña en hacerse, de estos elegidos hállanse cerradas las puertas de la verdad y las fuentes de la eterna dicha. Tal es el fondo de enseñanza indudable que se encierra en la doctrina de la casta indostánica, en la doctrina de la gracia cristiana, en las doctrinas de depuración y selección de esta cosa turbia que es nuestra conciencia. El siervo que al caer de la tarde detiene el arado y participa de la unción de un crepúsculo en campo abierto es más aristócrata que el dueño de la finca que pasa, y no detiene su automóvil, porque lo espera rica cena en la ciudad.



PARA MUEBLES

El aceite **TRES-EN-UNO** limpia y pule de la manera más acabada los muebles y barnizados, dando a los objetos una apariencia tal que si fuesen nuevos. No hay nada mejor para borrar raspaduras superficiales como también para conservar la madera. No hay miedo de que sus ropas o sus manos se ensucien.

Ponga unas cuantas gotas de aceite **TRES-EN-UNO** en un paño humedecido en agua fría, y páselo por sobre la superficie del mueble, gradualmente, exprimiendo el paño con frecuencia. Dé los últimos toques con una tela fina siguiendo el curso de las vetas de la madera, de ninguna manera circularmente.

Aplíquelo al piano, buffet, mesas y toda clase de muebles de maderas finas.

De venta en las ferreterias, armerias y bazares. En botellas de tres tamaños y en aceiteras manuables.

Distribuidores:
"THREE-IN-ONE" OIL CO.

Moreno 562-570 **Buenos Aires**

GRATIS: Escriba pidiendo muestras y un diccionario de los diversos usos, que se envían gratis.

De San Fernando y Victoria



SAN FERNANDO. — Señoritas que asistieron a la inauguración de las reuniones sociales patrocinadas por la comisión de damas del Club Balneario.



Grupo de damas y caballeros que contribuyeron a dar realce a tan lucida nota social.



Señoritas Susana Romero, Clotilde y Sara Bosch Gramajo y señor A. Bosch, descansando a la orilla del río.



VICTORIA. — Asistentes a la inauguración de la escuela local de la Asociación Ferroviaria Nacional, acto que revistió gran significación.

Casino

LOS LILIPUTIENSES RUSOS

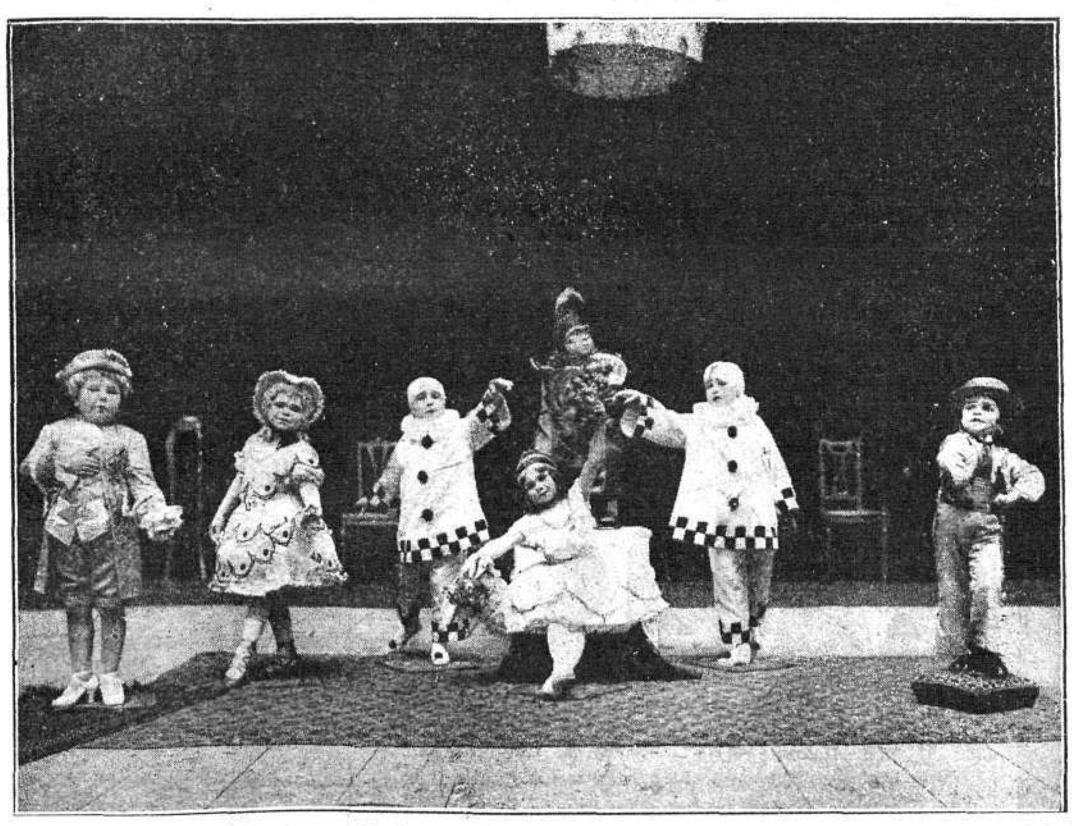
Una nota de arte exquisito, casi una evocación de ensueño, resultó la presentación de los liliputienses rusos en el Casino, el sábado pasado.

Son siete personitas, de las que el gigante no debe pasar mucho del metro de altura, pero que tiene su compensación en el señor Ratoucheff, tan diminuto que es preciso hacerlo actuar sobre un almohadón...

Y, sin ambargo, esta ratita blanca habla francés y castellano, con una energía declamatoria y solemne digna de los clásicos franceses y españoles del medio siglo pasado. Y habla, además, el ruso, dificilísima lengua que, sin embargo, ha logrado aprender siendo más chiquitito todavía.

despierta, y, cuando el puñal va a entrar en acción, Arlechino, el de la prosa escéptica, de un crispante golpe de sus platillos vuelve a todos esos soñadores a la realidad de la vida; y cada cual torna a su primera actitud y a ocupar su lugar en la danza humana; el marqués junto a la marquesa; el burgués, Pierrot, al pie del trono de Arlequín enmascarado, y el Toreador, simbólico de la pasión amorosa en trágico, para los pueblos norteños, torna a su almohadón.

Es toda una poética evocación de vida; así es ella: soñamos y movemos nuestros amores detrás del ensueño, hasta que, de pronto, la áspera voz de la prosa nos llama a la realidad; y recogemos nuestros



La célebre troupe "Los liliputienses rusos".

La escena está presentada con ese gusto de arte que demuestran los rusos y que ha causado el asombro de nuestro público.

Los liliputienses hicieron su presentación con un mimo-drama coreográfico titulado «El amor de un español». El argumento es de un verdadero poeta, no sólo por lo irreal de los personajes y el menosprecio por la verdad cronológica — nos presenta simultáneamente: dos marquesitos Luis XV, un Arlechino, dos pierrots y el bueno de Escamillo, sacado de «Carmen», al efecto, girando en torno de una pequeña Karsavina, que es una delicia, sino por la concepción del argumento que expone.

La primera bailarina, que simbolizaría el eterno femenino, atrae en torno suyo los homenajes de los hombres: el aristócrata, el burgués, el plebeyo; todo un hervor de tragedia se desarrolla allí, en las luces cambiantes de las pasiones y de los apetitos que

espíritus de la exquisita irrealidad en que gozaban, para reanudar la penosa marcha por sobre la tierra... la que, a fin de cuentas, no está exenta de belleza y de pasión, sino para los incapacitados de percibirlas.

El programa de nuestro primer music-hall hoy día es de lo más interesante, y sin pecar de exagerados podemos asegurar que rivaliza al de sus similares extranjeros.

Presenta entre varias atracciones curiosas una nota original de arte, la troupe americana Shadowland, en su acto fantasmagórico titulado «En el mundo de las sombras divinas», y las atracciones de gran mérito como Scharf, excéntrico virtuoso musical que ejecuta con 21 instrumentos; los 4 Brownings, muy notables ciclistas cómicos.

Dado lo interesante del programa este clásico music-hall ve sumamente concurridas las selectas matinées dedicadas a las familias.

De Juárez

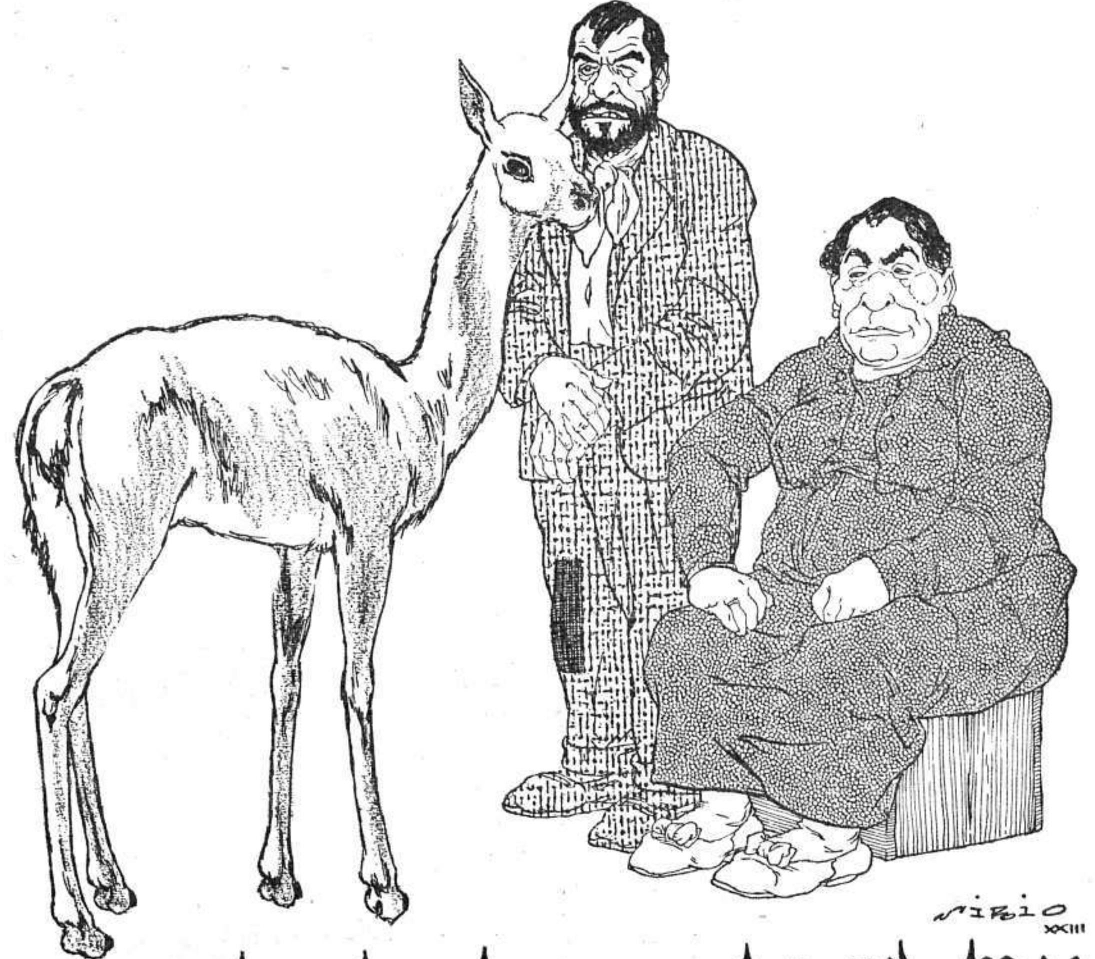


Público que asistió a la notable conferencia que en el Teatro Italiano pronunció el doctor Rafael P. Emiliani, director del diario «La Campaña», tratando el interesante tema de la crisis agraria.

EN LOS CAMPOS DIAMANTÍFEROS DE ÁFRICA

En los campos diamantíferos de aluvión de Sud Africa — dice el "Daily Mail" — contituye un gran acontecimiento la proclamación de apertura de un nuevo espacio de terreno para la investigación libre. Desde algunas semanas antes del día establecido comienzan a llegar al lugar centenares de personas que se instalan en los alrededores del espacio señalado y principian a estudiar el terreno. El día fijado la policía limpia de escombros el terreno escogido y coloca a todos los competidores en una larguísima línea marcada por banderas blancas. Cada hombre tiene en la mano cuatro estacas y cada una de ellas lleva escrito el nombre del dueño. A una señal, todos los competidores emprenden una furiosa carrera para apoderarse de una parte del terreno. Esta lucha hace que la fantasía del espectador se traslade a las épocas primitivas. La línea de los postulantes, que a veces tiene una longitud de kilómetros, se precipita hacia la faja aluvional. Cada cual trata de clavar sus estacas en el lugar que ha escogido de antemano, considerándolo el mejor.

Cada hombre tiene derecho nada más que a quince metros cuadrados de terreno, que debe señalar muy bien por medio de las estacas. Naturalmente, esta lucha por la tierra da ocasión a disputas clamorosas y a luchas personales que refrena la policía y que luego resuelven los peritos. Hecha la adjudicación, algunos comienzan a trabajar desde luego, poseídos de una especie de fiebre, pensando en los diamantes. Otros se van a su casa en espera de que llegue la noticia de que se ha encontrado algo digno del esfuerzo. Entonces van a excavar en su pedazo de tierra. Pero las grandes piedras preciosas son raras y, en general, la vida de los buscadores de diamantes es miserable. Sólo los conforta la esperanza de que de un momento a otro puedan dar el golpe que los lleve a la fortuna.



LA GUANACA DE DON ARISMÓN

POR CIRO TORRES LÓPEZ

En El Carril, aldea del valle de Lerma, vivía don Arismón, un viejo chiquito, barbudo, tuerto, bocón y mal vestido. Dueño de un bolichillo, con cuyo producto lo iba pasando muy pobremente en compañía de su mujer y de sus hijas, gozaba una cierta fama, muy bien sostenida, de pobre diablo; por lo cual, no obstante sus cuarenta y tres años de residencia en el villorrio, jamás le habían nombrado miembro municipal, ni recordaba haber formado parte nunca de ninguna honorable comisión receptora o peticionante de vecinos. A causa de ello, doña Ecutacia, su cónyuge, mujer gorda, petiza, charlatana y ambiciosa, vivía eternamente amargada, rogando ardientemente a Dios que obrara un milagro a fin de que su Arismón dejara de ser el pobre, el lamentable bolichero de siempre.

Y Dios, que no desoye las imploraciones a boca de jarro (puesto que está en todas partes) de sus criaturas, obró el milagro.

De regreso de Puerta de Díaz, aldea vecina, una tarde don Arismón llamó la atención de las gentes por primera vez. Traía una guanaca. ¡Sensación! Todo el pueblo se hacía lenguas. Josito Pajarillo, un vecino, hombre gigantesco, largo, flaco, de ojillos negros y bigotes desmesurados, de hablar muy lento, en son admirativo y con larga tonada, se maravillaba hasta el colmo, movía sus brazos enormes, y exclamaba:

—¡Pero hermaníto!... ¡ñañíto!... ¡hijíto!... ¡este animal aríisco!... ¡Pero cómo es posible! ¡ñañíto!... ¡hijíto!... ¡que la haigan pillao, hermaníito!... ¡Pero si cuando yo anduve pal Bayo ¡ñañíto! los vía ¡léjos! a los guanacos y ¡disparáaban los bárbaros! ¡a la fiila! ¡hermaníto!... ¡Pero si es cosa muy trabajóosa pillarlos!... ¡ni con la garabina!... ¡ñañíto!... ¡ni a mil metros ¡hijíto!... ¡hermaníto!... ¡¡pagrecíito!!...

Y a su igual, los demás no podían comprender cómo era posible que estuviera domesticada y allí, ¡en El Carril!, ese animal de puna, de cerro, de soledad, que vive en las más altas cumbres, lejos de toda habitación, a cuatro mil metros, en vida libre, áspera, salvaje.

Don Arismón, grave y reservado, lo escuchaba todo en silencio, contemplando a su guanaca. La miraba y la miraba, incansablemente, considerando su cuello largo, fino, elegante; su cabeza delgada, frágil, de orejas breves, tiesas y vivaces; sus ojos enormes, retintos y mansos, llenos de luz. Comprendía que era realmente bella. Y agregado a ese propio convencimiento el de tantos y tan rotundos elogios, el hombre no podía por menos que arreciar en su admiración. Todos los días por la tarde se

instalaba bajo el corredor de su casita y dábase a mirar satisfecho y feliz cómo la guanaca se paseaba calle arriba, calle abajo, volviendo exquisitamente a un lado y otro su cabeza muy erguida, rumiando tranquila, satisfecha de sí misma. Le agradaba sobremanera ver con qué elegancia, con qué donaire la guanaca movía sus largas, finas patas blancas de pezuña negra, partida; con cuánta gracia se golpeteaba la grupa féerica con su cola breve y lanuda, y cómo, al alejarse, resaltaba su pelaje de oro viejo sobre el camino gris.

Doña Ecutacia no cabía en sí de gozo, al igual que su marido, pero por distinta causa. Ella se alegraba por el provecho material que les reportaba la guanaca, pues la clientela de los otros almacenes se venía al suyo ahora. Los sirvientes y chiquillos sólo tenían oídos y hasta presteza cuando se les enviaba a comprar algo de su casa. Y hasta desobedeciendo órdenes precisas en contrario, acudían a veces, todo por jugar un rato con la amiga, por estar con la guanaca, que crecía semana a semana de un modo desmesurado.

Los jornaleros, peones, labradores, gauchos, arrendatarios, todos abandonaban a sus viejos clientes, y los domingos, en vez de embriagarse en los otros comercios, venían a hacerlo en el de don Arismón, donde espetaban chistes, daban voces y reíanse en grande con la guanaca, la cual, muy bella y muy tranquila, se paseaba entre ellos, erguida su cabeza frentiblanca, de hocico negro y respetables dientes. Ofrecíanle vino, y la guanaca soplaba en la copa haciéndolo desbordar, promoviendo así grandes y estruendosas carcajadas de todos los asistentes. Cantaba alguno, y la guanaca caminaba y se meneaba como si bailara, mirando a todas partes, tal cual una «cigarra del hambre». Los gauchos, contentísimos, celebraban la cosa gastándose hasta el último centavo.

Doña Ecutacia veía y apreciaba muy bien todo eso, y cavilaba, cavilaba en el asunto; hasta que al fin una mañana se hizo la luz en su cerebro y dió con este pensamiento genial: comprar un acordeón y amaestrar a la guanaca; hacer lo mismo que los pruebistas (saltimbanquis) que llegaban a la aldea con sus loros sabios, sus perros saltarines, sus macacos equilibristas y sus osos bailadores. Amaestrar a la guanaca y, es claro, hacer mucho más negocio; y presto, presto, ampliar el boliche, hacerlo grande, y salir al fin de pobres.

Comunicó de inmediato su descubrimiento a su marido, y como a éste le pareció estupendo, lo hizo suyo; compró el acordeón, contrató a «Aguila Renga», un acordeonista, y la enseñanza empezó.



«EL PELAO», UN MUCHACHOTE PERVERSO, DE INSTINTOS SANGUINARIOS, DE ALMA MÁS ATRAVESADA QUE LA DE INDIO.

Allí fué troya. La guanaca se negó terminantemente a aprender nada, y entonces la vapulearon. Los maestros insistieron, y la guanaca, firme a su vez, persistió también. Las palizas se hicieron más frecuentes. Y tanto y tanto menudearon, que al fin el animal perdió su domesticidad y empezó a hacer bellaquerías: ebrio que se descuidaba, ebrio a quien le rompía el saco o los pantalones; escupía a los muchachos y aún a los mayores, y hasta hacía víctimas de sus no livianas chanzas a las gallinas, a los pilas, a los gatos y a los perros, de tal guisa, que no sabían los pobres ya donde meterse. A la cocinera le hurtaba desde los huevos y los zapallos hasta el rallador, la sartén y, si mucho se descuidaba, las ollas. A las mujeres, en las juergas, les robaba los hijitos, criaturas llorosas, pálidas, demacradas, que yacían sobre los peleros o los mantones, tendidas en algún lugar cercano a la borrachería, guardadas por algun caschi infeliz. Y con el tiempo llegó hasta a meterse en las habitaciones de la casa, de donde salía con alguna pieza íntima, no del todo limpia, de las mujeres, la cual paseaba como banderola por la calle.

Pero como doña Ecutacia, su marido y «Aguila Renga» seguían firmes en sus trece, menudeándole palos a la guanaca, ésta fué haciéndose mala y viviendo más en la vecindad que en su casa. Allí también hizo pillerías, claro está. Y como le dió por arreciar en sus hurtos, no dejando ollas, botines, baúles y todo cuanto le viniese a boca, por todas partes encontró métodos contundentes que le avivaron el ingenio, las patas y la maldad. Además la guanaca había llegado a su completo desarrollo y carecía de macho. Así, pues, se volvió insoportable.

II

Al extremo sur de la aldea, al pie de un gran sauce entre cuyas ramas unos pavos reales gritaban día y noche su «¡miaaúu, miaúu!», quedaba la escuela.

La mayor parte de la población se hallaba hacia el norte del largo y único callejón del villorrio, y como la casa de don Arismón estaba en el centro, para acudir a las clases de mañana y tarde había que pasar por frente de ella.

Entre los alumnos de la escuela se contaba «El Pelao», un muchachote perverso, de instintos sanguinarios, de alma más atravesada que le de indio, cobarde y bruto como él solo, autor de todo lo bajo, de todo lo malo y repudiable que se cometía en ella. El muchacho odiaba todo lo que fuera grato para los demás. Sus instintos no le permitían participar de la alegría ajena. Por eso, cuando la guanaca no molestaba a nadie, cuando jugaba y era buena con todos, cuando aún todos la querían, sólo él la odiaba, molestándola, apedreándola, hasta que el animal se escabullía o lo correteaba a salibazos, cáustico éste que rajetea la piel horriblemente. La guanaca le fué tomando ojeriza hasta que llegó un momento en que no pudo ni verlo, de rencor.

Una tarde regresaban los escolares. En un grupo «El Pelao» obligaba a uno de los más pequeños a entregarle un trompo que le había gustado y que por eso, porque se le antojaba, quería apropiárselo. El muchachito se negaba a desprenderse de lo que le pertenecía, de su único y querido bien, y lloraba. Pero «El Pelao» estaba emperrado. Habían llegado al borde de una zanja con tunales, entre la escuela y la casa de don Arismón, a la vera del camino. La zanja, profunda, estaba llena de pencas erizadas

de largas espinas, púas durísimas y gangrenosas. «El Pelao» cogió al pequeño de la solapa y, señalándole la zanja, le dijo:

— ¡Me das el trompo, o te tiro!

— ¡Pero si el trompo es mío, Pelao!...

— ¡Bueno; caray! ¿me lo entregás?

— ¡Pero si yo loi comprao! ¿Por qué me lo querís quitar?...

Y como el pequeñuelo se resistía y lloraba defendiendo a uña y diente su trompo, «El Pelao» le dió un empellón y lo arrojó a la zanja, donde se le clavaron las espinas. «El Pelao», comprendiendo su infamia, y para darse razón a sí mismo, se hizo el enfurecido: cerró los puños, llevándose los antebrazos sobre los brazos, sacando el pecho; adelantando su quijada larga, de modo que los dientes de abajo quedaban sobre los de arriba; achicando aún más sus ojos pequeños, turbios y colorados; arrugando su frente estrecha, deprimida en el centro; dando voces canallescas; paseándose de un lado a otro.

Cuando vió que los demás muchachos descendían a la zanja a socorrer al compañero, él prosiguió su camino, perjurando, contento en el fondo de su hazaña. Al llegar cerca de la casa de don Arismón vió que la guanaca, parada en la mitad de la calle, miraba hacia donde él venía. Cogió dos piedras y se le acercó. Cuando la tuvo a tiro se las asestó en las costillas. La guanaca, a quien acababan de vapulear en la casa, furiosa, se le vino al humo. De tres saltos lo alcanzó, le dió un pechazo, lo tumbó y se puso a maltratarlo. El muchacho clamaba por favor que le socorrieran; pero como los que estaban allí, don Arismón incluso, lo conocían bastante y acababan de verle obrar, ninguno quiso ayudarle. La guanaca se cansó al fin de pisotearlo, morderlo y escupirlo, y lo dejó. «El Pelao» se alzó lentamente y despacito, despacito, haciéndose el chato, se marchó a su casa en donde contó que veinte muchachos lo habían peleado. Su familia, de la misma calaña que él, le creyó, lo compadeció y se indignó, aunque alguien les contara ya que la cosa había sido con la guanaca.

Desde ese día el animal se convirtió en una fiera. Maltrató a varios hombres, a mujeres y a niños. Una tarde se echó sobre una vieja que pasaba por la calle con un atado de ropa en la cabeza, y la estropeó de tal modo que la dejó a las puertas de la muerte. Se tornó irascible a tal punto que la más leve contrariedad le hacía destrozar y abatir cuanto hallara, razón por la cual ya nadie pasaba a pie por la calle frente a la casa. Los maestros y alumnos que, a la fuerza, tenían necesidad de hacerlo, lo efectuaban por los alfalfares, a una cuadra de la calle. Tal situación resultaba intolerable. Todos se quejaban. La policía notificaba a cada momento a don Arismón, y él mismo se reconocía impotente para dominar a la guanaca. Y no quería matarla, porque en el fondo la amaba, la respetaba, no olvidaba todo lo que le debía, y porque era muy probable que en el mejor instante, en el menos pensado, le pidiera cuenta de ella el amigo que se la había regalado con la expresa declaración de que le obsequiaba con una de las cosas que le era más querida.

Cada día la situación se complicaba, hacíase insostenible, e iba a empeorarse más aún, sin duda, pues don Arismón acababa de recibir un muchachito que se lo enviaban de Rosario de la Frontera, el cual había quedado huérfano por muerte de su madre, antigua sirvienta de don Arismón. El pequeño se llamaba Lumba y no tenía más de doce años. Era negrito, de ojos grandes y claros, labios finos, pelo ensortijado; charcón y con un brazo mucho más largo que el otro.

No bien llegó, don Arismón le dijo:

— Mirá, ché; la guanaca es mala, y vos tenís que darle de comer. Si te descuidás, ti ai aporriar. ¡Conque ya lo sabís!

El negrito no se inmutó, y como era hora ya de darle de comer, fué a buscarla. La encontró en la calle. La tomó por las lanas y tiró de ella hacia la cocina. La guanaca, mirándolo, lo siguió como si le hubiera tenido lástima, y de su mano comió un choclo que Lumba le ofrecía, diciéndole:

— Comé, guanaquita, comé; que tenimos que ser güenos amigos.

Al día siguiente y en los demás la trató con igual desparpajo; pero hacia el sexto, la guanaca se negó a comer, volcó la fuente que Lumba le pusiera e intentó írsele encima. El negrito se le paró y la miró fijamente.

— ¿Conque no querís comer y táis con rabia? — le dijo. — ¡Güeno; yo te güá enseñar! — Y se fué al corral, cogió un palo y regresó. Trajo nueva comida, se la puso delante y, señalándole la fuente con el palo, le dijo:

— ¡Comé!

La guanaca, grande como un caballo, lo miró y se dió vuelta, enseñándole las ancas. El muchacho alzó el palo y le asestó un garrotazo. La guanaca se le vino encima, dispuesta a morderlo; pero el negrito le afirmó un palo en el hocico. La guanaca estornudó y, con gruesos lagrimones que le corrían por la cara, se quedó quieta, mirándolo. El muchachito permanecía de pie, firme, con el garrote en la mano, enseñándole la fuente de comida.

— ¡Comé! — le volvió a decir. La guanaca se llegó a la fuente y estiró una mano para volcarla; pero Lumba le aplicó un golpe en ella y otro en las costillas. Furiosa entonces, la guanaca se alzó en dos patas, y lanzando escupitajos se le abalanzó. El negrito la esquivó, y ágil, en un salto de clown, se le prendió de una oreja con su brazo largo. La guanaca dió un bote, luego otro, después una vuelta, se balanceó, clavó la cabeza, y siguió bellaqueando; pero nada, no consiguió zafárselo. El muchacho continuaba adherido a su oreja como zarcillo. Y en cada salto le asestaba un palo; en cada vuelta, un garrotazo; en cada bufido o mordisco, un golpe en las costillas, en la cabeza, en las ancas, en el cogote. En una de esas la guanaca



LE HIZO, CON LONAS Y UNOS ESTRIBOS VIEJOS, UNA ESPECIE DE SILLA DE MONTAR

se clavó de cabeza, alzándose de las patas sobre las manos, para dar de lomo en el suelo y aplastar así al muchacho que ya la había montado; pero Lumba descabalgó a tiempo y la guanaca sola dió con su lomo contra el suelo, lanzando un quejido. El muchacho la vapuleó para que se alzara, y cuando lo hizo, la volvió a montar. Dando brincos, la guanaca salió a la calle, relinchando, corcobeando, sin poderlo tumbar, desesperada y furiosa. Al alboroto se congregó la gente, y fué una de gritos, de risas y de interjecciones:

— ¡Agarráte come pasas! — decía uno.

— ¡Prendete, que vamos a dar la güelta!

— ¡A las costillas, a las costillas!

— ¡Métele juerte y fiero, muchacho, métele!

— ¡Es al ñudo, Catalina! — comentaban otros a gritos.

En uno de esos corcobos, la guanaca se le tendió hacia la izquierda, y engañándolo, bellaqueó para la derecha. El muchacho, sorprendido, no pudo afirmarse a tiempo y salió como balazo por las orejas, yendo a dar contra el suelo, a los dos metros. Mas no bien cayó estuvo de pie otra vez, y la volvió a montar. La guanaca tornó a corcobear.

El muchacho se afirmó bien en el lomo, apretando las rodillas, y arrojando el palo la tomó por las dos orejas, y le dijo:

— ¡Aura me la vas a pagar!

La dejó corcobear un rato, y cuando la guanaca dió un salto hacia atrás, con intenciones de volverse inmediatamente y alzarse sobre las manos, el muchacho se le tiró sobre el pecho, sin soltarse, le travó las manos con su cuerpo, hizo un movimiento brusco de espinazo y piernas, y la guanaca, enredada, se estrelló contra el suelo. De allí se alzó con el negrito encima siempre, y continuó corcobeando. La guanaca caracoleaba hacia un costado, y el negrito se le arrojaba en igual dirección, violentamente, sin largarla, dándole un golpe; el animal se tiraba para atrás, y el muchacho, pasando bruscamente hacia esa parte, le propinaba otro golpe; la guanaca quería zafarse del negrito, y el negrito era quien la tumbaba a su antojo. En estas lides el muchacho era muy vaqueano, pues se había criado ejercitándolas con los terneros al enchiquerarlos.

Cansado, sudoroso, magullado, el animal se apaciguó al fin. Lumba requirió entonces el garrote, y cogiéndola de una sola oreja, la animó. La guanaca salió al paso largo.

La hizo dar tres o cuatro vueltas por la aldea, y a garrotazos al menor amago de desobediencia la la llevó a la cocina, ante la fuente de comida. Sin descabalgar, la detuvo, y apretándole el cogote hacia abajo le ordenó:

— ¡Comé!

El animal se negó, y Lumba le asestó un palo. Sumisa como un perro, entonces, la guanaca, se puso a comer. El negrito descabalgó, y, con el garrote en la mano, se quedó mirándola. Cuando hubo acabado, la guanaca se echó allí cerca. El muchacho dejó el garrote, se le acercó sonriendo, y se sentó a su lado, acariciándola:

— ¿Has visto, guanaquita? — le decía — ¡Conmigo nu hay tu tía, guanaquita, y ya sabís pa otra ocasión! ¿Pa qué te asís la mala, pues, si tenimos que ser güenos amigos?

El animal lo miraba y lo miraba, con sus hermosos, grandes ojos negros, llenos de luz, y como se sentía acariciada y oía que le hablaba con voz dulce y amigable, terminó por lamerle las manos.

Así fué domada. Desde ese día la única voz que respetaba era la de Lumba, de quien, por otra parte, sólo bondades y cariños recibía. Y así, poco a poco, volvió a ser buena. El muchacho la bautizó poniéndole por nombre «La Payasa», pues cuando quería hacíala bailar como a tony; le hizo, con lonas y unos estribos viejos, una especie de silla de montar; con piolas le confeccionó unas riendas; y cabalgando en ella, por las tardes, salía a pasear por la aldea, con regocijo de grandes y pequeños. Don Arismón y doña Ecutacia, su cónyuge, tornaron a estar alegres; y presto la guanaca fué querida de nuevo por toda la aldea.

El animal comía, jugaba y dormía con el negrito. Intervenía en su favor en las peleas con los otros muchachos. Y así, la compenetración afectiva fué haciéndose tan estrecha, que ya no pudieron pasarse el uno sin el otro, a tal punto, que de noche para acostarse, cuando la guanaca no estaba, Lumba se ponía a silbarla hasta que acudía, marchándose juntos a la habitación.

III

Una noche, después de mucho silbarla, la guanaca apareció rameándose, ensangrentada. Tenía tres balazos en las costillas y dos en las ancas. Lumba la curó y, sin poder dormir, se quedó junto a ella, que se quejaba como un ser humano. Después de media noche empezó a agonizar. El muchacho salió de la habitación, consiguió una vela, volvió, la encendió, y se instaló junto a su amiga, hablándole, acariciándola y curándola. Pero a medida que pasaban los minutos los quejidos del animal fueron siendo más débiles, la circulación de la sangre más lenta, sus ojos fueron perdiendo el brillo y achicándose, sus orejas se tornaron más gachas cada vez; y a eso del amanecer, en un supremo esfuerzo, levantó del suelo la cabeza, miró a Lumba con ojos vidriosos, los abrió muy grandes, la dejó caer pesadamente luego, se estiró, se sacudió, y murió. Lumba, mudo, se quedó mirándola. Sintió que en la garganta se le hacía un nudo, sintió una enorme opresión en el pecho, sintió que le faltaba el aire, que le empezaban a temblar los labios y a doler los ojos, y al fin se echó llorando, sollozando, desesperado, sobre el cadáver de su amiga, de su única amiga. Lloró, lloró mucho, lloró de un modo consciente por la primera vez; lágrimas amargas, dolorosas lágrimas, las primeras que el cariño le arrancaba y que el odio le hacía verter, porque él sabía muy bien quien había muerto a su guanaca.

Por eso, a poco de salir el sol, el muchacho emprendió un incesante ir y venir desde la pieza donde yacía la guanaca a la calle, y desde la calle a la pieza, a contemplar su muerta. Miraba para todos lados al llegar a la calle, se detenía un instante, y proseguía luego su andar. De pronto vió que avanzaba «El Pelao». Su faz se demudó; cogió una piedra y se quedó esperándolo. Cuando lo tuvo en frente, lo paró:

— ¿Vos las matao a mi Payasa, no? — le dijo.

— ¡Si, yo lai matao! ¿Y diai? ¿Qué hay con eso?

— ¡Tomá! — rugió el negrito, y revoleando el brazo le asestó una pedrada en la cabeza.

Don Arismón, al igual que Lumba, quisieron que la guanaca fuese enterrada; pero doña Ecutacia se opuso y le hizo sacar el cuero. Don Arismón no pudo impedirlo; pero en su corazón vivió siempre la guanaca, y ni un solo día dejó de recordarla con tranquila pena.

CIRO TORRES LOPEZ.

ILUSTRACIONES DE SIRIO

ADJUDICACION DE REGALOS A LAS CONSUMIDORAS DEL POLVO GRASEOSO LEICHNER

De acuerdo con lo establecido, el escribano público señor Francisco Pita procedió a constatar la hora en que se paró el reloj depositado en su poder, resultando que el mismo detuvo su marcha a la UNA HORA, TRECE MINUTOS Y CINCO SEGUNDOS, según acta levantada. En consecuencia, dicho funcionario adjudicó los regalos de acuerdo con las soluciones enviadas, resultando agraciadas las personas que se detallan a continuación, con expresión de su nombre, domicilio y hora anotada.

Un primer premio de $ 1.000 m/n, en cédulas del Banco Hipotecario.

Elvira Valle, Quilino, Córdoba (F. C. C. C.). Hora: 1'13'06.

Dos segundos premios de $ 500 m/n c/u, en cédulas del Banco Hipotecario.

Amelia González, Carlos Pellegrini, 230, Castelli (F. C. S.). Hora: 1'13'03.—Matilde Girbent, Belgrano, 629, Azul (F. C. S.). Hora: 1'13'02.

Cuatro terceros premios de $ 250 m/n c/u, en cédulas del Banco Hipotecario.

Adela Yantorno, Avenida Colón, 229, Ayacucho (F. C. S.). Hora: 1'13'00.—Antonia G. Jurado, Espigas (F. C. S.). Hora: 1'13'00.—Bernardo Sánchez, Tacuarembó (República Oriental). Hora: 1'13'10.—Angelina Gheglia, José Bonifacio, 3061, Flores. Hora: 1'13'12.

Diez cuartos premios de $ 100 m/n c/u, en cédulas del Banco Hipotecario.

Empataron las siguientes personas: Hortensia Zuviría Rodríguez, Buenos Aires, 270, Paraná.—Agustina Alderete, French, 1441, Rosario.—Secundina Murias, B. Mitre, 1676, 3er. piso, Capital Federal.—Lydia Elsa Fredes, Venezuela, 3538, Capital Federal.—Anita H. de Vajovsky, Capdevila, 370, Villa Ballester.—Ana María Tempone, Calle 37, 313, Mercedes (F. C. O.).—Amalia Ontiveros de Moroni, Santa Rosa (San Luis).—Rosa Cavagna, Luzuriaga, 844, Capital Federal.—Victoria Guerra, San Martín, 37, Dolores (F. C. S.).—Manuela R. de Agostini, Tedín Uriburu (F. C. S.).—Mauricia C. Díaz, Calle 22, 119, Mercedes (Buenos Aires). Hora: 1'13'13. En total: once soluciones con opción a los diez cuartos premios.

Cuarenta quintos premios de $ 25 m/n c/u, en cédulas del Banco Hipotecario.

Herminia H. Enciso, Caseros, 667, Córdoba. Hora: 1'13'26.—M. D. Roca, Villa Clara, Departamento Villaguay (Entre Ríos). Hora: 1'13'30.—Clara Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1'13'40.—Carolina Toneatti, Colonia Irigoyen (F. C. C. A.). Hora: 1'13'40.—Manuela A. Sosa, General Roca, 41, Deán Funes (F. C. C. C.). Hora: 1'12'27.—Luisa B. de Benedetti, La Laguna (F. C. P.). Hora: 1'12'20.—Manuel Fernández Pérez, Belgrano, 98, Necochea. Hora: 1'12'15.—Amancia Acosta, Presidente Wilson, 421, Asunción (Paraguay). Hora: 1'12'14.—Elvira Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1'12'10—Pura García, Callao, 1075, Capital. Hora: 1'12'04.—Amalia N. Valcart, San Justo (Santa Fe). Hora: 1'12'03.—Ramona L. Jorge, Carlos Pellegrini, 131, Coronel Pringles. Hora: 1'12'00.—María Trípoli, Sarandí, 751, Capital. Hora: 1'14'00.—Manuel Castresana, Alvear, 982, Río Cuarto. Hora: 1'14'01.—Ana G. de Bisio, Aráoz, 572, Bánfield. Hora: 1'14'05.—Natalina Malaisi, Colonia Yeruá (Entre Ríos). Hora: 1'14'10.—Clotilde Landívar, Mendoza y Lerma, Salta. Hora: 1'14'10.—Petrona Melgarejo, San Martín, 650, Vera. Hora: 1'14'17.—Adela Longo, Tunuyán, Mendoza. Hora: 1'14'23.—Eusebia Vázquez Souza, Queguay y Wáshington (Paysandú). Hora: 1'14'39.—Idalina L. P. de Grieco, La Beba (F. C. C. B. A.). Hora: 1'14'45.—Pilar Herrera, Villarino, 2326, Capital. Hora: 1'11'01.—Adelina R. Aguiar, Haumonía (Chaco). Hora: 1'11'04.—Nilda Rosa Pita, Roca, 82, Patagones (F. C. S.). Hora: 1'11'05.—Elisa Figallo, Vera, 1112, Capital. Hora: 1'11'13.—Elvira Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1'11'17.—Angélica Eizaguirre, Bolívar, 1387, Capital. Hora: 1'15'00.—María Agustina García, Río de la Plata, 425, Ensenada. Hora: 1'15'00.—Argentina G. Torrá de Perazzo, Corrientes, 150, Paraná. Hora: 1'15'00.—Irma Soler, Laguna, 183, Capital. Hora: 1'15'00.—Baldomera Z. de Laens, Paysandú, 7, Mercedes (República Oriental). Hora: 1'15'00.—Basilio Divito, Casa Llorente Hermanos, Nueve de Julio (F. C. O.). Hora: 1'15'00.—Aída Pacheco Arce, Santa Rosa, Córdoba (Departamento Río Primero). Hora: 1'15'00.—Adelina G. de Herrero, Gonzalves Díaz, 376, Capital. Hora: 1'15'00.—A. de Rosa, Garay, 3160, Capital. Hora: 1'15'00.—Joaquina Mercader, General Urquiza, 1665, Capital. Hora: 1'15'00.—Antonio Rívori, Vil (F. C. C. C.). Hora: 1'15'00.—R. L. Jorge, Carlos Pellegrini, 131, Coronel Pringles. Hora: 1'15'00.—Adelina Guastavino, Esquina (Corrientes). Hora: 1'15'01.—Inés L. Calcagno, América (Ferrocarril Oeste), Partido de Rivadavia. Hora: 1'15'02.

A las personas agraciadas con cajas de polvo SI TU VOULAIS...! y GRASEOSO LEICHNER, cuya lista no es posible publicar por lo extensa, se les avisará directamente por correo.

La entrega de los premios consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional deberán solicitarla los interesados en los escritorios Guardia Vieja, 4439, Capital Federal, previa justificación de la personalidad y antes del día primero de mayo de 1923, fecha en que caducará el derecho a la reclamación de dichos premios.

MENDEL y Cía.

Grupo de veraneantes en la Rambla Nueva, recientemente construida.

En círculo: Señora Lola Rumbo de Ron y señoritas Anita y Encarnación Rumbo en la escollera después del baño.

Grupo de bañistas disfrutando las delicias de la esplendida playa.

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insustituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T. 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescrito el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gestro-intestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de tetiasis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.º de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

Ecos del incendio de la casa Baratti y Cía.

Caja de hierro de la citada firma que contenía los libros y un caudal de valores, salvada del incendio producido el 16 de febrero último y que destruyó completamente dicho establecimiento.





UN ENLACE VENTAJOSO

Jorge Gutiérrez jamás había pensado en casarse. No por causa de retraimiento sino por lo contrario, debido a su misma sociabilidad. Estaba acostumbrado a ver y a tratar a las mujeres, a leer de corrido en el alma de esas caprichosas y móviles muñecas, a imponer su simpatía de hombre de mundo a esas criaturas a un mismo tiempo infantiles y diabólicas.

Había nacido en el seno de una familia hidalga de prestigiosos títulos; se le había dado esmerada educación; tenía figura atrayente y un fácil don de simpatía que le abría todas las puertas. Espíritu jovial, criterio sin complicaciones, era lo suficientemente inteligente para no dejarse engañar y lo bastante frívolo para no fastidiar con las ideas a la gente mundana. Con la guitarra entre las manos, cantando, por afición, canciones populares, era como un gitano embrujador, irresistible; en el baile, brillaba como árbitro de los salones.

Quien quiera que hubiese conocido a Gutiérrez, a cierta distancia, hubiera podido atribuir al libertinaje su prolongada soltería. Parecía hecho para él, ideado exprofeso, el refrán de «el buey suelto bien se lame». Pero no. Estaba lejos de ser un libertino; despreocupado y alegre, era apenas, como son la mayoría de los hombres... un poquito calavera.

Gutiérrez no se casaba... sencillamente porque no tenía con qué. Su familia contaba solamente con lo necesario para sostener la posición social. En cuanto a él, trabajaba como empleado en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Ciento cincuenta pesos oro, sueldo suficiente para pagar las copas, los ramilletes, los boletos de teatro y demás gastos menudos. Nunca sintió el afán de hacer fortuna; su misma índole aristocrática, unida a un poco de sensibilidad de artista, le mantenían indiferente ante los dorados mirajes de la opulencia; y, por otra parte, bien sabía que el dinero, tenebroso y versátil, suele traer en la bolsa manojos de víboras.

Moviéndose en un ambiente de cálculo y de codicia, erguíase sin esfuerzo por encima de él, libre de las tentaciones, halagadoras para otros. ¡Cuántas veces, entre sus compañeros del círculo, se habló de las muchachas ricas, barajándolas como cartas del naipe! Hacían la estadística de los buenos negocios: siembra de trigo, explotaciones de petróleo, cruzamiento de ganados... Y entre el kaleidoscopio de escrituras, sellos y pagarés, sonaban los millones de ciertas chiquillas privilegiadas.

Y era de ver la cantidad de ciencia jurídica: cuando alguna heredera tenía varios hermanos, en un minuto se le echaba tierra al padre, se hacían las particiones y se sacaba la hijuela, como pudiera hacerlo un abogado hábil encargado del juicio de mortuoria.

Gutiérrez oía distraído esas conversaciones. Más de una vez sus amigos procuraron inducirlo a *dar un buen golpe*. Según su criterio, él era un tonto. ¿Por qué no explotaba sus habilidades y su prestigio? La vida es una bolsa de corredores, donde el que no lleva dinero o documentos de crédito no sirve sino de estorbo. ¿O era que se empeñaba en ser para siempre empleado público? ¡Valiente aspiración!

Pero a Gutiérrrez le tenían sin cuidado esas preocupaciones. Había tenido amores, devaneos más o menos frágiles, sin cálculos y sin consecuencias. El amor no era para él un culto férvido y loco, pero sí lo consideraba algo más ideal y delicado que una apuesta en el Hipódromo. En estos asuntos presidió siempre su espíritu caballeresco. A veces, tejiendo un idilio, desgranando momentos de felicidad, oprimiendo la blancura florida de dos manos de novia, pensaba que esas manos se extendían a él para buscar el calor de una simpatía mas no para regalar una protección. «Un buen partido», esa frase tan común en la sociedad elegante, era para él la negación de toda elegancia. Un enlace en tales condiciones lo consideraba un negocio en que la mujer rica hace de socio capitalista y el varón pobre entra como socio industrial... ¡Qué vergüenza! El solo enunciado de tal negocio sonaba en sus oídos como un insulto.

Tenía treinta y cuatro años.

Un acontecimiento imprevisto vino a dar nuevo rumbo a sus pensamientos y a cambiar el giro de la suerte. Dábase un pomposo baile en el palacio del Presidente de la República. Jorge Gutiérrez asistió a él.

En esa atmósfera de perfume insinuante, en que la fiesta parecía un tapiz oriental en cuyos hilos sedosos ondularan palmeras de pedrería, el buen bailarín se entregó con entusiasmo a la locura de la danza. Y, de manera casual, conoció allí a una mujer con quien desde el primer momento se sintió ligado por una onda telepática: la mutua simpatía. El pensó que aquella mujer poseía un algo que no tenían las otras; la señorita pensó que él no era como los demás. Estaba linda con su traje blanco, vapo-



roso y aéreo, bajo la lluvia de miosotis prendidos en el escote, flores que parecían haberle salido de sus ojos, claros como dos jardines en primavera. Había tenido el capricho de ir a la fiesta sin una sola joya. Por eso, para el temperamento selecto de Jorge, su belleza triunfaba libre y sola, con gloria soberana.

Sin embargo, nada significativo hablaron esa noche, y de su propia impresión él sólo pronunció frases obligadas por la etiqueta y la galantería.

Después se encontraron varias veces; y los ojos de ella, por entre el cortejo de galanes que la asediaban, buscaban a Jorge y le regalaban su mejor sonrisa. El se dejaba arrastrar por esa fragante marejada de seducción que iba poco a poco enseñoreándose de todos sus sentidos. Los dos estaban enamorados, y al fin llegó el momento en que uno y otro sintieron la necesidad de decírselo. El idilio empezó, y con él empezó también el comentario y la chismografía. Las murmuraciones recrudecieron cuando se realizó el compromiso matrimonial. Muchos dijeron: «Por fin Gutiérrez sacó el juego; lo que esperaba él era una buena ocasión». Y opinaban otros: «Los dos millones de pesos de Teresita Larreamendi bien valen la pena de que Gutiérrez sacrifique su romanticismo...»

En las conversaciones femeninas se oían comentarios picantes... «Ella millonaria y él empleado del Ministerio... no puede ser; ahora se quieren, pero después de casados serán sus relaciones.. exteriores». Y algunas lenguas atrevidas proclamaron que Teresa era una niña indiscreta, imperiosa y frívola, que podría dar a su marido muchos dolores de cabeza. A ella, por su parte, le llovieron amonestaciones, empezando por las de sus padres. Jorge no sólo era un hombre sin dos centavos en el bolsillo, sino que carecía de espíritu de empresa, de habilidad para todo negocio. Era un muchacho simpático y nada más.

Esas consideraciones no las tenía en cuenta la gentil enamorada. ¿Qué necesidad tenían ellos de más dinero?

Jorge sintió cólera cuando supo algunos decires envidiosos y malévolos. El no se casaba por interés. Tenía sobre ese punto la conciencia tranquila. Lejos, muy distante del alma sórdida de ciertos arrivistas cazadores de dotes, mercaderes del amor, esclavos del mendrugo, él, sin quererlo y sin pensarlo, se había enamorado de una mujer bella, distinguida, graciosa, y que por añadidura a esas cualidades poseía una cuantiosa fortuna. Siendo así las cosas, miel sobre hojuelas.

Como era justo, el enlace se llevó a cabo.

Los novios se fueron a pasar las primeras semanas de luna de miel en un delicioso chalet cerca del mar. El océano Pacífico, sereno y profundo, fué puesto por testigo de las promesas en virtud de las cuales la mutua pasión aseguraba la felicidad. Sus vidas se unieron íntimamente, fundidas en la llama de una sola ternura. Los banales placeres del pasado se empalidecieron a su vista; nada podía ser comparado con la alegría maravillosa del éxtasis. Cada uno de los amantes tenía la convicción de no haberse equivocado.

Convalecientes ya de la fiebre de los besos, con la dulce fatiga de las primeras jornadas amorosas, volvieron a la ciudad capital.

Jorge había renunciado a su puesto en el Ministerio; tenía que ser así, puesto que a cargo suyo quedaba la administración de los bienes de Teresa: fincas urbanas, haciendas de trigo, acciones de bancos y de ferrocarriles...

Un día estaban los dos sentados a la mesa. El había llegado de la calle momentos antes, jovial como siempre, y ella había salido a recibirlo en la mitad de la escalera, desgranando en su boca un ramillete de besos apasionados. Nadie, al contemplar esa escena, hubiese podido imaginar que aquel día iba a ser el último de la armonía conyugal.

Ya para terminar el almuerzo, faltó pan en el puesto de Jorge, y tocó el timbre para llamar a la sirvienta.

Su mujer le preguntó qué cosa le hacía falta.

— Pan — dijo él; — he llamado a la criada para que me lo traiga.

— Yo tengo aquí de sobra, mira — insinuó ella, pasándole el suyo.

— No, amor mío; eres gentilísima; ése es para ti; ahora me traerán.

— No seas porfiado; pelearé contigo si no me aceptas. Yo no quiero más... toma.

— ¡Pero si es tan sencillo que me lo traiga la muchacha!

— ¡Porfiado! — replicó ella con gesto de enojo cariñoso — desprecias mi pan... ¿Acaso no has comido siempre del mío?

Estas últimas palabras las pronunció Teresa con un tono afectuosamente humorístico, el mismo tono con que entre besos, chistes y chanzonetas, sazonaban muchas veces sus pláticas. Ni en los antecedentes de la vida íntima, ni en los giros de las conversaciones relativas a la administración de los intereses, existía el menor motivo para suponer que aquella mujer, tan delicada y noble, tuviese intención de herirlo. Esas palabras eran una broma, nada más.

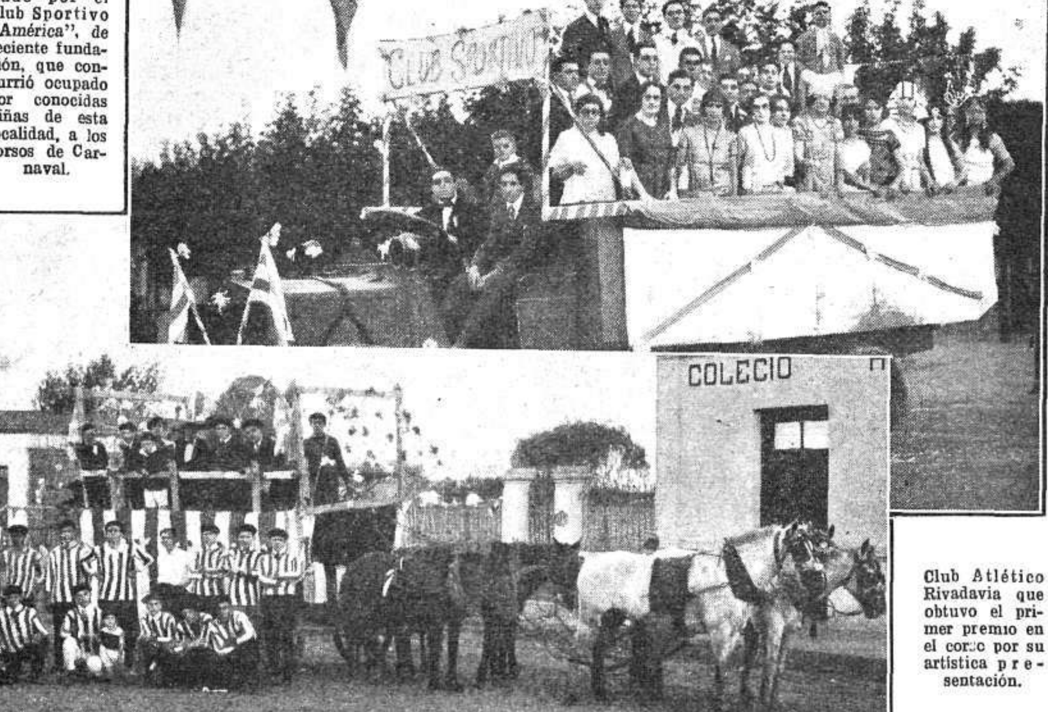
Pero Jorge tenía epidermis de caballero; no era él de aquellas personas que juegan con el insulto como juega el juglar con puñales agudísimos. Toda su sangre varonil se sublevó como si le hubiesen cruzado el rostro con un látigo.

No contestó a su mujer ni una sílaba.

Se levantó, fué hacia la percha, tomó su sombrero, y, haciendo una inclinación de cabeza, salió a la calle.

El matrimonio se había evaporado.

AURELIO MARTINEZ MUTIS



Camión adornado por el Club Sportivo "América", de reciente fundación, que concurrió ocupado por conocidas niñas de esta localidad, a los corsos de Carnaval.

Club Atlético Rivadavia que obtuvo el primer premio en el corso por su artística presentación.



famoso desarrollador de las cabelleras y cuya eficacia está comprobada en miles de maravillosas curaciones, le hará crecer desde las primeras aplicaciones cabello nuevo en abundancia.

Sus componentes a base de vegetales extraídos de la flora boliviana destruyen completamente la caspa, fortifican la raíz capilar y curan la calvicie.

Igualmente las canas recobran su color natural sin necesidad de usar tinturas.

Cada frasco lleva las instrucciones sobre el modo de usarlo.

UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. Rafael Benguria B.

Avenida de Mayo, 1239 - Bs. Aires — Unión Telefónica 5753, Riv.

SUCURSALES:

En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos; *En Córdoba:* Casa Angel Torres & Cía.; En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51, y Tienda "San Ponciano", calle 5 esquina 50; En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado; En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

VEINTE POEMAS PARA SER LEÍDOS EN EL TRANVÍA, *por Oliverio Girondo.* — El autor de este libro es muy burlón, de modo que no hay que creerle cuando nos dice que puede ser leído en el tranvía. En rigor, es claro que podría; pero resultaría muy incómodo, a causa de su gran formato, y no poco indiscreto, en razón de la mala costumbre que casi todos tenemos de mirar con el rabillo del ojo lo que lee el vecino de tranvía. Leamos, pues, el libro del señor Girondo en sitio más cómodo y menos indiscreto que el tranvía; y una vez leído, llegaremos a la conclusión de que el señor Girondo, cuyos poemas están en verso los unos, los otros en prosa, ha querido, escribiéndolos, entretenerse y entretener a sus lectores con sus observaciones de la vida vista a través de un lente casi siempre grotescamente deformador. Sin embargo, como suele ocurrir a los escritores como el señor Girondo, dejan sus poemas, especialmente los que más fácilmente provocan el buen humor del lector, una impresión de tristeza, o mejor dicho, de melancolía. Sí; el señor Girondo es un escritor melancólico, y cuando ilustra sus poemas, su melancolía casi se alza hasta las alturas de la tragedia. Y uno se arrepiente, a la postre, de haberse reído, o siquiera divertido, leyendo los poemas del señor Girondo, quien, además del escritor que se colige de lo dicho, es un artista muy original, de una originalidad tanto más interesante cuanto que su espontaneidad salta al ojo, lo que no siempre ocurre con la originalidad de los artistas originales.

MATINALES, *por Elías Carpena.* — Este joven poeta escribe versos muy agradables, musicales, elegantes, sentimentales. Su libro se lee como se pasa en el jardín una de esas bellas mañanas de estío que tanto gustan al autor: sin sentir. Como muy atinadamente observa el prologuista, Antonio Vallejo, *Matinales* puede considerarse como un libro «precursor de futuros triunfos, ya que en los cantos últimos, además de la consiguiente superación, se denotan otras inclinaciones, y su personalidad — arcilla plástica aún — va adquiriendo nitidez de modelado y euritmios de conjunto».

CHACAYALERAS, *por Miguel A. Camino.* — Ha aparecido la segunda edición de este bello libro de versos, del cual la crítica se expresó en términos tan elogiosos cuando salió la primera edición. Las ilustraciones son muy interesantes.

HIGIENE PÚBLICA. — Hemos recibido un folleto que contiene el muy útil trabajo que el doctor Manuel Ruibal Salaberry presentó al segundo Congreso Nacional de Medicina, y que trata de los «Complementos Sanitarios que le faltan a la Higiene Pública, por sus antecedentes para la profilaxis nacional, con sus proyectos y fundamentos».

EL PRESIDENTE ALVEAR, *por Ricardo H. Aramburu.* — El autor ha querido, con la publicación de este libro, en que se recuerdan los agasajos de que el doctor Alvear fué objeto en Europa a raíz de su elección para la presidencia, que el doctor Alvear lo conserve como un manojo de recuerdos, que resumen un pasaje de su vida.

HECHOS Y REFLEXIONES DE UN POBRE HOMBRE, *por G. Gorvel.* — Entre nosotros no es muy frecuente la publicación de libros como éste, en que el autor, como conversando con el lector, da sus opiniones personales sobre las cosas, los hechos y los hombres que van pasando ante su vista. No siempre tales opiniones resultan interesantes; más aún, casi nunca son interesantes, porque no es privilegio sino de pocos darles ese carácter; con todo, en este libro hay observaciones, retratos, juicios que acreditan en el autor condiciones plausibles para el cultivo de ese género de escritos.

LA OFRENDA DEL MAESTRO, *por Juan Manuel Cotta.* — El autor de este libro es un maestro de aquellos que tienen sincera e irresistible vocación que llamaremos pedagógica, a pesar de que el vocablo hace, casi siempre, nacer ideas desagradables. Ama a los niños con un amor casi místico, como que los considera, y así es, como los instrumentos con que la humanidad ha de labrar su porvenir; y como los ama, los quiere sanos de cuerpo, claros de inteligencia, limpios de corazón. Este hermoso libro merece, pues, la más amplia divulgación, y no sólo entre los niños, porque, además de buen maestro, es el autor un inspirado poeta.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

Album del Teatro Colón. (Temporada oficial de 1922). La empresa Da Rosa, Mocchi y Cía. ha editado, en un lujoso y bien impreso volumen, la figura de todos aquellos que descollaron en el escenario de aquel teatro durante la temporada aludida.

La Flora Argentina, por Perfecto P. Bustamante. La editorial «Casa Bustamante» ha dado a la circulación este libro que contiene más de doscientas páginas de abundante material, que se hacen de interés para todo hogar por la cantidad de recetas medicinales que en ellas se contienen. Imp. M. L. Rañó. Buenos Aires.

La Patria degli Italiani. (Anuario). El colega que nos ocupa ha editado su anuario, en el que ha compilado los principales hechos del año; por su selecto material y su impresión muy esmerada no desmerece de sus anteriores ediciones. Sociedad Anónima «Appia». Buenos Aires.

Antología de poetas líricos brasileños. Libro de poesías inéditas, originales del poeta Francisco Soto y Calvo. Ed. Agencia General de Librería y Publicaciones. Imp. Talleres Gráficos Index. Buenos Aires.

Comercio Exterior de la República Argentina. Años 1918-20. En un grueso volumen de setecientas páginas ha editado la Dirección General de Estadística de la Nación todo el intercambio comercial del exterior de la república registrado en las oficinas de exportación e importación. Buenos Aires.

Manchas de Tinta. Crónicas políticas originales de Armando Herrera. Ed. «La Opinión Nacional», Lima, Perú.

ANUARIOS:

Río de la Plata (Sociedad Anónima). Memoria y balance correspondiente al 14.º ejercicio. Ed. «Talleres Gráficos M. A. Crespo». La Plata.

CARNETS:

Hemos recibido los carnets de acceso al field de los clubs «Independiente» y «Racing». Agradecemos la atención.

FOLLETOS:

El Lopizmo. Trozos selectos de la obra «Viajes en América y la guerra sudamericana» del mayor prusiano Max von Versen, por A. Rebaudi. Buenos Aires.

REVISTAS Y PERIODICOS:

El Tiempo. Año I. Número 5. Mendoza.
El Despertar. Año I. Número 22. Mercedes (Buenos Aires).
Semanario Hebreo. Año I. Número 2. Buenos Aires.
La Voz de Balvanera. Año II. Número 42. Buenos Aires.
Charla Social. Año I. Número 4. Bahía Blanca.
Ciencias Médicas. Tomo V. Año V. Número 57. Buenos Aires.
La Piragua. Año I. Número 5. San Rafael (Mendoza).
Puerto Rico Ilustrado. Año XIV. Número 673. San Juan (Puerto Rico).
España y América. Año XII. Número 125. Cádiz (España).
Export. Tomo XXIX. Número 6. Nueva York (E. U. A.).
El Campo. Año VII. Número 76. Buenos Aires.
España. Año IX. Número 100. Buenos Aires.
El Comercio. Número correspondiente a octubre 1922. Nueva York (E.U.A.).
Industria. Año IV. Número 38. Buenos Aires.
Eco Continental. Año I. Número 1. Buenos Aires.
Tribuna Libre. Año V. Número 127. Buenos Aires.
El Eco de Belgrano. Año II. Número 14. Buenos Aires.
El Despertar. Año I. Número 4. La Rioja.
Sociedad Filatélica Argentina. Año XXIV. Número 213. Buenos Aires.
Boletín del Ministerio de Agricultura. Tomo XXVII. Número 3. Buenos Aires.
Studio Lihgt. Volumen XIV. Número 11. Nueva York.
Facultad de Ciencias Químicas. Volumen I. Año 1923. La Plata.


FRANCESCO CINZANO & Cia
VERMOUTH
TORINO
CINZANO
VERMOUTH

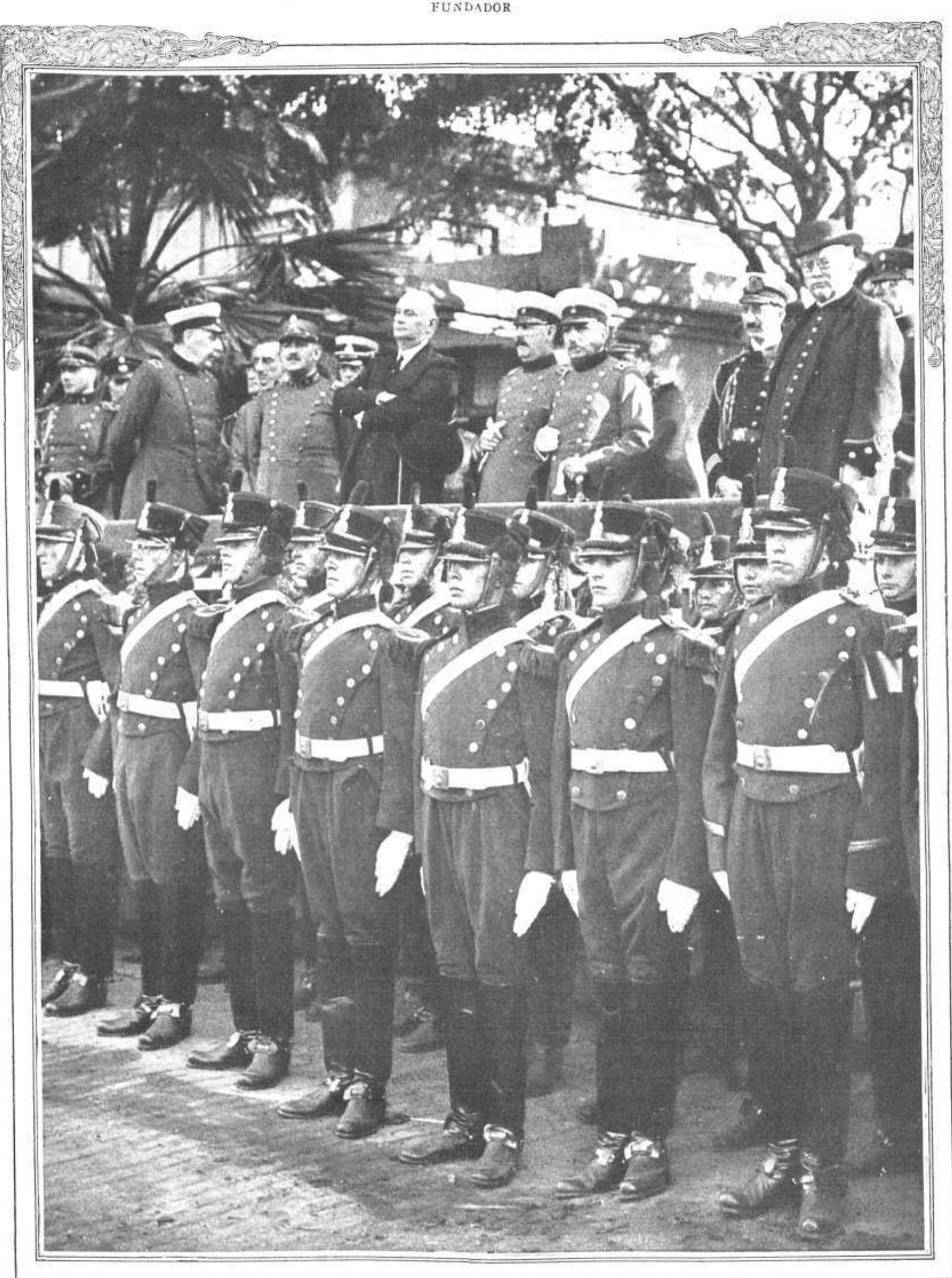
BUENOS AIRES, 24 DE MARZO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1277

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN EL REGIMIENTO DE GRANADEROS A CABALLO

CELEBRACIÓN DEL 111.º ANIVERSARIO DE SU CREACIÓN

JURA DE LA BANDERA POR LOS ASPIRANTES A OFICIALES DE RESERVA EN DICHA CEREMONIA

El palco oficial, a cuyo pie se hallan parte de los aspirantes, ocupado por el presidente de la república, doctor Alvear; el ministro de Guerra, coronel Justo: el intendente municipal, doctor Noel; el inspector general del ejército, general de división Uriburu, y altos jefes, durante el patriótico acto verificado en la plaza del cuartel. Una numerosa y caracterizada concurrencia acogió la presencia del primer magistrado con elocuentes demostraciones de aplauso, demostraciones que luego fueron tributadas a los nuevos oficiales de reserva cuando prestaron el juramento a la bandera.

CONFERENCIA PANAMERICANA EN SANTIAGO DE CHILE

La delegación argentina





Doctor Fernando Saguier. Doctor Manuel Augusto Montes de Oca. Doctor Manuel E. Malbrán.

Delegados plenipotenciarios a la 5.ª Conferencia de las repúblicas americanas.








Capitán de navío Segundo R. Storni. Coronel Arturo Poissón. Asesores navales y militares.

Doctor Luis R. Gondra. Doctor Alcides Calandrelli. Secretarios de la Delegación.

Teniente coronel Abraham Quiroga. Capitán de fragata Guillermo Ceppi. Asesores navales y militares








Mayor José M. Sarobe. Teniente de navío Jorge Games. Asesores navales y militares.

Capitán de navío Enrique G. Fliess, jefe del E. Mayor de la Armada. Coronel Pascual Quirós, jefe del Estado Mayor del Ejército.

Doctor Daniel Antokoletz. Ingeniero Alejandro E. Bunge. Asesores técnicos.

Completan la delegación el señor Mario del Valle, prosecretario; y como auxiliares, los señores doctor Italo A. Grassi, Jacobo Waisman, Juan José Varela, Juan Valmaggia y Ricardo Saguier.

La delegación brasileña

El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, acompañado de la delegación brasileña, en su despacho, la que le fué presentada por el representante diplomático de aquella república hermana, ante el gobierno argentino, doctor Pedro de Toledo.

FOTO DE ARROYO

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

EL ULTIMO ACUERDO



Esto viene a demostrar que "gobernar es almorzar".

Conmemoración del 60.º aniversario del Colegio Nacional de Buenos Aires



Una de las cabeceras del gran banquete con que se festejó el grato acontecimiento ocupada por los señores doctor J. Culen, doctor Bermejo, presidente de la Corte Suprema; doctor Arce, rector de la Universidad; los ministros del Interior y de Obras Públicas, doctores Matienzo, y Loza y el Intendente Municipal.



Otra cabecera de la mesa a la que se sentaron, entre otras distinguidas personalidades, el doctor Rómulo Naón, ex embajador en Wáshington, y el ministro de Hacienda, doctor Herrera Vegas. El almuerzo constituyó una hermosa manifestación de cordialidad y cultura, siendo una nota novedosa el menú típicamente nacional.

La crisis ganadera





Ingeniero don Pedro P. Pagés, presidente de la Sociedad Rural Argentina, leyendo su discurso.



Doctor José Tomás Sojo, presidente del Comité de Defensa, en el acto de inaugurar la importante asamblea celebrada con asistencia de caracterizados hacendados y de varios legisladores pertenecientes a la Comisión de Asuntos Ganaderos de la Cámara de Diputados.

Inauguración del Instituto de Cirugía



El doctor Arce, rector de la Universidad, y los ministros del Interior y de Instrucción Pública, doctores Matienzo y Marcó, que asistieron a la inauguración de la moderna y benéfica institución



El rector de la Universidad, el intendente municipal y el director del hospital, doctor López Figueroa, rodeados de un grupo de facultativos y de otras personas distinguidas que visitaron muy complacidas las dependencias de la sala

La visita de los médicos norteamericanos del "American College of Surgeons"



El rector de la Universidad, Dr. Arce, dando la bienvenida a los colegas yanquis, en la recepción que en su honor se celebró en la sala de grados.



Uno de los ilustres huéspedes leyendo su discurso para agradecer las distinciones que se les dispensaron y para abogar por un intenso intercambio profesional entre ambas repúblicas.



Los médicos norteamericanos en su visita al Jockey Club, acompañados de sus esposas, de varios colegas argentinos y de miembros de nuestra primera institución social e hípica.

Viaje del presidente de la república a Bahía Blanca



El doctor Alvear momentos antes de tomar el tren especial que le condujo a Bahía Blanca, en jira de estudio por la rica zona del Sur. Le rodean, entre otros personajes, el ministro de Obras Públicas, doctor Loza, y el jefe de Policía, señor Jacinto Fernández.

Recepción a bordo del vapor "Presidente Hayes"



El embajador de Norte América, señor Wallace Riddle, y otras personas, a bordo del vapor "Presidente Hayes", con el que se inaugura el servicio de pasajeros entre Buenos Aires y los puertos de la costa del Pacífico de los Estados Unidos.



Distinguidas familias de la colonia norteamericana, que fueron invitadas a la fiesta que se celebró en el citado barco con motivo de su próxima partida, la primera que hace desde el puerto de la capital.

FOTOS DE ARROYO Y VARGAS

NUEVA HAZAÑA DE NATACION

La nadadora Ana Gutbrod marca el "record" femenino de permanencia en el agua



La intrépida deportista nadando a razón de 22 brazadas por minuto, acompañada durante algunas horas por una de sus hermanas, también excelente nadadora.





La animosa aficionada comiendo parte del alimento que se le suministró periódicamente durante las 22 horas y 47 minutos que permaneció en el agua.

De nuevo reponiendo sus fuerzas a las diez y siete horas de bracear con las olas sin demostrar fatiga sensible alguna.

La señorita Ana Gutbrod momentos antes de arrojarse al agua desde la borda del vapor "Perseverancia".

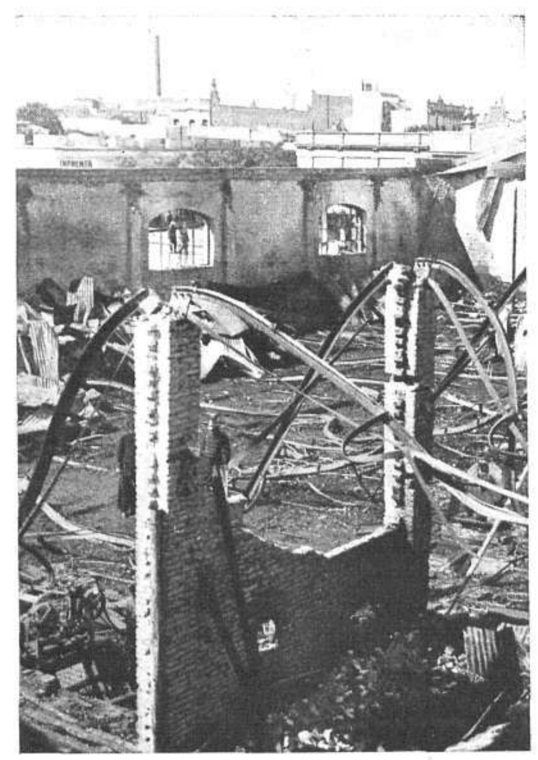


Llegando a la meta. La señorita Gutbrod, por sus propias fuerzas, sube a la lancha "Temerario" después de su proeza.

EL IMPORTANTE SINIESTRO DE LA SEMANA



Bomberos empeñados activamente en la extinción del voraz incendio que destruyó los dos galpones de la firma Thompson y Cía., ubicados en Lavalle 3739-49.



El gran local arrasado por las llamas] y cuyas pérdidas materiales ascienden a 400.000 $ m/n. Gracias a la eficaz labor de los bomberos el siniestro no alcanzó mayores proporciones

FOTOS DE VARGAS.

EL ANARQUISTA SILVEYRA

Condenado a 20 años de presidio, se va por la puerta principal de la Penitenciaría

La silueta del bastión vista desde la celda 483.



Puerta principal que eligió el evadido para dejar la cárcel.

La celda 483, tal como quedó a raíz de irse el inquilino.

Ultimo retrato del anarquista Silveyra, que arrojó la bomba en la tidecría.

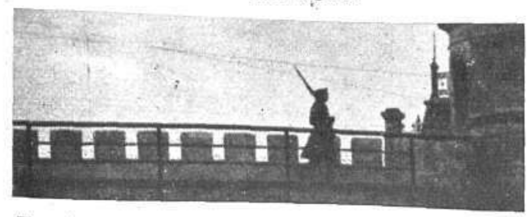
Contraseña que entregó el preso para lograr su libertad.



Un visitante pide la contraseña, como la que debió utilizar el evadido para fugarse.



Una de las ocho puertas que atravesó Silveyra.



El centinela que vigila el pabellón en donde se alojaba el evadido.



Aspecto de la sala donde los presos reciben a su familia y donde Silveyra preparó su evasión.

HAY que agregar un capítulo más al «Manual del perfecto evadido». En esta lección se ponen de lado las escalas de Latude, las excavaciones inocentes y las cornisas de la cárcel de «Los Plomos» de Venecia, por donde confesó Casanova, en sus Memorias, haberse escapado.

En este capítulo, que llega *tarde para muchos*, el preso aprende a utilizar la puerta de entrada de la cárcel como una puerta de salida.

La idea es simple y genial. Ya decía un viejo ladrón: «Jamás entres para robar por la ventana. ¿Para qué está la puerta?»

Esta es la reflexión que *se ha hecho el anarquista* Silveyra en vísperas de ser enviado a la Tierra del Fuego, donde cumpliría 20 años de condena. Ayudado por varios cómplices, logró sacarse el traje de penado en la sala de visita, sin ser visto, y ya vestido de particular, aprovechó una contraseña — que era buena — *para atravesar ocho contro*les celosos que examinan a los visitantes hasta llegar a la calle.

A los cinco minutos se conocía su desaparición. Diez minutos después, toda la policía de investigaciones salió en su busca. ¿Dónde está el evadido?

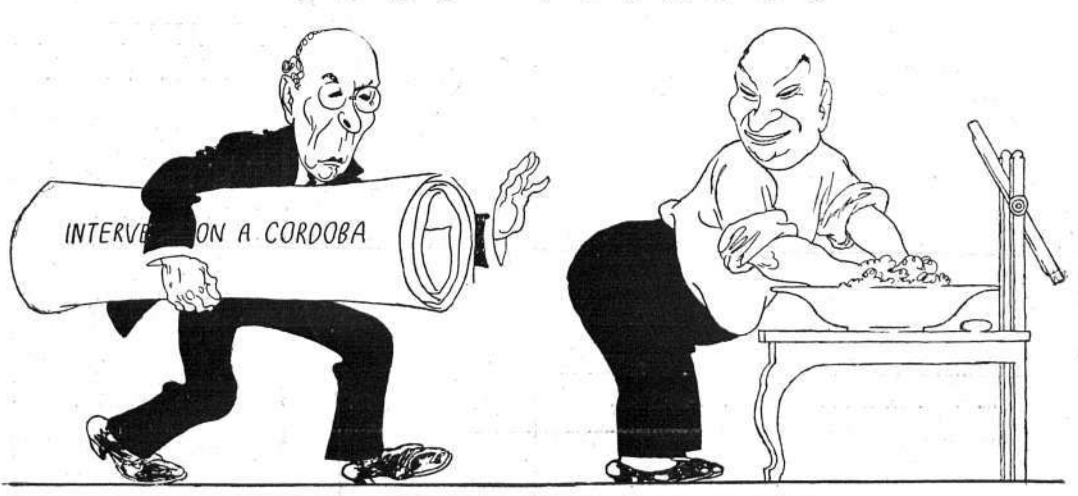
Sólo quedaban en la celda 483 unos pañuelos, unas cartas y unos versos de un otro anarquista preso en Sierra Chica, Angel García, en los que, violando de nuevo las leyes de la poética, que son sociales, el rebelde ha sintetizado su sonoro ideal, tan sonoro como impreciso:

«Si victorioso en ti mismo
enarbolas el bien triunfante
del presente en adelante
disfrutarás del anarquismo.
¡Anarquía! dulce endecha
de amor, ciencia y libertad,
serás para la humanidad
la *más ubérrima cosecha*.»

Un hombre como Silveyra, que ha hecho de la justicia y de sus representantes sus enemigos personales, no podrá pasar ante un vigilante *sin recordarle los picos par*dos en que anda. Y como una broma pesada, el jefe de policía ha puesto en su ruta un vigilante cada doscientos metros...

VIZCONDE DE
LASCANO TEGUI.

COMO PILATOS



Matienzo. — Aquí traigo esto que manda el Congreso.
Alvear. — En ese asunto «yo me lavo las manos».

CARICATURA DE SIRIO.

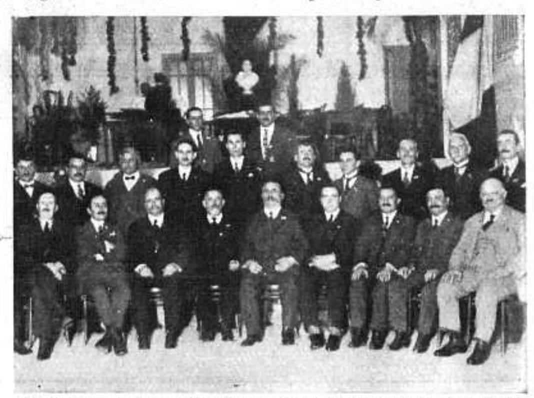
NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Vista parcial del público que formó en la entusiasta y gran manifestación organizada al saberse el triunfo de Firpo en su pelea con Brennan.



Damas de la colectividad italiana que asistieron al acto inaugural de la sociedad «Anita Garibaldi».



Señores que han sido los fundadores de la sociedad y algunos de los primeros socios inscriptos.

FIGURAS DE ACTUALIDAD

NUEVO MINISTRO PLENIPOTENCIARIO EN BÉLGICA

Doctor ALBERTO F. FIGUEROA

POR SIRIO

DESPUÉS de una destacada y brillante actuación como primer secretario en la Legación Argentina en París el reciente nombramiento del distinguido diplomático ha sido recibido con unánime aprobación, considerándolo como un merecido ascenso.





La Página de la Moda

Últimos Modelos

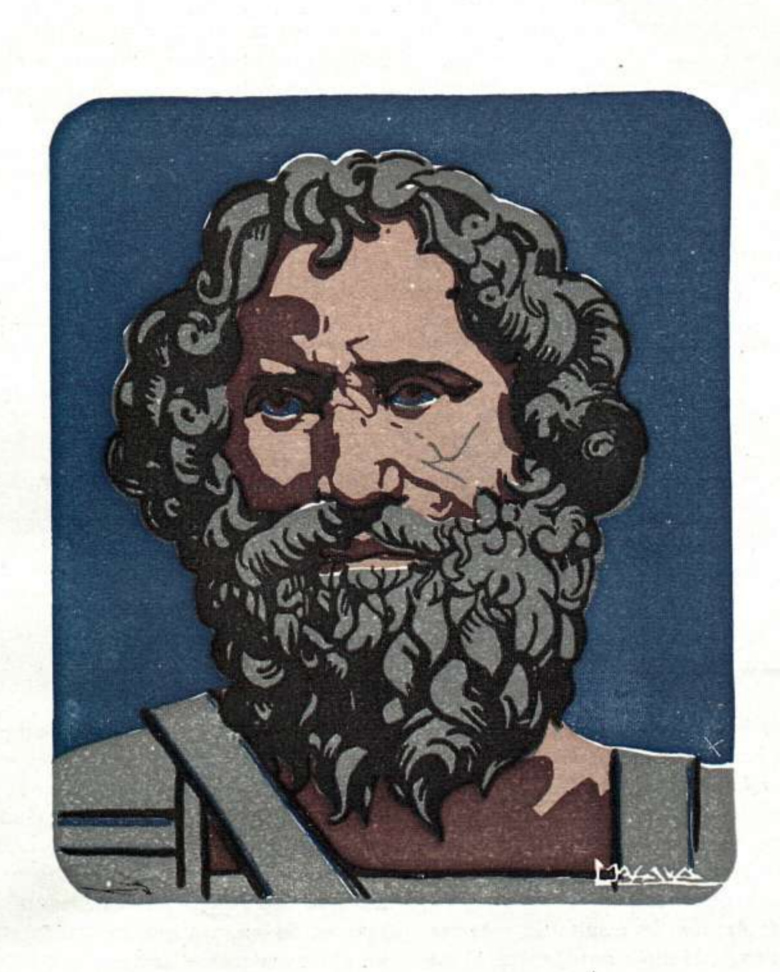
ELEGANTE VESTIDO ARTÍSTICAMENTE DRAPEADO HACIENDO JUEGO CON SENCILLO SOMBRERO CLARO ADORNADO CON «AIGRETTES».

AMPLIO VESTIDO COLOR LILA PÁLIDO, CON PLIEGUES EN LA FALDA, ÚLTIMO MODELO MUY EN BOGA.

TRAJE DE NOCHE CONFECCIONADO CON GASA Y AMPLIAS PUNTILLAS, CON CINTURÓN DE ROSAS.

LA ARTISTA MARÍA MINDZENTY LUCIENDO UN NUEVO Y RICO ESTILO DE NOCHE, DE COLA DE ENCAJE Y ORIGINALES DIBUJOS.

Fotos enviadas por Claire Patek, Viena.



HOMBRES CÉLEBRES

ARQUIMEDES

ARQUÍMEDES nació en Siracusa (Sicilia) el año 287 antes de Jesucristo. Dícese que era pariente de Hierón II, rey de Siracusa, aunque esto no se ha podido comprobar ni hace falta. Como Siracusa era una colonia fundada por los griegos en Sicilia (Italia), supongo que Arquímedes fué criollo, es decir, hijo de padres extranjeros. Esta suposición mía no perjudica al célebre sabio, y en cambio lo hace más simpático a los criollitos que me lean.

Tampoco se sabe nada sobre la niñez de Arquímedes. Me atrevo a suponer que era un chiquilín curioso y preguntón, muy aficionado a los juegos útiles: construir carritos, barcos, casitas de tarugos

y otras cosas. Indudablemente a los 11 ó 12 años ya sabía componerle a su mamita querida los chismes rotos.

Aseguran los autores que terminados sus estudios en Siracusa pasó a Alejandría de Egipto, uno de los más grandes centros del saber antiguo. Allí tuvo por condiscípulo a Euclides, el gran geómetra, de quien te hablaré otro día.

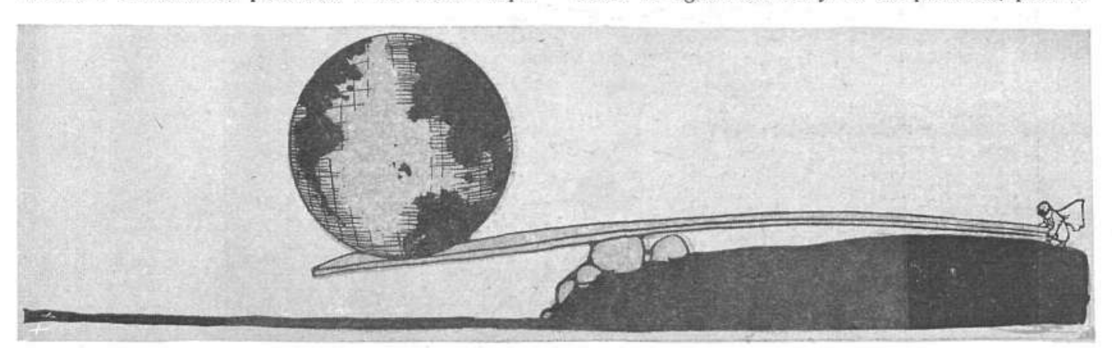
Cuando las academias alejandrinas no podían ya enseñarle más, volvió Arquímedes a su país.

Una de sus primeras hazañas científicas fué poner a flote una gran nave egipcia. Para esto empleó un sistema de poderosas palancas. Tú sabes, niño estudioso, lo que son las palancas. Con una palanca o palanqueta puedes mover un peso muy superior a tus fuerzas. El remo, el tirabuzón, las tijeras, los pedales y, en general, toda máquina, son palancas o sistemas de palancas. Pues bien: Arquímedes, al recibir los elogios que el rey Hierón le hacía por haber sacado el barco, dijo: «*Dame un punto de apoyo y levantaré el mundo*». Estas palabras pintan la confianza que Arquímedes tenía en la ciencia. La ciencia es la palanca más poderosa de todas cuando halla un punto de apoyo en la inteligencia de los hombres.

El *principio de Arquímedes* resulta su más hermoso descubrimiento. Habrás notado que al bañarte tu cuerpo pierde peso y que todo objeto metido en el agua también lo pierde. Arquímedes un día, estando metido en la bañadera, encontró la causa de este fenómeno, y le produjo tanta alegría que salió por las calles gritando: «*¡Eureka, eureka!*», palabra que significa en griego: «¡lo encontré!». Lo que había encontrado el sabio y limpio bañista es lo siguiente: *Todo cuerpo sumergido en el agua sufre un impulso de abajo arriba igual al peso del agua que desaloja*. Es decir que si tú tienes un volumen de 60 litros y te metes en el agua, pierdes el peso de 60 litros de agua. Con una balanza, pesas, un vaso de agua, un cilindro macizo y otro cilindro hueco, puedes comprobar la verdad de este principio. Pídele a tu maestro que te enseñe este lindo experimento.

Para que lo comprendes más bien he puesto la palabra agua en lugar de la palabra flúido que usó. El principio de Arquímedes nos enseña por qué flotan los buques de madera, hierro o cemento armado, y también tiene aplicación en la ciencia aerostática, esto es, a la que se ocupa de los globos.

Inventó el tornillo llamado de Arquímedes, aparato que servía para elevar agua. Era un cilindro de madera cuyo interior estaba construído en forma de tornillo hueco. Uno de los extremos de la máquina estaba metido en el agua en posición inclinada; haciendo girar el aparato, el líquido subía por la espiral hasta el recipiente. Asegúrase que en Egipto construyó diques para encauzar el agua del Nilo. También hizo grandes estudios para transmitir y hacer cambiar de dirección al movimiento por medio de ruedas dentadas. En geometría halló las relaciones aproximadas para la medida del círculo, la esfera, la parábola, etc. Supónese que tenía conocimientos claros sobre la figura del sol y de los planetas, pues se habla de una esfera celeste que había construído, aparato que no ha llegado hasta nosotros.



Aquel sabio era un gran patriota y murió por su ciudad natal, a la que supo defender por medio de la ciencia. Sitiada Siracusa por los romanos, Arquímedes dirigió la defensa, inventando máquinas que lanzaban enormes piedras a largas distancias. Se asegura que mediante enormes espejos cóncavos quemó las naves romanas. Pero como la fuerza brutal del número lo aplasta todo, al fin cayó Siracusa en poder de las tropas sitiadoras. Un soldado encontró en una plaza de la vencida ciudad a un hombre que hacía en el suelo figuras geométricas. Ordenóle que le siguiera, y como el anciano no obedecía, le cortó la cabeza. Era el sabio Arquímedes que así moría, en el año 212 antes de Jesucristo, a los 75 años de edad, víctima de un soldadote.

Arquímedes hizo otros grandes descubrimientos geométricos, matemáticos y físicos. Busca un buen diccionario y completa las breves noticias que yo he podido darte en un espacio demasiado pequeño para la colosal figura del sabio admirable.

Gracias a él la ciencia dió un paso gigantesco. Arquímedes fué un gigante genial que si resucitara haría aún muchísimas hazañas científicas. Muchos hombres que se las dan de sabios no saben ni la centésima parte de lo que sabía Arquímedes.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

LEYENDAS DE ORIENTE

LA VÍRGEN MARÍA Y EL NIÑO JESÚS SEGÚN EL KORÁN

Por el

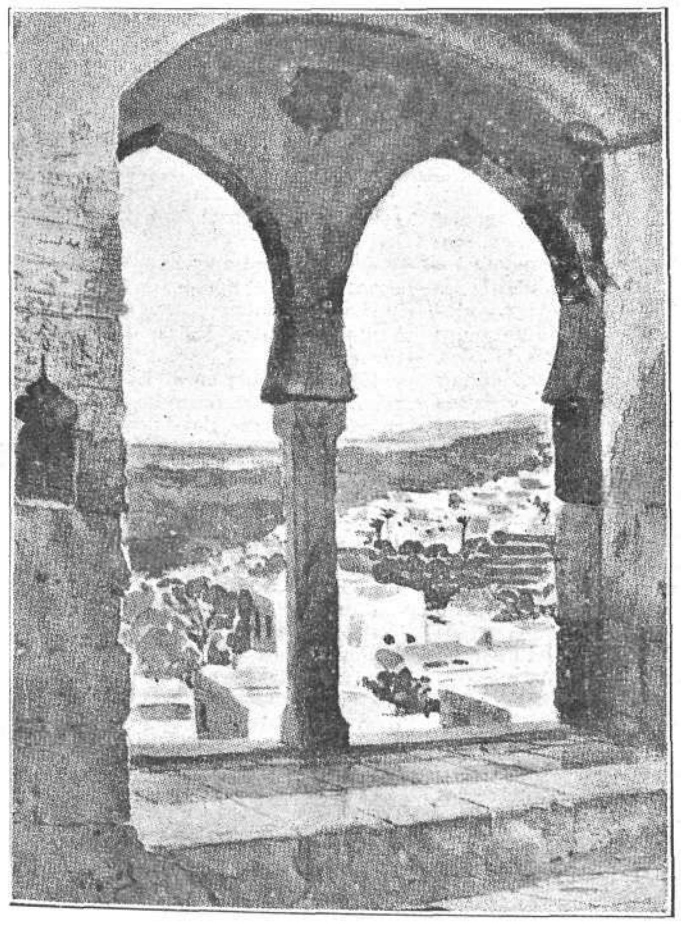
EMIR EMIN ARSLÁN

Estoy seguro de asombrar a muchos lectores al asegurarles que los musulmanes creen en la Virgen María y en que Jesús nació del espíritu de Dios.

Sin embargo, cualquiera que haya leído una traducción del Korán — que, desgraciadamente, debe ser mala como todas — habrá podido darse cuenta de la exactitud de mi afirmación.

Se sabe que el Korán es el libfo sagrado del Islam. Es la «palabra de Dios» (Alah), revelada a Mahoma, su profeta. El Koráu es considerado como la Biblia y el Evangelio de los cristianos, y todo musulmán debe leerlo en árabe, que es la lengua en que fué revelado, y teniendo cuidado de no cometer ningún error de acento ni de puntuación. Uno de los grandes méritos del musulmán será poder recitarlo de memoria, o por lo menos en parte.

Además, el estilo del Korán es un modelo de sublimidad y elocuencia en la literatura árabe. De aquí derivan sus dificultades de traducción, sobre todo para las lenguas europeas. Durante mis primeros años oí recitar el Korán constantemente, de día y de noche. Sin embargo, de todos los versículos que oí en mi infancia, o que aprendí en mi juventud, sólo me han quedado en mi memoria los relativos a Jesús y la Virgen María.



La razón es sencilla; y aquí pido permiso para evocar un recuerdo de infancia.

Mi madre, que era musulmana, acostumbraba, en las tardecitas, a asistir al riego de sus flores en el jardín interior del harem (repito que la palabra *harem* quiere decir «el dominio priva-

do de la mujer»). Después de haber recogido sus jazmines, su «ful» de un perfume muy penetrante, sus claveles, sus rosas y toda clase de flores, y haberlas arreglado en ramos, se disponía a hacer sus oraciones de la tarde. Comenzaba, según los ritos, con cuidadosas abluciones; luego retiraba del armario un pequeño tapiz de seda, lo extendía en dirección a la Meca; se envolvía la cabeza con su largo y fino velo blanco y, una vez de rodillas, comenzaba su plegaria. Nadie en ese momento podía aproximársele ni dirigirle la palabra. Todo el mundo callaba; se formaba un silencio de santuario, «al sut» la dama rezaba; una vez terminada la plegaria, las sirvientas traían sobre una gran bandeja de cobre cincelada, de un metro de diámetro, toda clase de frutas: granadas, higos frescos, uvas, manzanas, peras, duraznos recién arrancados del huerto. La bandeja se depositaba sobre un pequeño taburete de nácar, y entonces mi padre, mi madre, mis hermanos y yo nos sentábamos a su alrededor sobre cojines, para regalarnos con la fruta. Este era nuestro «five o'clock tea» cotidiano...

Una vez terminada la frugal merienda, si mi madre no tenía que atender visitas ni ganas de salir de paseo, sentábase ante una amplia ventana de dos arcadas que dominaba el valle de los Olivos y el mar Mediterráneo. La ventana se abría en un muro de un metro de espesor. Durante las épocas de calor, se ponía allí un colchón para dormir confortablemente. Desde allí, y detrás de una reja, mi madre veía el vaivén del personal y los viajeros que subían la montaña o descendían hacia la ciudad.

Cada vez que yo veía a mi madre allí sola iba a sentarme a sus pies con la cabeza sobre sus rodillas, y ella, con su linda manecita suave pintada de hene, me acariciaba los cabellos y, en lugar de contarme historias fantásticas o cuentos infantiles, me recitaba largos poemas de nuestro gran poeta Cheij Ul Yazigi, todos en alabanza de nuestros antepasados.

Confieso que no supe apreciar la belleza de esos poemas cuando estudiaba la literatura árabe. Solía interrumpirla diciéndole: «Madre, recítame los versículos del Korán de la Virgen María y del Niño Jesús». Mi madre no se hacía rogar, e inmediatamente comenzaba:

«Bismi ilah. En el nombre de Dios clemente y misericordioso:

«Acuérdate de Zacarías cuando gritó, dirigiéndose al Señor: ¡Señor, no me dejes solo!

«Nosotros lo escuchamos y le dimos a Iahia (San Juan), e hicimos que su mujer fuese capaz de dar a luz.

«Los ángeles de Dios lo llamaron mientras rogaba en el santuario:

«Dios te anuncia el nacimiento de Iahia, que confirmará la verdad de la palabra de Dios; será grande y casto, un profeta más en el mundo de los justos.

«Recuerda el día en que la esposa de Imran (Hanna) dirigió este ruego a Dios: Señor, te he consagrado lo que llevo en mi seno. Te pertenecerá por entero; acéptalo.

«Cuando hubo dado a luz, le dijo: Señor, he dado al mundo una hija de nombre Mariam (María); la pongo bajo tu protección, a ella y a su posteridad, a fin de que la preserves de las artimañas de Satanás.

«Los ángeles dijeron a María: Dios te ha elegido librándote de toda mancha. Te ha elegido entre todas las mujeres del universo.

«Los ángeles dijeron a María: Dios te anuncia su verbo. Se llamará el Mesías, Jesús, hijo de María, y será ilustre en este mundo y en el otro, y un elegido del Señor.

«Pues hablará a los hombres desde su cuna, y será del número de los justos.

«Los judíos no creyeron en Jesús; inventaron contra María una mentira atroz.»

Mahoma habla en el Korán de Mariam: de cómo se retiró de su familia y se fué para el este. Los dolores del parto la sorprendieron junto a un tronco de palmera. «¡Quisiera Dios— exclamó,— darme la muerte y un olvido eterno!

«Una voz le gritó: No te aflijas; tu Dios ha hecho correr un arroyo a tus pies. Sacude el tronco de la palmera, y los dátiles caerán sobre ti.

«Come, y refréscate, y consuélate.

«Ella fué a casa de su familia llevando al niño en sus brazos. Le dijeron: ¡Oh, María; has hecho una cosa muy grave!

«María les mostró con el dedo al niño, para que lo interrogaran. ¿Cómo— dijeron,— podríamos hablar a un recién nacido?

«Yo soy el servidor de Dios— les contestó Jesús,— y El me ha dado el Libro y me ha hecho profeta.

«Ha resuelto bendecir mis pasos donde quiera que me encuentre.

«La paz será conmigo, tanto en el día

de mi nacimiento, como en el día de mi muerte y en el de mi resurrección.

«Oh, Mahoma: acuérdate de la que había conservado su virginidad y en quien pusimos una parte de nuestro espíritu; con su hijo le dimos un signo que la distinguiera.

«Los judíos no creyeron en Jesús. Dijeron: Hemos condenado a muerte al Mesías, Jesús, hijo de María, enviado de Dios.

«No, no lo mataron, no lo crucificaron; un hombre que se le parecía ocupó su lugar. No lo mataron realmente. Dios lo llevó consigo y Dios es poderoso y sabio.

«Oh, vosotros, que habéis recibido las escrituras, no abuséis, no digáis de Dios más que lo que es verdadero.

«El Mesías, Jesús, hijo de María, es el apóstol de Dios y su Verbo, que El puso en María; es un espíritu proveniente de Dios.

«Creed, pues, en Dios y en sus apóstoles, y no digáis: «Hay una trinidad», que os será más provechoso no decirlo.

«Pues Dios es único. ¡Gloria a El! ¿Cómo podría tener un hijo, si suyo es todo lo que hay en los cielos y en la tierra?

«Los que dicen que Dios es el Mesías, hijo de María, son infieles.

«Sobre los pasos de los otros profetas hemos enviado a Jesús, hijo de María, para confirmar el Pentateuco. Nosotros le hemos dado el Evangelio que contiene la dirección y la luz, y confirma el Pentateuco. El Evangelio contiene también una advertencia para los que temen a Dios.

«Infiel es el que dice: ¡Dios es un tercio de la Trinidad, siendo así que la esencia de Dios está en ser único.

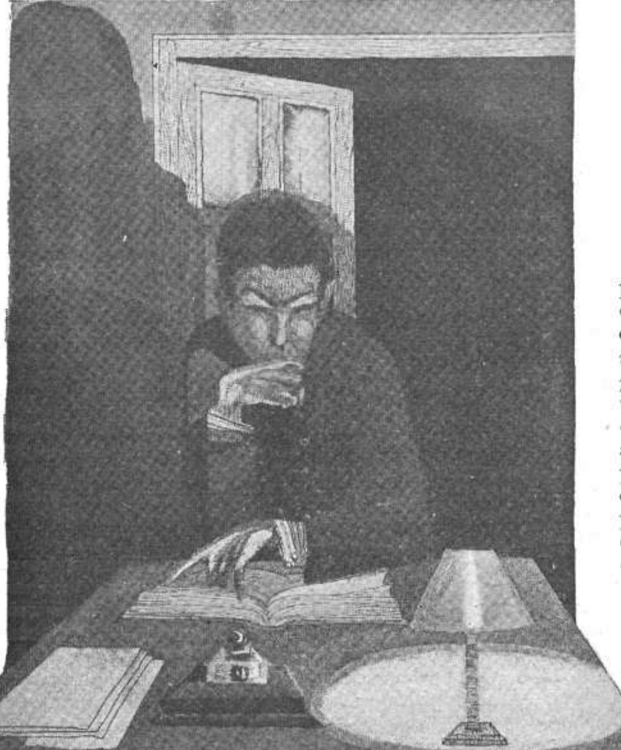
«Decidles: Venid y os leeré lo que Nuestro Señor os ha prohibido: de asociar otro ser con El.»

He aquí cómo, según el Korán, los musulmanes creen respecto de la Virgen María, de Jesús y de la Trinidad. Se habrá notado que no se habla de San José, esposo de la Virgen María; los musulmanes no admiten su casamiento, como no admiten tampoco que Jesús, a pesar de provenir del espíritu de Dios, sea considerado como hijo de Dios, y menos como Dios. Para los musulmanes Jesús no es más que un profeta (Nabi), pero el más grande de todos, mientras que Mahoma es el punto final (jatimat) de los profetas.

Se verá, por lo que sigue, la leyenda popular sobre la vida de Jesús y de María, y sobre su muerte.

آية للناس ورحمة منا وكان أمرا مقضيا ۝ فحملته
فانتبذت به مكانا قصيا ۝ فأجاءها المخاض
إلى جذع النخلة قالت يا ليتني مت قبل هذا وكنت
نسيا منسيا ۝ فناداها من تحتها ألا تحزني قد جعل
ربك تحتك سريا ۝ وهزي إليك بجذع النخلة تساقط
عليك رطبا جنيا ۝ فكلي واشربي وقري عينا
فإما ترين من البشر أحدا ۝ فقولي إني نذرت للرحمن
صوما فلن أكلم اليوم إنسيا ۝ فأتت به قومها
تحمله قالوا يا مريم لقد جئت شيئا فريا ۝ يا أخت
هارون ما كان أبوك امرأ سوء وما كانت أمك بغيا
۝ فأشارت إليه قالوا كيف نكلم من كان في
المهد صبيا ۝ قال إني عبد الله آتاني الكتاب

وجعلني نبيا ۝ وجعلني مباركا أين ما كنت و
أوصاني بالصلاة والزكاة ما دمت حيا ۝ وبرا
بوالدتي ولم يجعلني جبارا شقيا ۝ والسلام علي
يوم ولدت ويوم أموت ويوم أبعث حيا ۝ ذلك
عيسى ابن مريم قول الحق الذي فيه يمترون ۝ ما كان
لله أن يتخذ من ولد سبحانه إذا قضى أمرا فإنما يقول
له كن فيكون ۝ وإن الله ربي وربكم فاعبدوه
هذا صراط مستقيم ۝ فاختلف الأحزاب من
بينهم فويل للذين كفروا من مشهد يوم عظيم
۝ أسمع بهم وأبصر يوم يأتوننا لكن الظالمون
اليوم في ضلال مبين ۝ وأنذرهم يوم الحسرة
إذ قضي الأمر وهم في غفلة وهم لا يؤمنون ۝



Un MUCHACHO *de* PORVENIR

por

Enrique Méndez Calzada

DIBUJOS DE LÓPEZ NAGUIL

¿Por qué misteriosos procedimientos forma la vida carceleros, acróbatas, pedicuros, barberos, verdugos, actores, gendarmes, prestidigitadores, bañeros, veterinarios, sepulteros y ujieres?

A. KUPRIN,
El desafío, XVII.

I

Dondequiera que se hablaba de Fernando Flores, si había presente alguien que le conociese, se oía exclamar:

—¡Ese sí que es un muchacho de porvenir!...

Tal era la opinión general, y por cierto que estaba bien fundada. Yo estudié con Fernando todos los años del Colegio Nacional, y puedo atestiguar que ni una sola vez le hicieron los profesores pregunta que no contestara pronta y acertadamente; que jamás faltó a las clases; que obtuvo siempre en los exámenes las notas más brillantes.

No es de extrañar, pues, que fuese el orgullo de su familia. Nosotros, sus compañeros, le profesábamos verdadera admiración. Basábase principalmente este sentimiento en el hecho de saber que las largas horas que nosotros pasábamos en los cinematógrafos o en los bailes de barrio, las dedicaba Flores a la lectura de voluminosas y abstrusas obras científicas. Era un *traga-libros*, que lo abarcaba todo: la filosofía, la literatura, la historia, las ciencias naturales... Se explica así que a los veinte años poseyese un bagaje de erudición que para sí quisieran muchos de esos catedráticos a quienes los periódicos llaman *el sabio profesor don Fulano de Tal*.

Hubo un momento en que se temió por la salud de Fernando, porque el exceso de lectura le dañaba en forma ostensible.

—¡Muchacho, no leas tanto!... Terminarás por enfermarte seriamente... — le decían de continuo en su casa.

Pero los consejos y los ruegos eran inútiles. Es más: resultaban casi siempre contraproducentes, pues Fernando, bondadoso y amable de ordinario, se irritaba cuando se pretendía persuadirle a que moderase su excesiva afición a la lectura; y tal vez lo incitasen esas admoniciones a leer con más ahinco.

Y si algún amigo pedante — que nunca falta — le recordaba aquello de *primum vivere, deinde philosophari*, contestaba Fernando que «no las iba» con el aforismo. Afirmaba, paradójicamente, que para él era el pensamiento lo principal y la vida lo secundario.

—

Cuando en el Colegio Nacional nos expidieron nuestros certificados de bachilleres — hace de esto unos cinco o seis años — le pregunté a Fernando:

—Y tú, ¿qué vas a estudiar?

De momento no contestó a mi pregunta. Permaneció callado. Por fin, tras sonreir enigmáticamente, pronunció esta palabra:

—Nada.

La respuesta me produjo vivo asombro, y no pude dejar de expresarlo:

—¡Cómo! — le dije. — Y todos los sacrificios hechos para estudiar el bachillerato, todos tus esfuerzos, ¿van a ser infructuosos? ¿Para qué te hiciste bachiller?

—Estudié el bachillerato — me contestó — por complacer a mis padres. Son de esos que quieren a toda costa tener *un doctor* en casa, como otras personas aspirar a tener un chalet en Mar del Plata o a poseer un caballo famoso. Lo que es yo, nunca he sentido vocación por ninguna carrera. Les tengo asco a todas...

—Pero, amigo Fernando, no digas eso. Estás obcecado, tal vez por causa de algún trasnochado filosofastro. Un muchacho como tú, lleno de buenas condiciones...

—Te digo que todas las carreras me repugnan. No serviría para ejercer ninguna — insistió.

Traté de disuadirlo.

—¡Pero cómo no has de servir!... Un muchacho tan estudioso como tú eres, tan aficionado a las investigaciones naturales, podría ser, por ejemplo, un gran médico. Llegarías a ser un médico ilustre, tal vez un sabio de renombre mundial. ¿Por qué no estudias Medicina?...

Se sonrió de nuevo, con cierto aire burlón, y habló así:

—Porque no podría ejercer esa profesión sin

contrariar mis sentimientos. Vamos a ver, ¿qué es el médico? Un hombre que explota los dolores de los demás seres. ¿Hay explotación más odiosa?... A mí me gustaría aliviar los sufrimientos ajenos, pero me gustaría aliviarlos desinteresadamente; no por negocio, no por afán de lucro. La de combatir las enfermedades debe ser una misión del Estado, y no una profesión particular. La inmoralidad fundamental de esa profesión resulta evidente si se piensa que, viviendo los médicos de las enfermedades, no tienen, no pueden tener interés en extirparlas. Eso sería perder la clientela. Habrás visto, por otro lado, que si un enfermo se muere, no por eso deja el médico de cobrar honorarios. ¿Por qué? ¿Cómo puede establecerse si la muerte se ha debido precisamente a su impericia o a su ignorancia?... El médico debería cobrar si acaso sólo cuando su intervención ha sido salvadora, puesto que en lo que se llama «casos perdidos» no tiene para qué intervenir. Ocurre, además, que los buenos médicos son únicamente para la gente adinerada, porque, cotizándose más sus servicios, cobran en tal cuantía que se ponen fuera del alcance de los menos pudientes. ¿Es justo esto? ¿Es cristiano? ¿Por qué razón han de estar vedados a los pobres los medios de conservar la vida, cuando estos medios consistan en los servicios de un determinado médico, más hábil que los otros? Yo no admito que, así como se establecen clases entre las personas, se establezcan entre los dolores. No hay dolores aristocráticos y dolores plebeyos; la igualdad del dolor es, para mí, una cosa sagrada. Por eso digo que los médicos deben ser empleados del Estado, como lo son los jueces, encargados de administrar justicia tanto para los ricos como para los pobres; y deben, como los jueces, ser pagados por el mismo Estado. Mientras esto no suceda, yo no podré ser médico. No quiero traficar con el dolor humano...

Guardó silencio por un instante. Luego me hizo esta pregunta:

—¿No has leído las confesiones de Veressaief?

—No — le contesté. — ¿Quién es ese Veressaief? ¿Algún novelista sombrío de los que, como Tolstoi, preconizan una severa moral que ellos han empezado a practicar cuando los achaque de la edad ya no les permitían desacatarla?

—Nada de eso. Veressaief es un médico ruso. Veressaief, después de ejercer durante muchos años su profesión de médico, publicó sus memorias. Son, sencillamente, el relato de los tormentos por que debe pasar un hombre honrado a quien le consta que su impericia, su torpeza, o el mismo atraso de la Ciencia, condenan a muchos seres al dolor o a la muerte. En Veressaief hay algo que vale más que un hombre de ciencia: hay un hombre de conciencia. Y como, dentro de la sociedad actual, tener conciencia y ejercer la Medicina son dos cosas incompatibles, Veressaief prefirió quedar bien con su conciencia, y abominó de la Medicina.

—Como quiera que sea — le repliqué, — no existe en la sociedad moderna persona más considerada que el médico. Cada día se les honra más, cada día se les retribuye mejor. Hasta en política empiezan a minar el terreno a los abogados. Un médico, por malo que sea, es un hombre que inspira respeto.

—Naturalmente, porque el que nunca ha estado enfermo sabe que algún día lo estará, y todos participan de *«la superstición del médico»*. El vulgo cree que los médicos son algo así como taumaturgos, cuando en realidad no hacen sino disimular lo mejor posible, no ya su posible ignorancia personal, sino también la limitación y vanidad de la Ciencia. Ese ente social de que me hablas, el tipo del doctor, es el más repulsivo de nuestra organización. Si hay un comercio despreciable, es la venta de recetas. Por lo demás, es un tipo que no ha nacido con nuestra civilización cristiana, sino que bajo distintas formas, existió en todas las épocas. Las tribus de la América precolombiana, según los estudios de Humboldt, ya tenían el *hombre-medicina*, a a quien algunos de aquellos pueblos adoraban como a un dios. Y yo te digo que el *hombre-medicina* de los iroqueses, de los californios o de los abipones era un tipo superior al tipo común del médico moderno. Aquellos no vendían a alto precio una receta, no te obligaban a envenenarte con potingues de cuyo efecto no estuviesen seguros; te metían en un pozo excavado en la tierra y lo colmaban con tierra, que luego saturaban con determinado líquido orgánico de eliminación. Te hervían vivo es la mejor forma, pero no te robaban un solo céntimo. Hoy, para encontrar un solo Veressaief, te encuentras antes con noventa y nueve industriales de la Medicina.

—No sé por qué me parece — dije yo, — que ese Veressaief es o ha sido algún iluso, algún místico, algún individuo de temperamento morboso... Buscar la perfección dentro de las cosas humanas no es, para mí, otra cosa que un signo de enfermedad. Ese tenía más de enfermo que de médico...

—Sea como tú quieras — concedió Fernando.

—Bueno — salté yo, — doy por hecho que no puedas ser médico; que siéndolo hieras tus convicciones... Pero, ¿y abogado? ¿No podrías ser un brillante abogado?

—Las leyes — me contestó Fernando — se han hecho para todos. En la mayoría de los estados civilizados la carta fundamental establece que *la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento*. Quiere decir, pues, que todos los ciudadanos deben cumplir la ley, lo que implica decir que todos deben conocerla. Pero como, sin embargo, son muchos los que la ignoran, hay una clase de hombres que se dedica a comerciar con esa ignorancia: son los abogados. En realidad ellos no saben sino lo que debería saber todo el mundo. De lo que debía ser un conjunto de preceptos claros y asequibles han hecho una ciencia hermética y embarullada que sólo ellos entienden. Por eso cobran tan caro su saber. ¿No es irritante que un ciudadano despojado de un derecho no pueda acudir a la justicia si no es dejando en manos del abogado cantidades considerables de dinero? ¿Por qué la justicia no está organizada en forma tal que haga innecesaria la actuación de ese intermediario? El abogado, lógicamente, dificulta la acción de la justicia, puesto que, viviendo de los litigios, tiene interés en que se produzcan, y una vez producidos, tiene interés en que duren lo más posible.

—¿Y por qué no te haces maestro, profesor? ¿No sientes tampoco vocación por la enseñanza? — sugerí.

—Enseñar — me contestó — es echarse sobre sí una enorme responsabilidad. ¿Se sabe aún si la cultura es conveniente?... Sí, ya sé que todo el mundo afirma que lo es, pero yo pienso por mi cuenta, y tengo derecho a hacer caso omiso de esa común afirmación. Por de pronto, es lo cierto que el hombre recién empieza a ser desgraciado cuando tiene conciencia, cuando está educado. En un grado eminente de cultura mental es mayor que nunca la sensibilidad para los

dolores morales, y hasta para los físicos tal vez. Los salvajes y los niños son completamente felices.

Interrumpí otra vez:

— ¿Y escritor? ¿No querrías ser escritor?

— Menos que nada — contestó. — Los grandes pensadores, los que dicen la verdad, los que reforman la Ciencia o el Arte, nunca son apreciados en vida sino, por el contrario, escarnecidos y vilipendiados. Lo que ocurrió en otros tiempos con Sócrates y con Galileo, ocurre en los tiempos actuales. A quien se glorifica es a los mediocres, a los vulgares, a los que van con la corriente. El orden social actual está edificado sobre mentiras, sobre errores, sobre restos de barbarie. Si escribiese, sería para destruirlo, para demolerlo, para combatirlo todo. Y ya supondrás que si hiciese eso... ¡qué digo!, si pensase en hacer eso, amordazaría mis labios el trapo del *orden social*. En seguida surgiría la protesta airada de los defensores del orden; de los que suponen que la sociedad ha llegado a un grado tal de progreso que de él no se puede pasar. ¡Cómo si la marcha del progreso pudiese terminar jamás! ¡Cómo si hubiese un punto en el proceso del adelanto social en el cual se pudiese decir: *¡Nec plus ultra!* ¡Como si no estuviéramos aún a millares y millares de leguas de la perfecta organización!... Lo curioso es que para esos defensores del *orden constituído* yo sería *el malo*, mientras que ellos serían *los buenos*. *El malo* yo, que querría implantar un estado social superior al existente; *los buenos* ellos, obstinados en estancarse en lo actual. Ya comprenderás que todo esto no estimula a escribir cuando se ama a la verdad sobre todas las cosas...

— Olvidas que el abominar de la sociedad es ya una cosa vulgarísima. Todo cuanto tú dices de los abogados, de los médicos, de los escritores, lo dice cualquier quídam. La posición espiritualmente elegante, la única propia del hombre superior, consiste en aceptar la sociedad tal como es, reservando para nuestro fuero interno el censurarla, y, en todo caso, según aconseja France, tomando por testigos y por jueces suyos a la Ironía y a la Piedad. Otra línea de conducta es propia de cualquier demagogo de plazuela.

— Eso sería vivir una vida vulgar. Cualquiera puede hacer eso. Lo difícil es sacrificar nuestra comodidad antes que nuestras convicciones.

— Huir de la vulgaridad es la mayor de las vulgaridades.

— Estás hablando como un perfecto burgués y como un perfecto egoísta.

— Nadie tan egoísta como los que quieren hacerse célebres afirmando que no lo son.

La conversación se iba haciendo para mí insostenible, así que me propuse darla por terminada. Mi pobre amigo se expresaba en la forma más estúpida respecto de aquellas profesiones que en la sociedad son más respetadas y lo son más justamente. Por urbanidad, más que por otra cosa, aventuré una última pregunta:

— Y bien — le dije, — ya veo que todas las profesiones te merecen el concepto más triste. Pero, ¿no hay en la sociedad algún trabajo al que puedas consagrarte sin contrariar tu pensamiento?

— Sí — contestó. — Hay ese trabajo: la agricultura. Es el único a que se puede el hombre dedicar dignamente.

— Y bien — pregunté a Fernando, — ¿por qué no te dedicas a la agricultura?... ¡Vete al campo!

— Desgraciadamente no puedo — me respondió, — porque no me han educado para eso. Si me fuese al campo, me pasaría la vida pensando en volver a la ciudad. Me han educado para sabio. Me han envenenado...

Aquello colmaba la medida. Eran demasiados desatinos. Corté por lo sano, despidiéndome del pobre Flores.

— Amigo mío — le dije, — deseo sinceramente que se disipen de tu cerebro tales ideas. Hasta la vista.

Le dije eso por no decirle: *Estás como para ir a un manicomio.*

II

Hace pocos días, encontrándome en la oficina de la compañía de seguros *El Cosmos*, oí pronunciar mi apellido:

— ¡García! — dijo alguien.

No sin trabajo, pude reconocer a Fernando Flores en la persona que me llamaba. Estaba desconocido. Viejo prematuramente, calvo, flaco. Usaba anteojos de gruesos cristales. A través de las rejas de bronce, noté que llevaba en las mangas unas negras fundas de oficinista.

— ¡Flores! ¿Qué haces aquí?

— Llevo *Granizo*... — me contestó.

— ¿Eh?

— Que llevo un libro de seguros contra el granizo.

— ¡Pero, Flores! ¿Y tus estudios?

Hizo un gesto:

— ¡Phs! ¡Quién se acuerda de eso!...

Luego hablamos de los que habían sido nuestros compañeros. No pareció extrañarse cuando supo que R., el más bruto del colegio, había sido nombrado recientemente subsecretario de un ministerio, y que estaba indicado como candidato a ministro. Tampoco le llamó la atención enterarse de que H., más bruto aún que R., pero mejor mozo, se había casado con una millonaria.

Encontré a Flores imbecilizado, de puro insensible a cuanto le decía. Me fuí desolado.

Pocos dias después hablé con el jefe de su sección — *Seguros Rurales* — y le pregunté qué tal empleado era Fernando. El buen hombre se quejó amargamente. Lo que más hizo resaltar es que tenía una letra detestable.

Está visto. Todos los excesos son malos. A mi pobre amigo lo ha perdido el tener demasiado talento.



Página Infantil

Dora Lydia

Viel Nowell





FOTOS DE BIXIO Y WITCOMB

Delia Carro Alvarez

María Elena Terrarossa



FINAL DE TEMPORADA

ACUARELA DE BESARES

LA TRAGEDIA DEL AZUL

Fallo condenatorio del acusado Mateo Banks



Viuda de Gaitán — el peón que fué una de las víctimas del horrible crimen — que asistió como testigo en el juicio oral.



El defensor de «la bestia humana», doctor Larrain, haciendo la defensa del acusado, mientras éste, sentado junto a la baranda, permanece impasible con la mano en el rostro, como puede verse en la fotografía. El tribunal le condenó a presidio perpetuo.



La hija del peón Gaitán o Illescas, que también declaró en la última vista del proceso.

Las grandes regatas internacionales en Montevideo



El crucero uruguayo que constituyó el punto final de las regatas internacionales organizadas con todo brillo por la Municipalidad y la Asociación Uruguaya del Remo.



Señores Manuel A. Jarden, Guillermo Bublalath, Carlos Resse, «stroke» Juan Vivero y timonel Luis A. Necchi, del Club de Regatas Hispano-Argentino, ganadores de la copa del doctor Juan A. Buero.



Tripulación «Ocho Juniors», del Club Canottieri Italiani, ganadora de la copa Comisión Municipal de Fiestas, compuesta de los señores A. Sessarego, A. del Zino, Hércules Sturla, A. Langone, Oscar Bogo, A. Greppi, A. Berguerand y Juan Manna.



Los remeros Olivari y Gregorini, ganadores de la copa Montevideo Rowing Club.



Tripulación argentina del Tigre Boat Club, ganadora de la copa de la Comisión Municipal de Fiestas, formada por los señores C. H. Scoble, F. C. Radford, J. A. K. Davis, «stroke» J. Gould y timonel J. J. Garbarino.



CACHEUTA.—Sta. Nucha Bonadeo y Sr. Semper.

Señoritas Weil, Bonadeo. Usandivaras y Lencinas, y los señores Ariosa, Barreira, Reta y Calle.

Doctor Antonio C. Obligado y señora.

La familia de Lagos y el doctor Cobos.

El doctor Carlos W. Lencinas, gobernador de Mendoza, y varios amigos.

MONTEVIDEO. — Expertas nadadoras, después de su baño matinal.

Algunas ágiles veraneantes ensayando ejercicios gimnásticos.

Señoritas tomando su baño de sol, después de varias zambullidas en el mar.

Dos elegantes paseando por la rambla de Pocitos.

Las más bellas bañistas de Pocitos (modestia aparte), según ellas.

Algunas nadadoras sorprendidas por el importuno fotógrafo.

LOS BALNEARIOS DE MODA



PUENTE DEL INCA.— Sta. Dubarry y Sr. Piovano.

Familias de Feiton y Wshmuller.

PUENTE DEL INCA. — Señora de Brandy.

PUENTE DEL INCA. — Señora de Williams Russ.

Grupo de veraneantes a la salida de misa en el Balneario Ostende (Necochea).

NECOCHEA. — Señorita de Hochbawn.

Señora Ma.ía Augusta Estrada de Lezica Alvear.

NC COCHEA.—Familia de Laterza.—(Arriba), Señorita Chola Franzioni.

Señorita de Femenía y señor V. Crotto.

Un grupo de bañistas en el Balneario de Ostende.

Señoritas de Benavides.



ESPERANDO LA VICTORIA DE FIRPO

LA ENORME MUCHEDUMBRE FRENTE A LAS PIZARRAS DE NUESTRO COLEGA "LA RAZON"

Una alegría delirante, en la que los sombreros eran arrojados al aire y muchas personas se confundían en abrazos espontáneos, culminó el intenso entusiasmo del público cuando las pizarras y las bombas de estruendo anunciaron la anhelada noticia. El nombre de nuestro campeón vivado jubilosamente era el desborde de la ansiosa expectativa.

FIRPO

NUESTRO REDACTOR ENTREVISTA AL DISTINGUIDO SPORTMAN SEÑOR FÉLIX BUNGE, TAN VINCULADO A NUESTRO CAMPEÓN LUIS A. FIRPO

Dice el señor Bunge:

— «He visto en Firpo, desde el primer día que le conocí, allí en 1918, al hombre que debía por su honestidad y buena fe, servir de base al desarrollo del box que entre nosotros cayera en manos mercenarias y poco escrupulosas. Por eso he sido amigo de Firpo y le he acompañado, y además, porque presentía en él a uno de esos emotivos que están en la base de la nacionalidad de todos los pueblos y que estos necesitan para su cohesión. ¿Se podrá negar hoy el enorme interés con que sigue el pueblo la figura de su campeón y que éste a su vez no dé al nombre argentino una indudable relieve en países como Norte América que tienen veneración por los éxitos sportivos de sus connacionales? Créame que el triunfo de Firpo, no tiene tacha y le aseguro que no lo ha conseguido por galantería de los americanos...

— ¿Cuál es su opinión sobre la pelea con Brenann?

— Ha sido sin duda, una de las más hermosas peleas entre «pesos pesados» que se conozca. Hay que imaginarse lo que significan doce «rounds» entre boxeadores de esa categoría que «pelean» de buena fe. Creo que Brenann, hombre combativo que necesitaba Firpo como adversario para lucirse, ha estado magistral aunque a no ser por la herida de nuestro campeón, provocada evidentemente por un cabezaso de Brenann, lo que es «un foul», entre nosotros, la pelea debió decidirse en el 5.º ó 6.º «round».

— ¿Cree usted, que Firpo en Estados Unidos mejorará sus aptitudes de boxeador?

— Firpo, y es preciso decírselo a los argentinos que no están compenetrados de ello — ya que es un gesto elegante y displicente no ver en Firpo nada más que un hombre fuerte — posee una escuela simple, pero casi perfecta del boxeador. No va a aprender nada en Estados Unidos, y habla elocuente en este sentido el hecho de haber vencido a un boxeador de una escuela como Brenann en 12 «rounds» para lo que fué preciso de antemano, contar con una disciplina. Y. a este respecto, hay dos maneras de concebir el box. Algunos creen que el boxeador debe servirse de sus piernas como único recurso para esquivar los golpes adversos. Otros, como yo, creemos que el boxeador, debe parar los golpes, pero no perdiendo desatinadamente en un continúo baile, las bases del ataque. Pegar si, pero no un golpe suelto, desarticulado del cuerpo, sino asentar un golpe que vaya acompañado, unido a toda la masa del boxeador. Para esto, hay que estar firme sobre sus bases y poder esperar al contrincante y recibirlo con un puño que transporte la mayor cantidad de fuerza sobre un punto dado.

Firpo vencerá con lo que sabe, con lo muy poco que le queda por aprender en su estilo propio, que va asegurándole un triunfo tras otro. En New York, debe sólo evitar el exponerse entre elementos que siempre estarán celosos de sus éxitos. En mi concepto, Firpo debe volver a su tierra y esperar aquí sus próximos encuentros.

[illegible]



Fotografía obtenida en «Caras y Caretas» de nuestro campeón, dos días antes de embarcar para Norte América, donde acaba de lograr su sensacional victoria.

L A   R U S I A

Los impresionantes sufrimientos que azotan al pueblo ruso.



Uno de los miles de refugiados rusos en Polonia, en cuyo aspecto de profunda demacración se advierten las huellas mortales del hambre y del agotamiento.



Una víctima más del caos revolucionario. En su rostro pueden leerse todos los martirios imaginables a que la condenó el trágico proceso de la post-guerra europea.



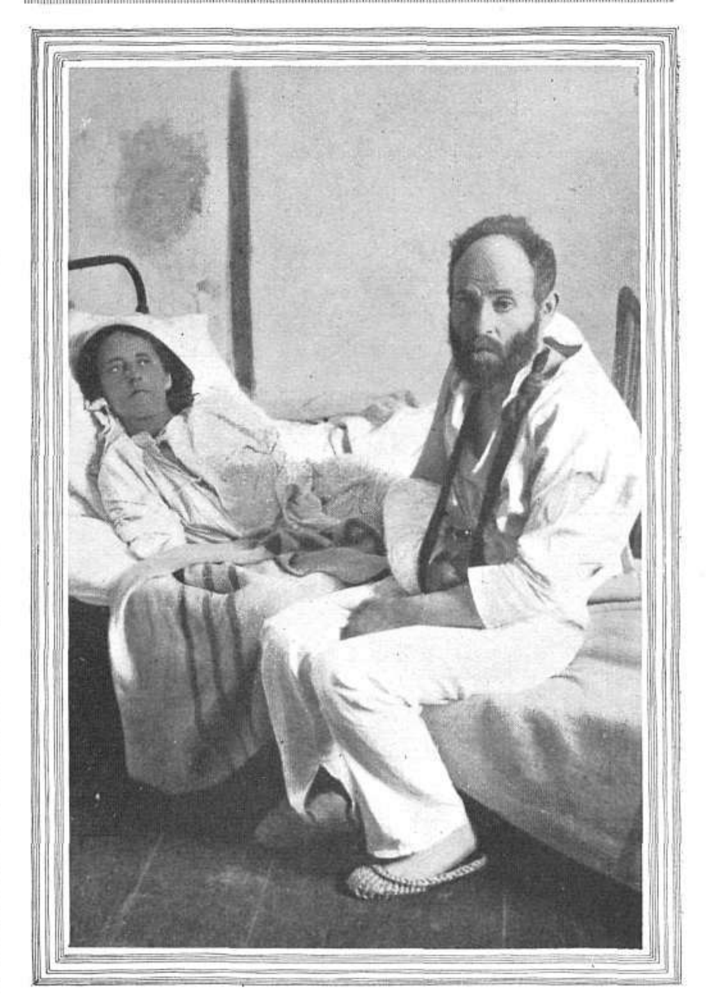
Estudiantes rusas, procedentes de varias universidades, obligadas a trabajar por el Comité de Trabajo del Soviet.



Nino que rié hallado inconsciente a la entrada de un túnel y que revivió de nuevo merced a los auxilios que se le prestaron.

La original nota gráfica que de la actual Rusia famélica damos a nuestros lectores sugiere un cuadro de dolor y de miseria difícilmente superado. Al contemplar estas fotografías, adquiridas exclusivamente para nuestra revista, el ánimo se siente conturbado, flaquea el corazón más empedernido ante semejantes muestras del humano sufrimiento, y una honda sacudida de conmiseración nos invade al considerar la sangrienta serie de errores y horrores que han plasmado las escenas de la Rusia hambrienta y revolucionaria.

Hace cosa de tres años

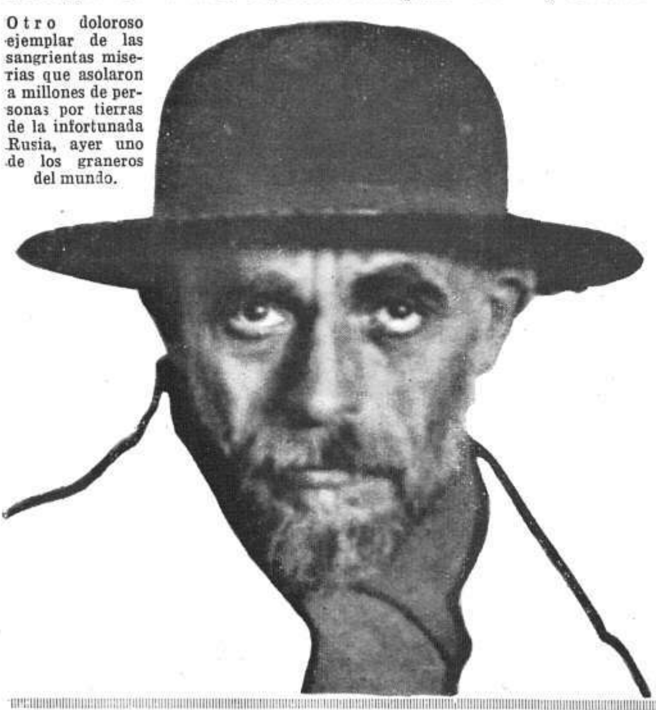


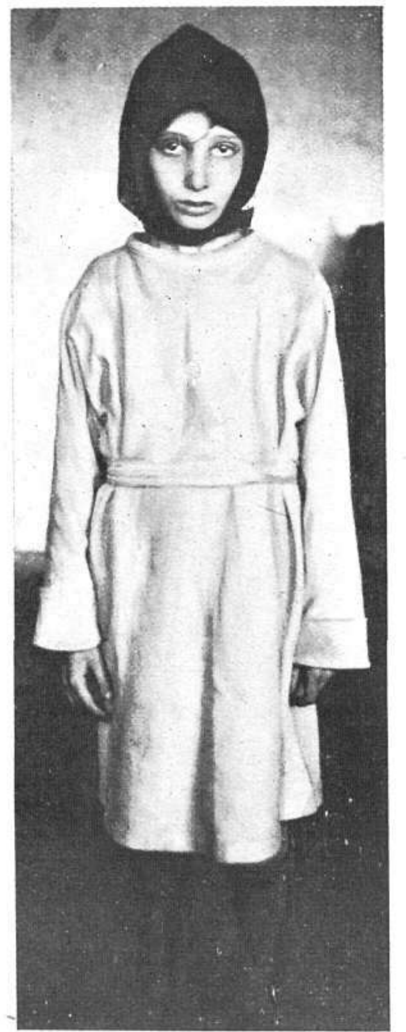
Dos macilentos supervivientes de los cinco mil perseguidos y asesinados por un «progrom» judío en diversos pueblos del distrito de Walkyria (Ukrania), cuyos vecindarios fueron víctimas del incendio y del saqueo.

T R A G I C A

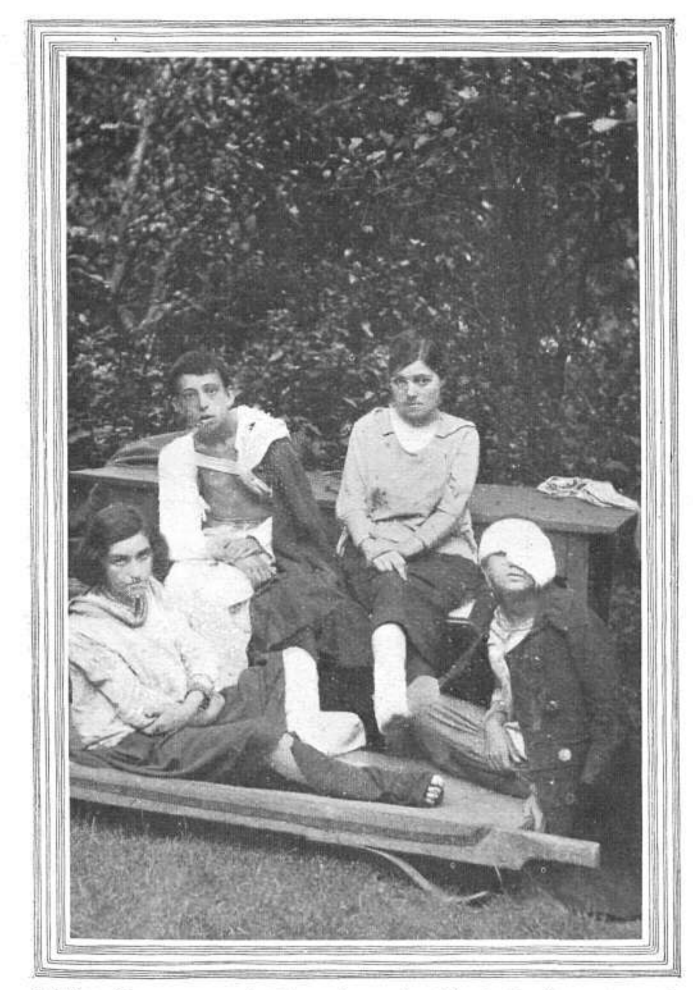
Nota gráfica tomada expresamente para "Caras y Caretas"

Otro doloroso ejemplar de las sangrientas miserias que asolaron a millones de personas por tierras de la infortunada Rusia, ayer uno de los graneros del mundo.

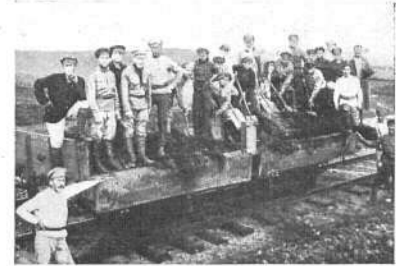




Lastimoso aspecto de una infeliz muchachita rusa, a la que lograron salvar de la muerte después de haber sufrido innúmeras penalidades, causadas por el frío y el hambre.



Infelices niños que, aunque heridos, pudieron sobrevivir a las horribles matanzas del «progrom» que tantos hogares ha destruído y tantos cadáveres ha sembrado sobre el suelo de una misma patria.



Bolcheviques trabajando en la estación central de Kiev. Los más de ellos son soldados comunistas pertenecientes al ejército rojo.

la prensa mundial fijaba en nueve millones el número de niños sin alimentos, condenados al suplicio de una muerte por consunción.

Al presente, las circunstancias en aquel infortunado país han mejorado mucho por virtud, principalmente, de Norte América, cuya institución «American Joint Distribution» en Walkiria, Ukrania, ha cumplido una obra de inmenso beneficio en pro de los desheredados y hambrientos, sobre todo en los niños, como puede verse en las fotografías tomadas por Mr. Shfunberg, especialmente para CARAS Y CARETAS.



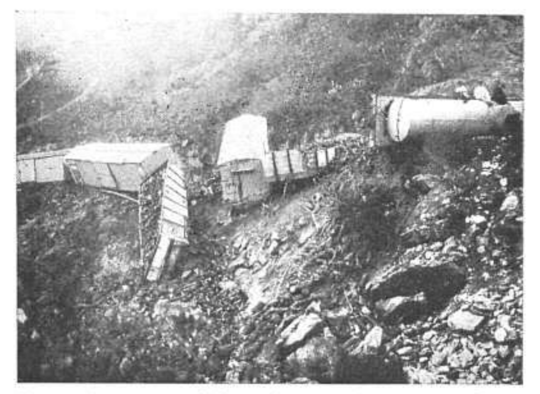
Niño abandonado, que hubo de recorrer kilómetros y kilómetros antes de tropezar con personas caritativas que le atendieran.

ACTUALIDADES DE CORDOBA

Catástrofe ferroviaria a la entrada de un túnel



Posición en que quedó uno de los tanques de petróleo del convoy que descarriló en las sierras. Felizmente y a pesar de la magnitud del siniestro, no hubo que lamentar víctimas.



Algunos de los vagones del tren de carga del Ferrocarril Central Norte destrozados a consecuencia de la catástrofe que ocasionó considerables pérdidas materiales.

La huelga general agraria



El grueso de la manifestación huelguista frente al edificio de la Legislatura. El paro general motivado por el conflicto agrario entre los gremios y la Municipalidad, originó la carencia de pan y de otros artículos durante algunos días y dió lugar a algunas escenas sangrientas entre las autoridades y los manifestantes, solucionándose por fin la huelga después de largas conferencias habidas entre los elementos dirigentes de ambas partes.



Carro de la limpieza utilizado por la policía para el transporte de papas a la Municipalidad.



Otro carro municipal custodiado por la fuerza pública conduciendo legumbres para su distribución en los mercados de la ciudad.


REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS
PARA LA REBUBLICA ARGENTINA
FREIXAS Y Cia Buenos Aires
La mas poderosa
institución industrial del mundo
respalda cada lata de aceite Bau
Freixas & Cia

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

CARGA Y MANTENIMIENTO DE ACUMULADORES

Con el empleo de la lámpara audión en los receptores se ha hecho necesario buscar una fuente de corriente para el filamento de éste, pero de un rendimiento mucho mayor que el de una simple pila seca, que presenta el inconveniente de descargarse rápidamente y de no admitir una reposición de la carga perdida.

Ningún elemento eléctrico se presta más fácilmente para este fin que el acumulador.

El funcionamiento de un acumulador se basa en el siguiente hecho: Dos planchas de plomo sumergidas en un recipiente con agua y conectadas cada una a un polo de un dínamo o generador de corriente continua, permite realizar la electrólisis del líquido, llamándose electrólisis al hecho de descomponer un líquido o solución cualquiera por medio del paso de una corriente eléctrica.

El paso de una corriente por el agua da como resultado la descomposición de la misma en sus dos componentes: hidrógeno y oxígeno, presentando la particularidad de dirigirse invariablemente cada uno de estos dos elementos a un polo, siendo el negativo para el hidrógeno y el positivo para el oxígeno.

Las dos láminas de plomo, por el hecho de encontrarse en contacto con el aire, se oxidan, es decir, entran en reacción con una parte del oxígeno del aire, cubriéndose cada plancha de una capa de óxido de plomo de color negruzco y mate.

Sumergidas las planchas en ese estado, al producirse la electrólisis del agua sobre la positiva se fija el oxígeno, producto de la descomposición, y aumenta aun más esa oxidación obteniéndose un peróxido de plomo, mientras que el hidrógeno se fija a la plancha que corresponde al polo negativo y reduce el óxido formado.

Ahora bien; si desconectamos esas planchas del generador y las unimos dejando intercalado en el circuito un galvanómetro, notaremos que por el conductor circula una corriente eléctrica, y esa corriente es debida a que entre las planchas y el líquido se produce una reacción inversa a la que hemos producido por medio de la corriente. Efectivamente, el oxígeno ahora se fija sobre la plancha del polo negativo y el hidrógeno lo hace sobre aquella de polo positivo, reduciendo el óxido que se formó, de manera que llega un momento en que las dos planchas se encuentran en las mismas condiciones en que se encontraban al principio del experimento.

Es en ese momento en que cesa el paso de corriente.

Si una primera vez hemos podido producir esta doble reacción, nada nos impide repetirla tantas veces como deseemos, y así es como se obtiene un acumulador.

En realidad, la corriente no queda almacenada en un acumulador, sino que los elementos que lo componen quedan en condiciones de producir una corriente eléctrica, que es la que se aprovecha en este caso especial para el encendido de los audiones.

Como la reacción es débil, si el electrólito — nombre que se le da al líquido — es agua solamente, se acidula ésta por medio del agregado de una cierta cantidad de ácido sulfúrico.

El agua que se emplea debe ser destilada y el ácido químicamente puro y de 22 grados, haciéndose la mezcla por peso, correspondiendo a 25 partes de ácido 70 partes de agua. Debe tomarse la precaución de mezclar el ácido con el agua y no invertir la operación, pues ambos elementos entrarían en reacción con una considerable proyección de ácido.

En el curso del funcionamiento de un acumulador la descomposición del electrólito tiene como consecuencia la disminución de la proporción de agua, desde el momento que es ésta en realidad la que se descompone, permaneciendo constante la cantidad de ácido; de manera que es menester reponer el agua perdida por medio de la adición de agua destilada, debiendo cubrir por completo las placas.

Nunca debe agregarse ácido al electrólito, desde el momento que éste no se descompone y su cantidad permanece constante.

La reposición de la carga consumida es otro de los factores importantes para el aficionado.

Si la corriente de canalización es continua, la carga de un acumulador no presenta ninguna dificultad, como se verá a continuación; pero si se trata de corriente alterna, ésta presenta mayores dificultades.

Es fácil comprender que la corriente alterna no puede emplearse directamente, como ocurre con la continua, pues desde el momento que está variando constantemente de sentido, las dos placas son sucesivamente positivas o negativas no pudiendo producirse la reacción necesaria.

Como la resitencia interna de un acumulador es muy reducida, no se puede cargar conectándolo directamente a la red de canalización, pues se produciría un paso brusco de corriente con peligro para la instalación y el mismo acumulador.

Se requiere colocar en serie una resistencia que limite el paso de corriente, de manera de evitar este inconveniente; y esta resistencia debe tener un valor tal que permita el paso de una determinada cantidad de corriente, de acuerdo con las características del acumulador y con las indicaciones del fabricante.

La capacidad de un acumulador se aprecia por amperes-hora, o sea la cantidad de corriente de que son capaces en una hora.

Un acumulador de 20 amperes-hora puede funcionar 20 horas con un consumo de 1 ampere ó 5 horas con un consumo de 4 amperes, etc.; una de 100 amperes-hora permite un funcionamiento de 10 horas con un consumo de 10 amperes, y así sucesivamente, siendo importante recordar que este factor no tiene ninguna relación con la tensión o voltaje de la batería.

Como resistencia se emplean lámparas de alumbrado o resistencias para planchas o calentadores, aconsejándose emplear las primeras con baterías cuya capacidad sea hasta de 25 amperes-hora.

Como lo indica la figura adjunta, una llave de dos vías y dos faces permite conectar el acumulador con los audiones o con el circuito de carga, siendo importante que el polo positivo del acumulador esté conectado con el polo positivo de la red de alumbrado.

Para determinar la polaridad de los conductores de la red de canalización se puede emplear papel especial, que se adquiere en las casas del ramo, pero a falta del mismo se puede emplear el siguiente sistema.

Tómense los dos conductores y sumérjanse en un vaso que contenga agua solamente.

De acuerdo con lo que se ha explicado, se producirá la electrólisis del agua, dirigiéndose el oxígeno hacia el polo positivo y el hidrógeno al negativo.

Se conoce el polo negativo por ser aquel en el cual se produce una mayor cantidad de burbujas.

Como precaución, al efectuar esta prueba, colóquese en serie una resistencia cualquiera — una lámpara, por ejemplo — de manera que si los dos conductores se llegaran a unir no se produzca un corto circuito.

En el circuito adjunto se muestra la posición de la resistencia, y si se desea emplear lámparas se conectarán en parelelo en lugar de la resistencia.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

—¿Qué tienes para poner en el anzuelo que pican tanto los peces?

—Bolitas de pan. Y tú ¿qué tienes?

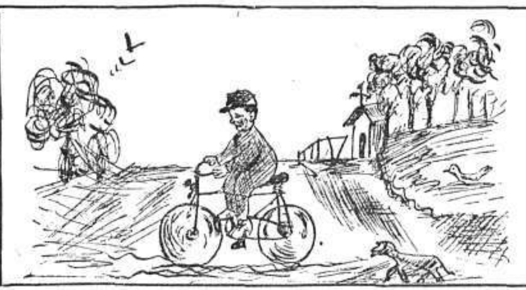
—Yo hace tiempo que tengo lombrices.



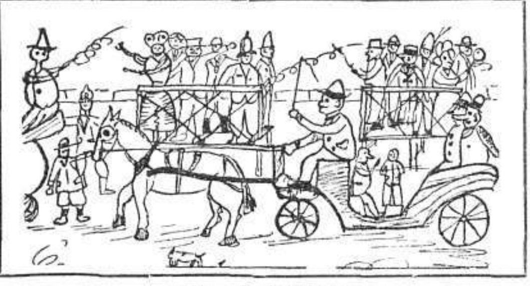
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



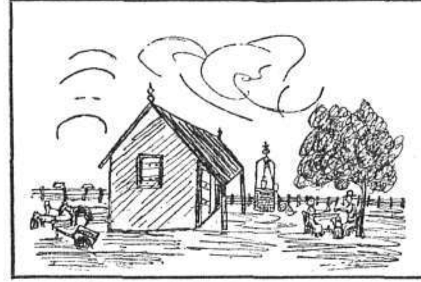
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



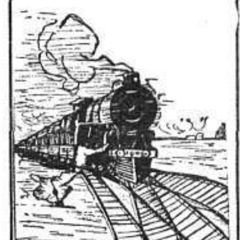
1368 — Pepito de paseo.
OSCAR CASTAGNA.



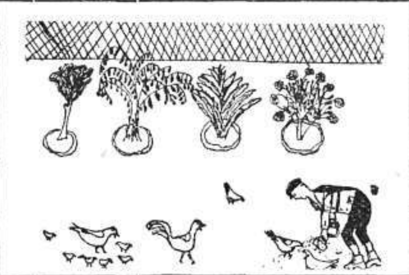
1369 — El corso oficial.
REMO M. ERBA.



1370 — Mi tía tomando mate.
JOSÉ ALMENDRO.



1371 — El tren rápido de Mendoza.
JOSÉ DO PAZO.



1372 — Mi hermano dando de comer a las gallinas.
JUAN M. RIBODINO.

De los dibujos publicados en el mes de febrero han resultado premiados los siguientes números: 1331, 1333, 1334, 1335, 1346, 1347, 1348 y 1349.

GALLETITAS BAGLEY



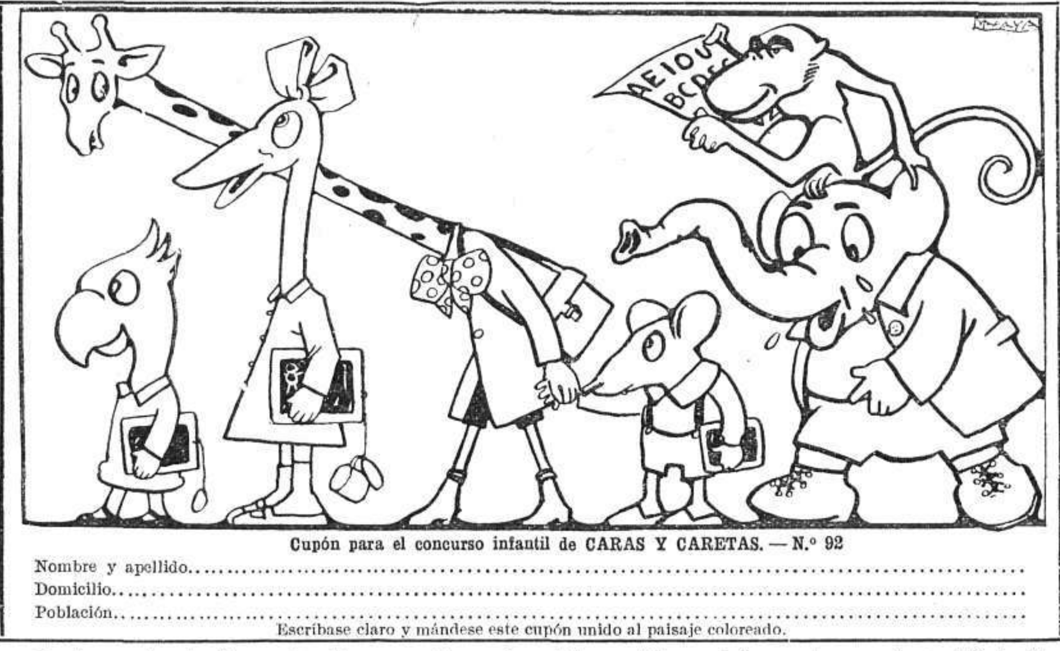
Su delicioso sabor, su alta calidad y su esmerada elaboración son cualidades típicas de las exquisitas GALLETITAS BAGLEY.

Insustituíbles para tomar con el rico TE BAGLEY.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 92

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 91 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Arias, María Elisa.
Ayala, Zulema.
Anchorena, Dora.
Arnaiz, G. Fernando.
Alvarez, Pablo.
Argüello Belén, María.
Arana, Elvira.
Azcárate, C. Juana.
Abrelo, Nélida.
Blufstein, Isio.
Bertolino, Carlos.
Becerra, Virginia.
Bertero, Rosa.
Calderón, Zulema Argentina
Colombet, Juan Lorenzo.
Calcagno, Francisco.
Calvánico, Amelia.
Colom, C. José.
Cairo, Guillermina.
Catuzla, Zulema.
Cardoso del C., Elena.
Custode del, José María.
Carabajal, L. Jorge.
Christiaens, Camila.
Díaz, S. Dionisio.
Duffau, A. Hortensia.
Disepoli, Aída.
Echeverría, Juan Antonio.
Edelman, Lidia.
Ezculi, Carlos.
Enacan, O. Marcos.
Escribano, José.
Ernst, Julia Elena.
Franco, Delia.
Ferrero, Teresa Aiña.
Ferrer, Josefa.
Fatsch, Mercedita.
Gasparini, Anita Carmen.
Garguilo, Teresa.
Greco, Severo Alfonso.
Gainza, Juan Félix.
Graziani, Irma.
Gostalle, L. América.
Guhtosi, Linda.
Guerrico, Horacio Jorge.
Haudet, B. Lázaro.
Izaguirre, Héctor.
Jacomelli, Susana.
Kafman, Isaac.
Longhi, L. Mateo.
Lorda, R. Jorge.
Larrea, Encarnación.
Loria, J. Elba.
Llorens, José.
Mela, Italo.
Mazzarello, Edith.
Maccarrone, M. Sebastiana.
Montesi, V. Rodolfo.
Maggi, Alcira Beatriz.
Moreno, Juan.
Murray, Ercilia Imelda.
Marchi, Clementina Rosa.
Mansilla, Miguel.
Nitale, A. Ricardo.
Noaja, María Adelina.
Orbegozo, Bonifacio Estanislao
Oviedo, Ricardo.
Piccardo, Elena María.
Plantón, E. Eduardo.
Perroud, Rafael.
Pesse, Mario.
Polette, Amelia.
Pagani, Anita.
Passalacqua, María G.
Palma Reyes, Toquito.
Roche, A. Fernando.
Rosa de, Remo
Scheitlin, Pedro.
Schiappacasse, C. Teresa.
Scharrez, Emilio Alberto.
Scuffi, R. Blanquita.
Sciorra, A. Miguel.
Sbolavai, Armando.
Silenzi, Nilo.
San Martín, D. José.
Schlossbery, Norberto.
Salas Carrera, Ernesto.
Suero, Raquel.
Torta, Juan.
Tomassini, S. Gilberto.
Trabucco, Laura.
Trejo Casas, Santiago.
Troci, Z. María.
Vigliano, H. Eduardo.
Vighi, Julio.
Wilson, R. Blunkhern.
Zurita, B. José.
Zaccai, María Esther.
Zuccarelli, Olga.
Zendra, Julio.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 26 y 27 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


TRAPICHE
Estos son los Vinos que se distinguen cuando se prefieren los mejores.
BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744 — Bs. Aires
U. Telef. 1752 y 1365, Retiro.
Coop. Telef. 3708, Central.
Trapiche
RESERVA
BENEGAS
TRAPICHE DERBY
TINTO
BENEGAS Hos. y Cía
MENDOZA



LO QUE VA DE LA SEMANA

Los aqueos

UNO de los grandes diarios de la mañana publicaba hace pocos días un artículo de un literato italiano en que, con la correspondiente amargura, confiesa como allá se va perdiendo la costumbre de reir.

Non si ride più... ¡Ya no sabemos reirnos!

Es una lástima ciertamente, pues como el único animal que goza del privilegio de reirse es el hombre, si pierde también esta característica no le queda diferencia ninguna a su favor.

¡Ya sé!... Alguien dirá: ¡el habla!

Pero los animales hablan perfectamente entre ellos. Su idioma será más reducido, tendrá el número de vocablos suficientes para expresar las pocas necesidades que sienten, pero hablan.

No podrán pronunciar discursos... ¡De acuerdo! ¿Y con eso?... Lejos de ser una inferioridad, ésta constituye una verdadera ventaja sobre nosotros. Se ahorran una serie de disparates.

La verdadera diferencia entre el hombre y los animales consiste, pues, en lo que decíamos antes. Que el hombre puede reirse y el animal no.

Esa bendita guerra lo ha destruído todo y hay que pensar en las reparaciones y en la reconstrucción.

No han faltado en Italia hombres de iniciativa que se han propuesto conservar y vivificar este privilegio humano, específico, y de la ciudad de los «tagliarini y de los capelletti» llegó hasta Sud América la corriente que está destinada a un fin tan noble y bienhechor.

Parece que en el «bel paese» ya no existen medias tintas... Cada cual toma su camino; no hay indiferentes.

Jóvenes y viejos, y hasta las mujeres, andan con escarapelas y distintivos que no dejan duda sobre lo que piensa el portador.

Los fascistas, a más de la camiseta negra, tienen su placa de metal esmaltado con los simbólicos «fasci» de los lictores romanos.

Otros, nauseados por la profusión de condecoraciones repartidas a troche y moche, colocan en el ojal una medallita triangular que reza lo siguiente: «¡Non sono cavaliere!»... ¡No soy caballero... de ninguna orden!... Ultimamente han aparecidos otros que ostentan una inscripción algo más misteriosa: una especie de recipiente para bebidas alcohólicas con las letras S. O. repetidas tres veces.

Para comprender el sentido de estas dos letras es necesario iniciarse. Los profanos tienen la obligación de repetirlas como si formaran una sílaba, y al pronunciarlas levantar el brazo derecho, con la mano abierta a la altura de la cabeza.

— ¡So, so, so!

Debe tratarse indudablemente de una asociación por el estilo de las goliárdicas.

La institución que se ha formado en Bolonia hace pocos meses ha sido fundada por el doctor Ezzelino Magli, que estuvo en la Argentina hace años, y no es difícil que vuelva, aunque sea de paso, para visitar a los consocios que florecen en la capital y en el interior.

Se denomina «Los Aqueos».

Los aqueos, un tiempo dueños de casi toda la Grecia, fueron expulsados por los dorios, y entonces ocuparon la tierra de los jonios. Fueron célebres por su gran espíritu de solidaridad y el respeto que profesaban a la libertad y autonomía de los demás.

El nombre de la asociación constituye, por decirlo así, un programa de tolerancia, lo que es algo en una época de rencores y odios.

¡Nada de política!... Tan es así que entre los aqueos figuran personalidades de todos los colores, desde las negras camisetas hasta los rabiosos pañuelos colorados.

Un día un amigo me habló:

— ¿No te hiciste aqueo todavía?

— ¿Qué es eso, che?

— ¿En qué mundo vives?

— En el Nuevo, mi amigo, pero...

— ¡Tienes que hacerte aqueo!

— No quiero saber nada de sociedades... Ya lo sabes...

— Pero esta es una sociedad sin local propio, sin estandartes, sin elecciones anuales...

— ¿Y qué hace entonces?...

— Efectivamente... una sociedad que no se ocupa de hacer elecciones parece una sociedad sin objeto... Si lo has dicho con intención es un sarcasmo merecido y si te salió así no más... sin pensar... ha sido una linda ocurrencia.

— ¿Acaso me has oído a veces hablar sin pensar?

— ¡Amigo... qué eres quisquilloso!... Esta, ves, es una condición que ya obstaculiza en cierto modo tu admisión a la sociedad de los aqueos... Los estatutos exigen una guerra inexorable al nerviosismo que se ha manifestado después de la guerra, y tu debes colocarte en situación de vencerte, dominar esa pila eléctrica que te hace decir disparates...

— ¿En fin, qué hay que hacer para ser presentado? ¿Cuánto se paga?

—Vamos por partes. Para ser presentado se necesita un socio que te apadrine, y, por lo que se refiere al pago, se limita a un porrón de vino del mejor... El vino lo toman los consocios y... te bautizan solemnemente. A los 91 años de edad tienes la obligación de renovar la solicitud de readmisión.

— ¿Hay un reglamento?

— Un reglamento y un himno, que es necesario conocer de memoria: letra y música.

— ¿Y son muchos los afiliados acá?

— ¡Muchos y... lo mejor de lo mejor!

— ¿Dónde se hace la ceremonia de la iniciación?

— En un local cualquiera. Eso depende de la cantidad de los neófitos... De muchas circunstancias... ¿Te presento o no te presento?

— ¿Y si después me canso? Tengo que presentar mi renuncia...

— Nada de renuncias... El día que comprendas que te has vuelto fúnebre, que no sirves para infundir alegría a los demás, dejas de presentarte y nadie te molesta... No se admiten ni renuncias ni expulsiones... Solamente en el caso que tuvieras la mala idea de morirte antes de la edad reglamentaria tendrían que borrarte de la lista de los afiliados.

— ¿Hay una edad reglamentaria para morir?

— Un aqueo no puede morir decentemente antes de los 91.

— La idea no es mala.

— ¿Entonces... te presento?

— ¡Bueno! ¿Y cuándo es la cosa?

— Para el 12 está convocada la asamblea de los aqueos en la calle Paraná, frente al Politeama...

— ¿A qué hora?

— A las 20 clavadas... Ah... ¡domina tus nervios!... Es lo único que te recomiendo.

Existen en Buenos Aires unos locales muy modestos pero que profesan un culto verdadero a las instituciones culinarias de allende los mares.

En el fondo, sin embargo, la comida no resulta más que un pretexto para rendir los debidos honores a los vinos, servidos con religiosa escrupulosidad, con una especie de protocolo, de ceremonial, precedido por los elogios ilustrativos respecto a la calidad, proveniencia y edad de los mismos.

Verdaderos boliches en los que, sin embargo, se ven muy a menudo médicos, ingenieros, literatos, marinos, artistas, todos los que saben apreciar lo bueno, sin preocuparse demasiado del lujo del servicio.

Cuando entré a esa especie de cueva dantesca, donde

inútilmente hacían oir su zumbido los ventiladores, unos treinta caballeros en rigurosas mangas de camisa, vociferaban como diputados y dos de ellos terminaban de clavar en la pared de enfrente un enorme cartel en que se leía lo siguiente:

«¡Hombre, no te enojes! Que tus oídos se vuelvan «sordos a la injuria, que tus ojos se cierren a los ade« manes por demás significativos... Domina tus ner« vios si quieres ser de los nuestros... ¡No te aproxi« mes al altar de la iniciación mientras tu alma no « tenga la seguridad de encarar serenamente la prueba « del fuego y del aire y especialmente la de la hume« dad! »

Treinta brazos se levantaron con la mano abierta y treinta bocas pronunciaron rítmicamente como un ¡Hip, hip, hurra! las sagradas palabras: ¡So, so, so!

El secretario de los aqueos se adelantó solemnemente:

— ¿Estás resuelto a ser de los nuestros? ¿Te has compenetrado de nuestro reglamento? ¿Sabes a qué vienes?

— Estoy resuelto a ser de los vuestros, pero no me he compenetrado de nada, porque nadie me ha dado a leer el reglamento...

— ¿Quién ha presentado al profano?

— ¡Yo he sido! — dijo mi padrino.



DE MI DIARIO

Por el doctor

A. VACCARI

— ¿Has olvidado de comunicar al profano el reglamento social?... Pues por ser la primera vez que has caído en un error muy grave, estarán a tu cargo seis botellas de purísimo jugo fermentado, a gusto de nuestros hermanos.

Luego, dirigiéndose a mí, continuó:

— Antes de permitir que te sientes a nuestra mesa tendrás que leer lo que está escrito en ese cartel...

— ¡Lo he leído!

— ¡Vuelve a leerlo!

— He vuelto a leerlo.

— Pues bien... ¡Aqueos!... ¡Os presento el viejo más imbécil que circula por las calles de la ciudad!... Este asno rebuzna casi todos los días en una que otra hoja de publicidad... Habla eternamente de sí... ¡Se cree algo y no es nada, parece un hombre y es un niño!... ¿Admitiremos en nuestro seno a esta calamidad andante?

— ¡Qué salga!

— ¡Qué lo echen!

— ¡Qué expulsen también al que lo ha presentado!

— ¡Afuera!... ¡A patadas!

En esto entraban los mozos que traían amplísimas fuentes humeantes. Por poco no se verificó una colisión. Treinta manos me empujaban afuera y la puerta se me cerraba en las narices, lanzada con violencia.

«¡Hombre, no te enojes!»

La comedia estaba bien representada y los aqueos en sus facciones dejaban translucir todas las apariencias de una verdadera indignación.

Me senté afuera y encendí un cigarrillo, mientras los del salón se servían y, por el silencio reinante, comprendí que hacían honor a la cocina.

Volvieron o abrirse las puertas y salieron los mozos apuradísimos.

Oí que alguien me llamaba por mi nombre y me levanté:

— ¡Por cierto ahora va a pasar algo peor!...

Y no me equivocaba. Me llegaba en plena cara un vaso de agua helada:

— ¡A bañarse, caballero!

Me pareció muy fuerte la broma, pero aguanté, conservando mi sonrisa inalterable. El cigarrillo con la humedad se había vuelto inservible e intenté encender otro.

¡No lo hubiera hecho! Me sacaron de las manos el paquete y la caja de fósforos, expulsándome con violencia por segunda vez.

«¡Hombre, no te enojes!»

Sabía que se trataba de una manga de locos, pero si debo confesar la verdad, empezaba a sulfurarme.

Está bien que estas cosas las hagan con los muchachos; pero, caramba, con un hombre de edad podrían ahorrar ciertos detalles del ritual, un poco pesados.

Ya era la segunda vez que me molestaban y, como dos no van sin tres, esperaba algo inaudito con la tercera.

— ¡Qué pase el neófito!...

Entré, siempre sonriendo, acercándome sumiso al jefe de la asociación que me miró de arriba abajo:

— ¡Quítese el saco y sirva a la mesa!... ¡Póngase un delantal!...

Hice notar que los trajes de los comensales corrían un serio peligro, pero no hubo pretexto suficientemente válido para evitar el servicio de mozo de hotel

No tuve inconveniente. Al fin al cabo me sentía mozo por fin.

En cuanto pasé el plato al último de los comensales un ademán brusco del vecino hizo dar una pirueta a la fuente, que en parte se volcó sobre la mesa y en parte sobre mi delantal.

Agotaron todos los adjetivos calificativos que llenan los diccionarios de dos idiomas neolatinos, y esta vez pareció que en serio me iban a despachar como inútil.

«¡Hombre, no te enojes!»

No me enojé, pero para mis adentros iba repitiendo que ciertas cosas andan bien para personas jóvenes, y... agregaba también que se podían dar bromas manteniendo, sin embargo, esa compostura que queda tan bien alrededor de la mesa en que nos sentamos para comer.

Pasé a la «toilette» para lavarme y mientras me estaba secando las manos una comisión se presentaba para invitarme a recibir la consagración final.

Una ovación de los aqueos, un interminable ¡So, so, so!, y luego, sentado solemnemente en un sillón a la cabecera de la mesa, fuí servido por los demás, que se esmeraban en borrar las malas impresiones que pudiera haber recibido.

«¡Hombre, no te enojes!»

Desde entonces soy un asiduo a las reuniones aqueas, que me sirven de lección para dominar el carácter.

Si no consiguiera otro resultado esta institución de calaveras que la de enseñar el dominio sobre sí mismo, por eso sólo valdría la pena de que siguiera existiendo prósperamente por siglos y siglos.

Mientras tanto allá en Italia, donde ha sido fundada, cumple la misión de provocar ese sentimiento de alegría sana que abundaba en otros tiempos, y coopera intensamente a borrar la tristeza que motiva el decaimiento de los espíritus o estalla en orgías repugnantes.

En Bolonia funciona la mesa de los aqueos y en Buenos Aires la mesa argentina que se mantiene en continua correspondencia con la de allá.

A veces los cenáculos artísticos consiguen resultados inesperados hasta en ambientes que parecen muy alejados de las diversiones y del buen humor.

Las fiestas del centenario de la universidad de Bolonia pudieron unir en un abrazo a franceses y alemanes; no sería difícil que los aqueos alcanzaran a formar el *trait d'union* entre los partidos que se combaten furiosamente en la península itálica, mucho más ahora que la masonería está pasando un mal cuarto de hora, y era ella que en otro tiempo daba albergue a ciudadanos de todas las opiniones políticas más opuestas.

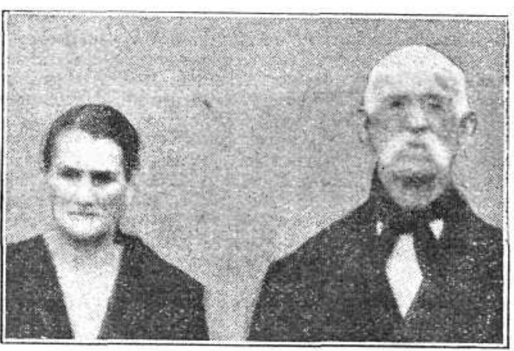
Y si así fuera sería el caso de repetir con entusiasmo la palabra de pase:

— ¡So, so, so!

Bodas de oro y de plata



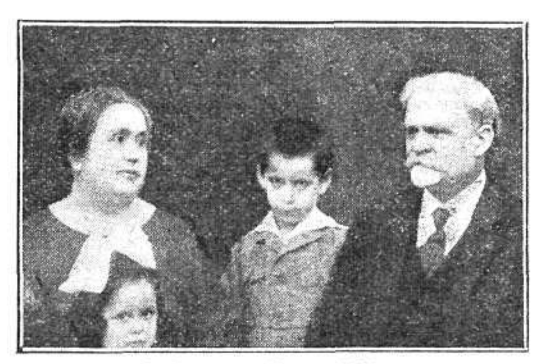
Señor Bernardo Pivonio y su esposa, la señora María Nardini de Pivonio, al festejar el cincuentenario de su enlace. — 9 de Julio.



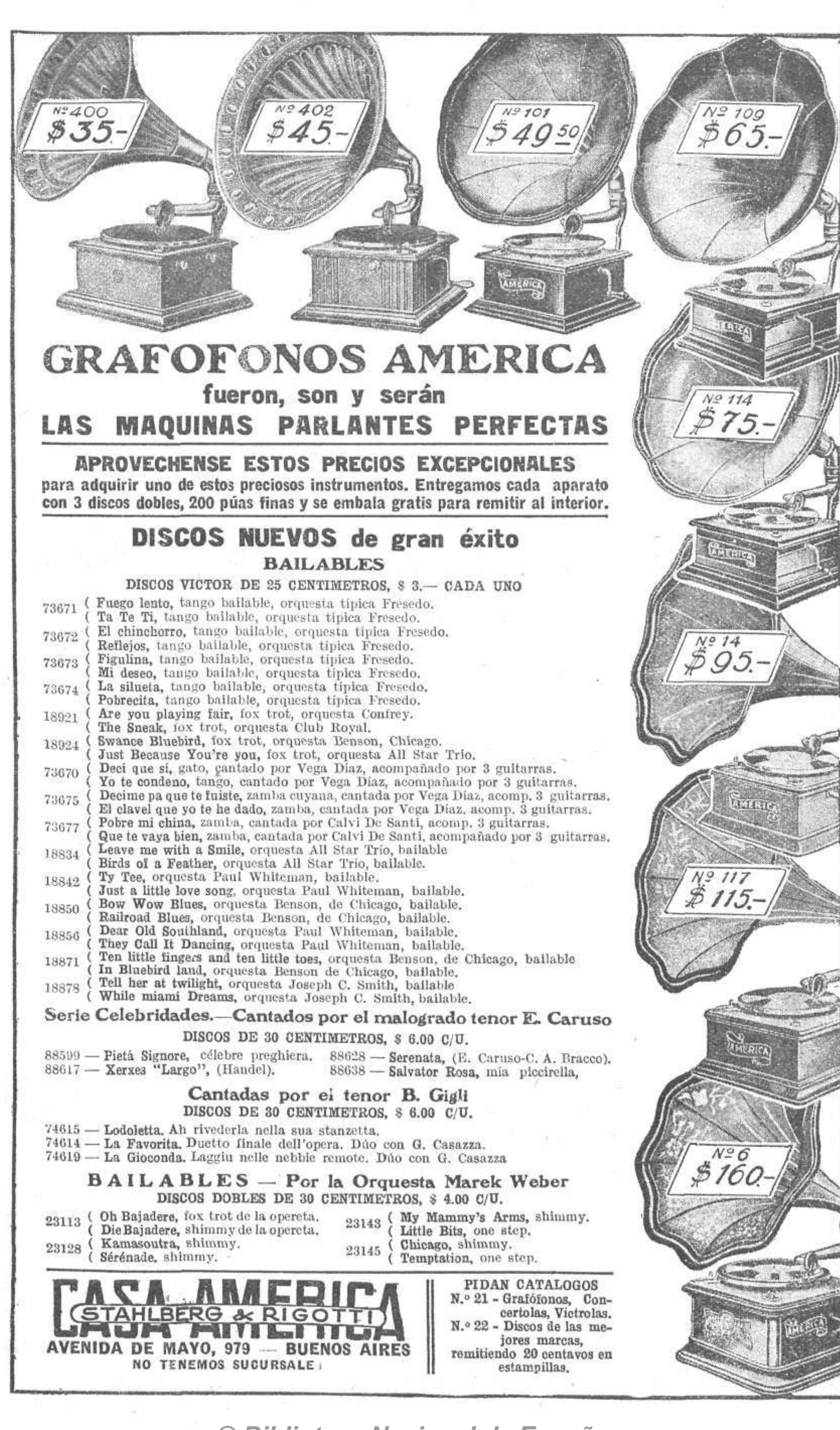
Señora Angela Navone de Bartolongo con su esposo el señor José Bartolongo al celebrar sus bodas de oro. — Open Door (Luján).



Familia Ragni-Rocca en ocasión de celebrar sus bodas de plata. — Capital.



Bodas de plata de los esposos Lucero-Baldisco. — San Luis.



N.º 400 $ 35.-
N.º 402 $ 45.-
N.º 101 $ 49.50
N.º 109 $ 65.-
N.º 114 $ 75.-
N.º 14 $ 95.-
N.º 117 $ 115.-
N.º 6 $ 160.-
AMERICA
GRAFOFONOS AMERICA
fueron, son y serán
LAS MAQUINAS PARLANTES PERFECTAS
APROVECHENSE ESTOS PRECIOS EXCEPCIONALES
para adquirir uno de estos preciosos instrumentos. Entregamos cada aparato con 3 discos dobles, 200 púas finas y se embala gratis para remitir al interior.
DISCOS NUEVOS de gran éxito
BAILABLES
DISCOS VICTOR DE 25 CENTIMETROS, $ 3.— CADA UNO
73671 (Fuego lento, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
(Ta Te Ti, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
73672 (El chinchorro, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
(Reflejos, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
73673 (Figulina, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
(Mi deseo, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
73674 (La silueta, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
(Pobrecita, tango bailable, orquesta típica Fresedo.
18921 (Are you playing fair, fox trot, orquesta Confrey.
(The Sneak, fox trot, orquesta Club Royal.
18924 (Swanee Bluebird, fox trot, orquesta Benson, Chicago.
(Just Because You're you, fox trot, orquesta All Star Trio.
73670 (Deci que sí, gato, cantado por Vega Díaz, acompañado por 3 guitarras.
(Yo te condeno, tango, cantado por Vega Díaz, acompañado por 3 guitarras.
73675 (Decime pa que te fuiste, zamba cuyana, cantada por Vega Díaz, acomp. 3 guitarras.
(El clavel que yo te he dado, zamba, cantada por Vega Díaz, acomp. 3 guitarras.
73677 (Pobre mi china, zamba, cantada por Calvi De Santi, acomp. 3 guitarras.
(Que te vaya bien, zamba, cantada por Calvi De Santi, acompañado por 3 guitarras.
18834 (Leave me with a Smile, orquesta All Star Trio, bailable
(Birds of a Feather, orquesta All Star Trio, bailable.
18842 (Ty Tee, orquesta Paul Whiteman, bailable.
(Just a little love song, orquesta Paul Whiteman, bailable.
18850 (Bow Wow Blues, orquesta Benson, de Chicago, bailable.
(Railroad Blues, orquesta Benson, de Chicago, bailable.
18856 (Dear Old Southland, orquesta Paul Whiteman, bailable.
(They Call It Dancing, orquesta Paul Whiteman, bailable.
18871 (Ten little fingers and ten little toes, orquesta Benson, de Chicago, bailable
(In Bluebird land, orquesta Benson de Chicago, bailable.
18878 (Tell her at twilight, orquesta Joseph C. Smith, bailable
(While miami Dreams, orquesta Joseph C. Smith, bailable.
Serie Celebridades.—Cantados por el malogrado tenor E. Caruso
DISCOS DE 30 CENTIMETROS, $ 6.00 C/U.
88599 — Pietá Signore, célebre preghiera.
88617 — Xerxes "Largo", (Handel).
88628 — Serenata, (E. Caruso-C. A. Bracco).
88638 — Salvator Rosa, mia piccirella,
Cantadas por el tenor B. Gigli
DISCOS DE 30 CENTIMETROS, $ 6.00 C/U.
74615 — Lodoletta. Ah rivederla nella sua stanzetta.
74614 — La Favorita. Duetto finale dell'opera. Dúo con G. Casazza.
74619 — La Gioconda. Laggiu nelle nebbie remote. Dúo con G. Casazza
BAILABLES — Por la Orquesta Marek Weber
DISCOS DOBLES DE 30 CENTIMETROS, $ 4.00 C/U.
23113 (Oh Bajadere, fox trot de la opereta.
(Die Bajadere, shimmy de la opereta.
23128 (Kamasoutra, shimmy.
(Sérénade, shimmy.
23143 (My Mammy's Arms, shimmy.
(Little Bits, one step.
23145 (Chicago, shimmy.
(Temptation, one step.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES
PIDAN CATALOGOS
N.º 21 - Grafófonos, Concertolas, Victrolas.
N.º 22 - Discos de las mejores marcas,
remitiendo 20 centavos en estampillas.

De Bahía Blanca



Señoritas de la colectividad española que tuvieron a su cargo el bazar de la kermesse celebrada por la "Casa de Galicia", fiesta que constituyó una brillante nota social.

UN SOSIAS DE LEOPOLDO II

El rey Leopoldo, que se aburría en el teatro y detestaba la música, tenía una verdadera pasión por los viejos cuadros, los viejos bibelots, la buena arquitectura y... las flores. He aquí por qué se iba solo a "bouquiner" en los negocios de antigüedades que se encuentran en la orilla izquierda del Sena, y sentía un secreto placer cada vez que descubría un hermoso objeto. Pero en los últimos días de su vida se hizo muy popular por las fotografías y las caricaturas, y tuvo que abstenerse. Leopoldo II tenía en Bélgica un sosías. Era un gran industrial que se llamaba M. Mabille, y cada vez que los ojos del rey caían sobre una caricatura, exclamaba: "¡Ved cómo lo molestan a ese desgraciado Mabille; cómo se parece a mí, Dios mío, cuánto se parece a mí!..."

LA CAUSA INDIA

Los amigos de la libertad de la India han preparado un banquete en el cual hablarán oradores conocidos de los Estados Unidos y del país hindú.

Semejantes demostraciones tendrán lugar, simultáneamente, en Boston, Egipto, Sud Africa y en cerca de 700.000 aldeas y ciudades de la India.

La celebración se hace con motivo del décimoséptimo aniversario del movimiento nacionalista para la obtención de la independencia de la India. Igualmente se celebra el día de Gandhi, que los amigos y simpatizadores de la independencia de la India observan el día 8 de cada mes.

Tal celebración es significativa, como expresión universal de la camaradería de la libertad y de la cooperación mundial en todos los fines que constituyen una aspiración universal.



Hace mucho que el

FERNET-BRANCA

figura en toda mesa bien provista; sea como aperitivo, mezclado con agua o soda fresca, sea como digestivo, tomado puro, siempre confirma su reputación de

ESTOMACAL INDISPENSABLE

Concesionarios: **HOFER y Cía.** - Buenos Aires

Luz y Sombra en Mar del Plata

En estas últimas semanas, en que la masa de los veraneantes iba haciéndose menos compacta, notándose cada día nuevas deserciones, resultaba tarea más fácil la de fijarse en los mejores atavíos, en los más lindos vestidos, en las joyas más novedosas, en los ojos más hermosos de las Rambla, de los clubs y de las playas marplatenses.

La crónica de los ojos no es, ¡ay!, tarea mía, lo cual lamento, pues me resultaría mucho más agradable hablar del cuadro que del marco... Vamos, pues, a las joyas. Anillos, prendedores y alhajas han vivido en Mar del Plata su verdadero y merecido triunfo. Las perlas y los brillantes se han dividido este honor en partes más o menos iguales, pero se ha notado cierta preferencia para los tamaños medianos; aquellos famosos y enormes solitarios, aquellos aros parecidos a toda una constelación circular, no son ya los preferidos por las «señoras», y el gusto refinado parece orientarse otra vez hacia el trabajo de arte, el cincelado, las incrustaciones de antaño; en una palabra: hacia el valor intrínseco. He visto muchos prendedores de oro y platino con perlas y brillantes de buen tamaño, pero *no grandes*, esparcidos discretamente por entre el metal finamente labrado. Una joya que llamó mucho la atención en la Rambla fué un reloj de platino y brillantes, colgando sobre la bata por una moderna reconstrucción de la antiquísima «chatelaine».

Los grandes y largos aros antiguos, muchos imitados y otros auténticos, han hecho resaltar el fulgor de los ojos y la frescura del cutis. ¡Bonito contraste! Esos oblongos colgantes de oro y plata antigua con piedras, arrastraban nuestra imaginación a las ilustraciones que conocemos de otros siglos, con otras costumbres y otras mujeres; y la sonrisa, graciosa y franca, de la fresca cara que los llevaba, nos llamó a la realidad, sin que pudiéramos convencernos de que, como muchos escriben, la mujer haya perdido con la evolución de los tiempos y de las modas. Esos aros hacían resaltar la belleza de la cara, sobre todo cuando eran acompañados del tocado «Lenglen», o sea del conocido pañuelo de seda de color que ciñe la frente.







Sombreros se han visto de toda clase y tamaños. Muchísimos con aves de paraíso y algunos soportando tres aves de éstas. Sombreritos de gamuza y cabritilla, muchos de terciopelo, pajas finas con adornos de rafia. Pero, en cuanto a novedades, muy pocas. Parece como si las modistas hubieran agotado todos sus recursos, y no pudieran hacer otros modelos que nuevos "firulets" sobre la misma tecla. Se dijo, en París, que se usaría este invierno el sombrero un poco echado hacia atrás, no tan metido sobre las cejas, como hasta ahora se viene llevando; pero las raras tentativas que he visto no encontraron simpatía. Arraigó con exceso la moda de llevar el sombrero hundido hasta la mitad de la cara, y demasiado se critica la forma de llevarlo al estilo de los anglo-sajones. En fin; sería de esperar que algún día, no un detalle, sino una acertada revolución, sobreviniese en el arte del sombrero, como con frecuencia sucede con los vestidos. La innovación del tocado «Lenglen», antes reservado a las *tennis-women*, y luego extendido a todas las mujeres jóvenes como tocado habitual de playa, nos hace creer en alguna posible e importante renovación. ¿Acaso se han llevado, desde los tiempos de Eva hasta hoy, la cloche, el tricornio y el chambergo? Sin dejar de usarlos, ¿no podríamos volver a poner de moda, aunque fuera solamente por variar, algunos de los tocados que se usaron en Grecia, en Roma y en tiempos menos lejanos — excepción hecha, naturalmente, de las pelucas?

Citaré ahora algunos de los vestidos que más llamaron la atención en el Casino durante estas últimas semanas.

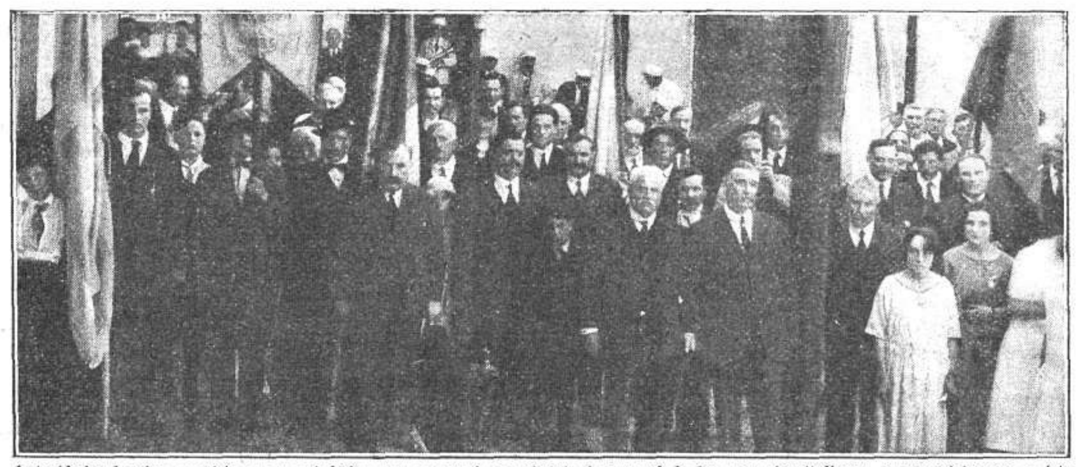
La figura que cruzó mi camino, como una aparición, al poner yo el pie en dicho salón, era, físicamente, del clásico tipo anglo-sajón, pero vestía a la moda marcadamente española: Larguísima y casi amplia falda de encaje negro a dos volados, chale de igual encaje, medias claras y en el cabello color cobre una artística peineta rubia. Entre los géneros novedosos, vi un vestido de los que Rodier llama «passerelles chinoises», fruncido en el talle como los vestidos María Antonieta y adornado de tiritas de piel verticales. Citaremos, por muy original, una blusa de terciopelo verde salpicada de cuentas de acero, llevada con una pollera negra, debajo de una emplísima capa de seda negra.

Otra joven y bonita figura, que llevada un vestido de bordado azul sobre fondo de tul y ribetes crema, iba acompañada de una elegante señora cuya capa negra con aplicaciones de zenana llamó mucho la atención.

Una conocida señorita de la aristocracia bonaerense sabía hacer resaltar su floreciente belleza de rubia, usando, para el vestido de espumilla color terracota, una preciosa toca violeta.

Las capas eran, en su mayoría, de la conocida forma «pañuelo».

De Navarro



Autoridades locales, comisiones y sociedades que concurrieron al acto inaugural de las romerías italianas que se celebraron en ésta con mucha animación.

DOS SERPIENTES AMAMANTADAS POR DOS VACAS

Mr. D. C. Reynolds, de Black Ash, Pa., estaba preocupado. Sus vacas, hermosos animales que solían producir numerosos cuartillos de leche cada día, apenas si daban uno o dos cántaros en las mañanas y ello a pesar de que seguían comiendo lozanas pasturas y se encontraban en perfectas condiciones.

En la creencia de que algún ladrón ordeñaba a las vacas a escondidas para robar la leche, Mr. Reynolds se puso al acecho, pero pasaban los días y nada extraño acontecía, y las vacas continuaban dando muy escaso rendimiento de leche.

Mrs. Reynolds convino con su esposo en que algo extraño ocurría y unióse a él en su vigilancia, montando entre los dos guardia perpetua.

Un día, al entrar en el corral, detúvose despavorida... Una serpiente negra, recogida en espiral bajo una de las vacas, tenía su boca aferrada a una ubre del animal. Disponíase a salir corriendo para llamar a su esposo, cuando otra serpiente, negra también, entró al establo y, acomodándose bajo otra vaca, imitó a su congénere... Las vacas no daban señal alguna de espanto y hasta parecían satisfechas en poder alimentar a los reptiles.

Mr. Reynolds, al escuchar de labios de su cónyuge la casi inverosímil narración, presentóse en el establo y dió muerte a las serpientes ladronas, que seguramente tan sólo tuvieron real existencia en la exuberante imaginación del hacendado yanki.

De Ayacucho

Simpático grupo infantil que se presentó al concurso de trajes de disfraz en los festejos de Carnaval brillantemente organizados por la Municipalidad.



UNA NOCHE en la SOMBRA

Había cenado con Russac en el restaurant de Longchamp, y mirábamos bailar a las parejas bajo los grandes árboles del parque.

—¡Pero cómo somos de tontos —exclamó súbitamente Russac— al privarnos con proligidad de esa reserva inagotable de sensaciones que es la sombra!... Mira a esta mujer que se desliza entre las mesas y las sillas. Sin compararla con Titania, podemos de buena fe afirmar que es hermosa, y nuestro corazón, espontáneamente, sale a su encuentro... ¡Detén tu pobre corazón, amigo mío; ella ha vencido a la sombra que se anudaba a su talle, a sus espaldas y a sus piernas, y mírala ahora, que en un suspiro y una sonrisa de alivio, acaba de bañarse en la luz, y no es ya nada más que una mujer más entre las mil que hemos rozado hoy!

«¡Ah, la sombra, la sombra!... ¡Si las mujeres comprendieran qué cómplice y qué verdadera amiga tienen en la sombra! Pero las pobres no lo saben. ¡Tanto peor para ellas!... Para ellas y para nosotros... La sombra ha representado una noche, en mi vida, un papel encantador, cuyo recuerdo me hará maldecir a todos los aparatos de alumbrado. Fué al día siguiente de mi demosvilización. Había salido solo en mi automóvil y ya había andado tres semanas, cuando una noche la obscuridad me sorprendió en plena selva de Nore... Grandes nubes obscuras se amontonaban... Mi motor comenzaba a detenerse e iba a faltarme nafta... Por fin, los arbustos ralearon y el camino, escapando a los árboles que lo encierran, se perdía en la campaña. De pronto un punto luminoso agujereó la obscuridad y, como si no hubiera esperado otra cosa, mi motor se detuvo. Empujé mi coche fuera de la huella, y me dirigí hacia la luz que acababa de aparecer y que bruscamente, entonces, cuando desesperaba de alcanzarla, se mostró cerca de la ventana de una casa que acababa de surgir ante

mí. A tientas encontré un timbre que toqué. Un instante mi gesto pareció haber sido ejecutado en el vacío, luego una puerta de vidrio se iluminó, se abrió y una forma femenina apareció, separó naturalmente la reja que nos separaba y me dijo:

«La casa más cerca se halla a seis kilómetros. Entre señor. Es posible que pueda prestarle algunos litros de nafta...» Entré. Cerró la reja detrás de mí, introduciéndome en un saloncito y desapareció para volver al rato diciéndome: «Mi provisión de nafta se ha agotado... pero, no le dejaré irse así... La tormenta va a desencadenarse... La señora me reconvendría...» Sus palabras revelaban una mucama; la miré con más detención. Era la más fea maritornes que un delirante pudo en su delirio concebir. Insistiendo en no querer pasar por indiscreto, rechazo sin mayor energía la invitación, porque me vino de pronto la idea de que semejante cancerbero debía guardar una belleza perfecta, y la posibilidad que comenzaba a entrever lógicamente de pasar la noche bajo el mismo techo de esta belleza en ese momento no me disgustaba. La guardiana habíase eclipsado, dejándome solo en el saloncito. ¡Ah, la extraña aventura! Iba a entregarme a las más locas suposiciones cuando la puerta se reabrió y la sirvienta, con una mueca que quiso ser una sonrisa, me dijo: «La señora lo espera».

Seguí a través de un estrecho corredor obscuro a mi conductriz hasta un reposo de la escalera que daba al jardín, desde donde me fué dado ver un cuadro seductor; delante del muro decorado por las madreselvas y glicinas, en medio de ese marco perfumado, sobre un canapé, una mujer estaba extendida al lado de una mesa servida y florida. Todo esto: mujer, flores y chucherías bañados por una muy suave luz azul que salía por una ventana abierta detrás del canapé. «Sed el bienvenido, señor —me dijo una fresca voz.— Posiblemente, no ha cenado usted, y aceptaría compartir mi cena. En este caso, me hallaría doblemente satisfecha de la costumbre que tengo de cenar siempre, muy tarde, en la noche». Me incliné ceremonioso y siguiendo un lánguido gesto de su manecita blanca me senté delante de un cubierto preparado como si se esperara a un invitado. De la mujer que acababa de hablar sólo veía las pequeñas manos sin alhajas que se movían lentamente en la luz azul, el cuerpo perdido entre una innumerable cantidad de almohadones, el rostro envuelto entre velos livianos, quedando invisible en el cuadrado de sombra que recortaba sobre los rayos de luz que venían de la ventana, el respaldo del canapé. Todo esto sentíalo sabiamente preparado, pero lejos de chocarme me atraía irresistiblemente. Posiblemente había entrado en casa de alguna Antinea provinciana, en donde iba a pasar algunas horas antes de que la maritornes, que creía capaz de cualquier cosa, me enterrara bajo un sauce llorón con los otros admiradores infortunados que ante el azar y el capricho de mi señora habíanme precedido. ¿No me hallaría yo mucho mejor frente a una mujer casada a quien la ausencia del marido creaba la oportunidad de una aventura o ante una romántica a quien la complicidad de la vieja autorizaba a llegar a la novela?

Servidos por la maritornes, los platos se siguieron los unos a los otros, delicados. Muchas veces tenté de entablar una conversación que mi contricante había dejado caer, y había tomado el partido de gozar del momento sin reflexionar. Alrededor nuestro el jardín desfallecía bajo la tormenta que se acercaba, los setos se perdían en la profundidad de la sombra, y de lo hondo de ella llegaba hasta mi oído, el suave rodar del arroyo por entre los cantos rodados. Los perfumes tibios y frescos se enlazaban alrededor nuestro. Un murciélago pasaba y repasaba y el vuelo precioso de sus alas de terciopelo añadía una suavidad más a las que, entre las muchas, yo me dejaba ir, admirando otras presentidas más allá. Me hallaba en los bordes de un parque feérico donde el amor íbame a entregar su secreto... En una hora había llegado hasta allí... Sí, mi viejo. Estaba enamorado de esta mujer que ignoraba y cuya silueta blanca mostrábase inmóvil e inmaterial entre la sombra azul que nos envolvía. El champagne burbujeó fuera de las copas, y por la ventana abierta un fonógrafo vino con sus valses lentos y sus tangos azucarados a completar la atmósfera de voluptuosidad banal y convencional que nos bañaba... Me hallaba tan bien bajo el encanto que por la primera vez de mi vida no sentí ganas de golpear y destrozar a la máquina gangosa... Una mano blanca me tendió una cigarrera... Fumamos. El fonógrafo tocaba siempre... Algunas gruesas gotas de agua se quebraron tibias, la pequeña mano rozó un instante mis labios... La forma femenina se destendió fuera del canapé, atravesó en tres saltos de bailarina el espacio que la separaba de la escalera, y en un vuelo de velos blancos desapareció dentro de la casa. Me había puesto, en esto, de pie dispuesto a todo... La maritornes hallábase delante de mí con una lámpara en la mano. La seguí... Me condujo hasta el primer piso de la casa y con unas «¡Buenas noches, señor!» que me parecieron irónicas, me introdujo en una pieza cuya puerta cerró detrás de mí, mientras un trueno a lo lejos parecía poner el punto final a mi novela de una hora...

Comencé por buscar como podría evadirme de esta alcoba y acercarme a la de aquélla cuya mano sentía aún sobre mis labios. La puerta estaba cerrada con llave. La ventana daba sobre una pared lisa como un mármol. La casa estaba silenciosa, y el jardín, bajo el cielo tormentoso, parecía un túnel sin fin que los truenos llenaban de ecos... Sentíame furioso, mis sienes palpitaban... Me dormí en un sillón...

Los primeros rayos del sol me despertaron. Me acerqué a la ventana y apenas pude retener un grito de admiración y de humillación. El parque feérico de la víspera se había cambiado con el día, en un vergel de suburbio pelado y miserable. El gran bosque solo era un pobre seto de lilas y boj. El arroyo, cuyo murmullo me había encantado, alimentaba las turbinas de una usina cuyo edificio se alzaba monstruoso detrás de los únicos arbustos del jardín... Tal era la realidad que el jardín de ensueño de la víspera me mostraba desprovisto de su vestido de sombra... ¿Y *Ella*, entónces? ¿*Ella*, cómo iría a parecerme bajo la luz del sol?

Todos los temores tenían su razón de ser. Fuí hasta la puerta que se abrió y sin preguntar por qué la puerta que estaba cerrada por la maritornes se abría ahora, me deslicé fuera.

En el piso bajo salí por una ventana, atravesé el jardín, salté el seto y me encontré en el camino. Mi automóvil estaba ahí y con la ayuda del primer camión que pasó huí lejos de la que podía ser tan fea como el jardín en que vivía, pero que con la ayuda de la sombra cómplice me dejó una imagen de gracia y de belleza, imagen tan pura y perfecta que después de cuatro años pasados no he dejado aún de estarle enamorado...

Russac suspiró, y tomándome del brazo:

—Ven — me dijo — hay demasiada luz por aquí... Volveremos a París, atravesando a pie el bosque de Bologne en plena sombra.

RENÉ JEANNE

TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN

DIBUJO DE MACAYA

De Ayacucho y Rojas

AYACUCHO. Concurrentes al animado picnic que se celebró en una de las romerías españolas y al que asistieron los niños de la localidad juntamente con sus familias.





ROJAS. — Juvenil grupo que asistió al pic nic organizado por la sociedad recreativa "Los 30 amigos unidos", fiesta que alcanzó gran lucimiento.

TAMBIEN HAY "SALUD" PARA LA MUJER

¡¡NO BUSQUEIS MAS; YA SE HA ENCONTRADO!!

Cabildo, F. C. S., Febrero 18 de 1923.

Compañía Sanden. — Buenos Aires.

Estimado Doctor: Después de saludar a Vd., le hago saber de mi salud. Me encuentro lo más bien, no siento ni un dolor de nada, ni mareos, ni fatiga. Después de haber buscado por todas partes si encontraba mejoría, todo ha sido inútil; pero un día escribí a la «Compañía Sanden» y resultó que me curó con la Faja Eléctrica. Hoy hago todos los quehaceres de casa y me encuentro con energía.

Agradecida a la «Compañía Sanden», autorizo a Vd. para que disponga de esta carta.

Sin más, lo saluda atte. S. S.

(Firmado): **Patrocinia M. de Roldán.**



«SALUD EN LA NATURALEZA» explica como se devuelve la salud a la mujer. Es gratis para las que sufren; pídalo hoy.

Compañía "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105. Buenos Aires

Horas de Oficina: de 9 a 18.



Cómo el Agente logró Detenerlo

"...Hizo funcionar el gatillo por tres veces consecutivas, pero el arma falló, lo que fué motivo suficiente para que el agente pudiera detenerlo, secuestrándole un revólver imitación Colt..."

Las armas baratas nunca ofrecen seguridad. Esto deben tenerlo en cuenta los amigos de la ley y aquellas personas que quieran velar positivamente por la protección de su propia vida y de sus intereses, cuya suerte jamás deberá quedar confiada a las llamadas "imitaciones" Colt, o a las armas que son ofrecidas como de "tipo" o "sistema" Colt.



Marca de Fábrica Registrada

Solamente los verdaderos revólveres y pistolas Colt son las armas que deben usarse, pues nunca disparan a destiempo, y jamás fallan al apretar el gatillo.

Provéase exclusivamente en armerías o ferreterías de confianza, al adquirir un revólver o pistola COLT.

COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co., HARTFORD, CONN., U. S. A.

De Ramallo



Aspecto del salón donde se celebró el baile de despedida del Carnaval, velada organizada por la sociedad italiana "E pur si muove"

LAS DOS AMIGAS

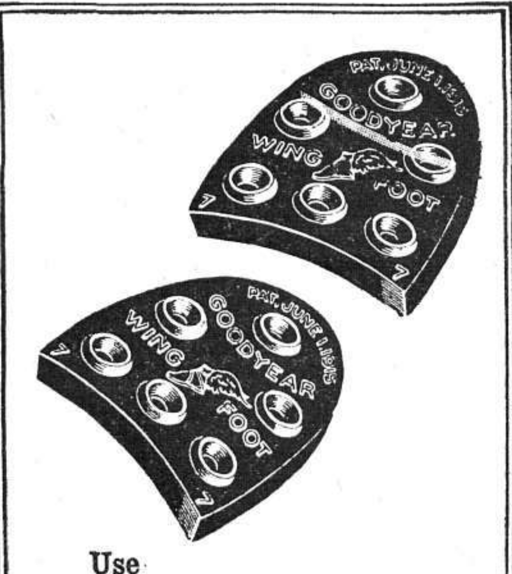
Hilda y Josefina llegaron a la edad del matrimonio siendo íntimas amigas. Hilda casó humildemente, Josefina casó con un hombre de gran fortuna que construyó para ella un palacio. La llevó a Europa donde visitaron las ciudades más importantes y compraron lujoso mobiliario.

Cuando estuvo instalada, Josefina invitó a Hilda a ver su palacio y le mostró todas las habitaciones. Pero a medida que le explicaba los dibujos de los tapices, la riqueza de los cortinajes, el admirable tallado de los muebles, el asunto de las pinturas o esculturas y los nombres de los artistas que las habían hecho, Hilda decía sonriendo:— Es hermosa, en verdad, pero hay algo mucho más hermoso que todo eso.

Contrariada, preguntó Josefina: — Hilda, ¿qué puede haber de más hermoso? — Hilda deslizó su brazo, como en otro tiempo, en el de Josefina y dijo: — ¿Quieres venir conmigo?

Pronto llegaron a la humilde casa de Hilda, con sus paredes y puertas blancas esmeradamente limpias. En el marco de la puerta notaron unas señales de unos deditos y al entrar a la habitación las recibió la alegre risa de una criatura rosada y fresca, en su cuna. Hilda se volvió y dijo: — Josefina, nada hay tan hermoso en tu palacio como las señales de esa mano de niño en la puerta ni como el alegre balbuceo de mi bebé. — Asomaron lágrimas a los ojos de Josefina y abrazando con efusión a su amiga le dijo: — Hilda, tienes razón.

EUGENE FIELD.



Use

TACOS de GOMA

GOODYEAR

Si usted aplica Tacos de Goma Goodyear a sus zapatos, puede estar seguro que obtendrá de ellos confort, duración y economía.

Dan confort porque absorben las vibraciones al caminar.

Duran porque están hechos de goma firme y tenaz, lo que los hace económicos.

En todos los tamaños para hombre.

Negro y Marrón.

TACOS de GOMA

GOODYEAR



N.º 481. — Pulsera enchapada en oro, con 5 hilos, para señora o señorita. Precio excepcional....... $ **3.00**

N.º 490. — Anillo para señorita enchapado en oro 18 kilates, a....... $ **3.00**

N.º 116. — Anillo liso, ½ caña, ench. en oro 18 kilates, $ **3.00**

N.º 480. — Plata fina y nácar con marquesinas, a... $ **5.90**

N.º 487. — Galalit legítimo, gancho plata, punzó o verde claro, el par.. $ **3.90**

N.º 483. — Aros enchapados en oro con piedra de color, el par a pesos... **4.50**

N.º 488. — Plata, nácar y punzó, el par, pesos...... **4.50**

Los mismos, todo en punzó, el par, pesos...... **3.50**

N.º 489. — Gancho plata ench. en oro, hematite o de color celeste, $ **3.00**

N.º 136. — Plata 900, con iniciales grabadas o esmalte, a $ **5.00**

N.º 463. — Plata fina y hematite, $ **4.50**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

MOSQUITOS. — Todo el mundo sabe que las picaduras de mosquitos son sumamente desagradables, no por la gravedad de la mordedura, sino por las picazones que originan. Para curarlas es preciso aplicar sobre la parte irritada la solución siguiente:

Alumbre	5	dozavos
Vinagre	4	"
Glicerina	3	"

Se alejan los mosquitos: 1.°, poniendo una rama de espliego en la cabecera de la cama; 2.°, quemando polvos de pelitre en un cacharro; 3.°, colocando en la alcoba una taza con infusión de cuasia amarga; 4.°, conservando en la habitación un pie de eucalipto; 5.°, cerrando las ventanas antes de acostarse y colocando en la habitación en que se ha de dormir un farol cuyos cristales estén untados de miel disuelta en un poco de vino. Encendido el farol, todos los mosquitos que haya en el cuarto irán a pegarse a él.

LECHE DE ALMENDRAS CURATIVA. — Mézclense en cantidades iguales buena miel y aceite de almendras dulces, añadiendo una media parte de yemas de huevo, es decir, la mitad de la mezcla.

En el momento de usarla se agita algunos minutos y se diluye una cucharada en una infusión de flor de malva.

BOTINES RELUCIENTES A TODAS HORAS. — Se echan diez centavos en el limpiabotas atomático y se pone sucesivamente la bota en los tres departamentos que se encuentran en el piso del aparato. El primero quita el barro, el segundo extiende el betún y el tercero saca el brillo.

ALMIDÓN. — Hay que escoger el almidón todo lo blanco posible. Se puede probar quemando un poco en una cuchara de hierro; si no está falsificado, el residuo sólo será de 2 por 100; si contiene carbonato de cal, produce una especie de burbujeo cuando está en contacto con vinagre.

El almidón cocido gana mucho si se le añade un poco de goma arábiga o de esperma de ballena.

Para almidonar muy bien la ropa sin rasgarla hay que poner ácido esteárico en el almidón.

El ácido esteárico se emplea en la proporción de treinta gramos por litro de almidón disuelto.

CÓMO SE LIMPIAN LOS OBJETOS DE PLATA. — Primero hay que lavar los objetos y luego frotarlos con los siguientes polvos diluídos en agua, y que puede prepararse uno mismo. Se mezclan juntos:

Blanco de París.........	20	gramos
Crema de Tartaria.......	20	"
Alumbre	10	"

Todo ello bien pulverizado y puesto en frascos con tapón de cristal esmerilado.

Se pasa después la plata por agua de jabón moreno muy caliente.

Se enjuaga con agua clara y se seca, primero con un paño y luego con una gamuza, para devolverle el primitivo brillo de lo nuevo.



APARATO PARA CONTROLAR LA RESPIRACIÓN Y FUERZA DE PULMÓN DE CANTANTES Y ORADORES. — Este aparato, inventado por el americano J. Burlington, está formado por un tubo cilíndrico transparente, perfectamente graduado, abierto por la parte superior y provisto cerca del extremo inferior de un agujero, en el que se coloca la goma para la respiración. Dentro del tubo transparente es montado un cilindro opaco que, a causa de la presión que la respiración ejerce sobre él, oscila con rapidez y facilidad.

Una rápida mirada sobre el tubo graduado hará conocer a la persona experimentadora el estado de sus pulmones, y marcará a su vez exactamente el tiempo que puede sostener la respiración con un cierto grado de poder.

JABÓN PARA LA BARBA. — El jabón líquido es el mejor para la barba; es fácil preparárselo uno mismo. Se corta jabón blanco en copos muy delgados y se echa encima alcohol (como medio litro por 250 gramos de jabón). Terminado esto se pone todo ello en un depósito de cristal y se expone al sol durante unos quince días. El jabón se disuelve y se conserva mucho tiempo. Hay que tener cuidado de agitar el cacharro o botella antes de usar esta solución.

APRESTO DE LAS PUNTILLAS. — Se hacen disolver en agua hirviendo 40 gramos de bórax y 200 gramos de goma laca por litro de agua, teniendo cuidado de no poner la goma con el agua hasta que el bórax esté perfectamente disuelto. En cuanto la disolución es completa se empapan las puntillas en este líquido y se tienden para que se sequen.

Si se desea dar a las puntillas mayor firmeza se añade a la solución, al cocer, un poco de gelatina disuelta.

LA AVENA PARA LOS CABALLOS VIEJOS. — El mejor medio de economizar la avena para los caballos viejos, cuyos dientes están usados, consiste en dejar el grano en agua durante algunas horas.

Está demostrado que este sistema es preferible, facilita la masticación; la avena, hinchada por la humedad, se digiere con más facilidad y permite hacer una economía positiva.

SANEAMIENTO DE UNA HABITACIÓN DE ENFERMO. — Para sanear un cuarto después de una enfermedad contagiosa hay que hacer una pulverización con la preparación siguiente:

Acido tímico..	2	gramos
Acido fénico..	1	"
Alcohol de 90°	20	"
Agua	200	"

MODO DE AGUJEREAR EL HIERRO SIN HERRAMIENTAS. — Se coge un pedazo de azufre en barra y se le da la forma que ha de tener el agujero que se desea hacer. Luego se calienta el hierro al rojo blanco y se apoya el azufre en el sitio deseado sobre el hierro. El agujero se hace con gran facilidad.

MEDIO SENCILLO DE PURIFICAR EL AIRE. — Con hojas de papel secante empapadas en una mezcla de tintura de mirto y benjuí se perfuma una alcoba y se purifica el aire.

Hay que esperar a que las hojas estén muy secas; se cortan en tiritas y se queman.

LAVADO DE LA FRANELA. — Para impedir que un chaleco de franela encoja hay que lavarlo en agua tibia que contenga una cucharada pequeña de amoníaco por cada litro de agua.

Se enjabona bien, se quita el jabón sin apretar mucho y se aclara con agua tibia. En esta última agua se echan dos vasos de buen vinagre.

Si existiesen dudas sobre la pureza de las materias empleadas por la lavandera, basta, para cerciorarse, mojar la tela sospechosa y dejarla secar. Si el sitio mojado aparece rodeado de una orilla rojiza, es seguro que la lavandera usa cal.



A sus
encantos naturales, señorita,
la **CREMA ALBINA**
agregará dos encantos más:

1.º Un cutis suave y terso, blanco y rosado, sin manchas.

2.º Un perfume distinguido y suave.

La Crema Albina no contiene grasas ni vaselinas, ni glicerina que aja la piel.

La Crema Albina se disuelve en agua fría, y es, gracias al zumo de pepinos que contiene, un alimento de gran valor para el cutis.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**



BEBED
Sal de Fruta
ENO
Eno's Fruit Salt

lo primero en las mañanas. ENO conserva el estómago libre de toda acidez y fermentación, hace que los intestinos funcionen con regularidad y mantiene todo el cuerpo internamente limpio, fuerte, sano y vigoroso. Un poco de ENO, tomado en agua a cualquier hora, quita las náuseas, estimula la digestión, hace desaparecer el dolor de cabeza y el agotamiento y apacigua los nervios. Para el *estreñimiento*, bébase ENO en agua caliente pues es un laxante muy eficaz. El sabor agradable de ENO gusta tanto a los niños como a los adultos. Insistid en la ENO legítima.

De venta en todas las farmacias

Preparada exclusivamente por

J. C. ENO, Ltd.
Londres, E. C. 4, Inglaterra

Agentes de ventas:
Harold F. Ritchie & Co., Inc.
NuevaYork, Toronto, Sydney

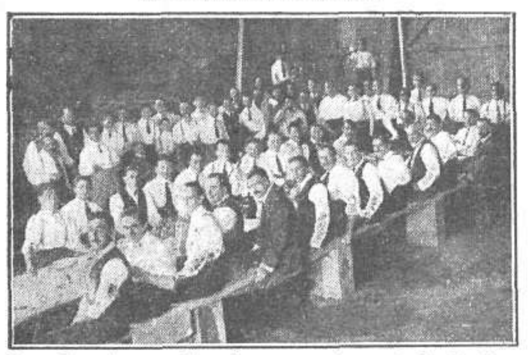
De Rosario



Los hijos de Carlos Gallini, rodeados de la comisión organizadora y de los delegados de Buenos Aires, presenciando el descubrimiento oficial del busto del abnegado maquinista en la escuela técnica que lleva su nombre.



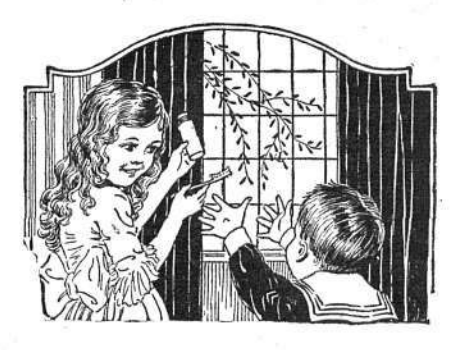
Conocidas familias que prestaron su concurso a la lucida fiesta organizada por el Club Atlético "Sociedad Puerto Rosario" y que se celebró en la pintoresca Quinta Arocena, en Fisherton.



Grupo de amigos que obsequiaron con un banquete al señor Pusterla con motivo de su proyectado viaje a Europa, acto en que se demostraron las grandes simpatías con que dicho señor cuenta en la localidad.



Grupo familiar en que aparece el séptimo hijo varón de los esposos García, llamado Marcelo Torcuato, que fué apadrinado por el intendente señor Rouillón en nombre del Presidente de la República.



EL CINEMA de la BUENA SALUD



Millones de personas deben su buena dentadura a ***Sozodont.***

Cinta No. 1

Escena No. 1

La estadística prueba que 95% de los escolares deben su atraso a mala dentadura.

Escena No. 2

Sozodont ayudará a corregir esto. A los chicuelos les gusta debido a que tiene un sabor agradable.

Escena No. 3

La buena dentadura hace sanos a los niños y les permite masticar sus alimentos propiamente.

LAS MADRES

Deben a sus hijos un buen comienzo en la vida. El uso de **Sozodont** en la edad temprana dos veces al día, y seguido de un buen masaje de las encías, garantiza buena dentadura y encías sanas.

Un diente no debe ser más sano que la encía que lo rodea.

Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.

Representantes

Harold F. Ritchie & Co.
171 Madison Ave., N. Y., U. S. A.



Un chiquito de cinco años librado de sufrimientos.



EL SEÑOR FRANCISCO LAMA.

«El niño (de poco más de 5 años de edad) empezó a cojear. Sentía dolor en el muslo derecho cuando se le oprimía esta parte con la mano. Para averiguar si el dolor tenía algo reumático — pues yo he padecido hace algún tiempo esta enfermedad — hice presión con la mano sobre los riñones, y el niño sintió dolor aún más vivo. Considerando se trataba de dolores producidos por debilidad de este órgano y deseando probar sus píldoras, hice el pedido.

Administré al niño dos píldoras en dosis de media píldora cada vez y los dolores desaparecieron completamente.

Me complace mucho poder informarle así, no sólo por el bien realizado en la salud de mi hijo, sino por la satisfacción que el éxito les pueda causar». — MAESTRO NACIONAL, Arahal, España.

Los lectores pueden perfectamente imaginarse lo que le hubiera sucedido a este muchacho si su padre no hubiera hecho la prueba can las Píldoras De Witt.

Los desarreglos de los riñones se manifiestan de muchas maneras y si siente usted cualquiera de los siguientes síntomas significa que sus riñones y su vejiga no están ejecutando su trabajo como debieran. Dolores de espalda, constipación, hinchazones de los pies brazos y piernas, orina turbia, dolores en los músculos y coyunturas, mal gusto de la boca y un desaliento general e irritabilidad; todos estos síntomas son los primeros pasos a las terribles dolencias de los riñones y de la vejiga.

Ha sido demostrado por Médicos y Científicos que estos síntomas son causados por ácidos venenosos que se encuentran en la sangre, los que deberían expeler los riñones; las Píldoras De Witt removerán prontamente estos síntomas; en efecto, éstas han probado, como ningún otro remedio, los buenos efectos que producen en las veinticuatro horas después de haberlas tomado.

Si desean obtener resultados inmediatos, deben comprar las



para los Riñones y la Vejiga

EL REMEDIO INCOMPARABLE PARA:

REUMATISMO	DEBILIDAD DE ESPALDA	GOTA
LUMBAGO		DOLOR DE ESPALDA
CIATICA	CISTITIS	
CALCULOS	PIEDRA	LAXITUD

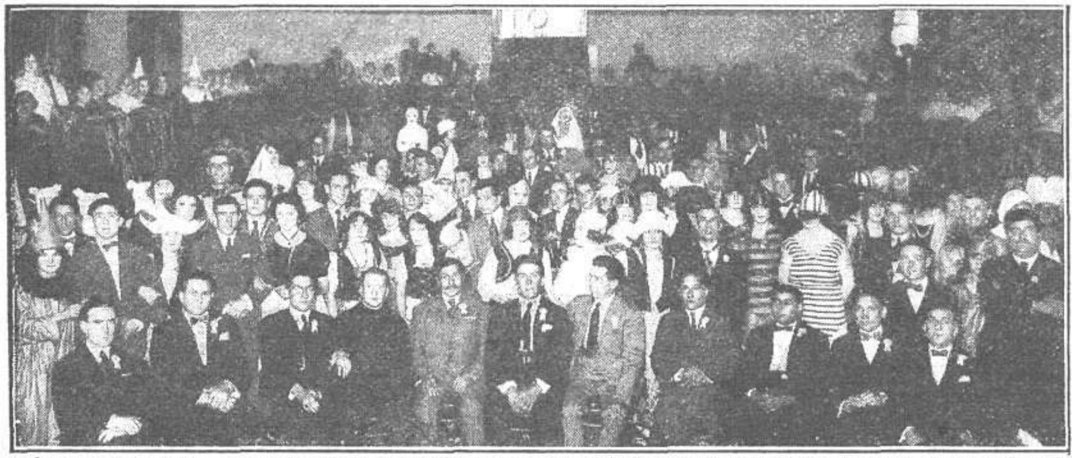
TODAS LAS FORMAS DE TRASTORNOS DE LA VEJIGA

Se venden en todas las principales farmacias y droguerías; pero si usted tiene alguna dificultad en hallarlas, pídalas al depósito general:

E. C. De Witt & Co., Ltd., Casilla de Correo 1550, Buenos Aires.

Enviaremos porte pagado una muestra conteniendo cantidad liberal junto con un folleto interesante.

De Santa Fe



CAÑADA DE COMEZ. — Numeroso público que concurrió al lucido baile de disfraz y fantasía realizado por la comisión del corso de la localidad.

EL LENGUAJE DE LOS DEMAGOGOS

El en un tiempo gran Horatio Bottomley tuvo una audiencia final en la cámara de los comunes. Trató de demostrar por qué no debiera ser expulsado de ella a causa de su sentencia a trabajos forzados. Entretanto, los críticos ingleses se entretenían en el estudio de Mr. Bottomley como un fenómeno literario. Les fué fácil probar que era tan aficionado a las ideas revueltas como a las cuentas revueltas. Pero Mr. A. Clutton Brock ha ido más allá de todo eso en cuestión de estilo. Tomando en cuenta su popular libro «Los grandes pensamientos de Horatio Bottomley», encuentra en él evidencia de lo que se llama corrientemente autointoxicación. El escritor logró primero engañarse a sí mismo antes de comenzar a engañar al público. El estilo exagerado y las frases convencionales que fueron su principal recurso parecen haberle llegado a convencer que significaban realidades y verdaderos pensamientos.

15.667 DIVORCIOS EN SEIS MESES

Según una estadística que acaba de publicarse en Francia, los seis meses últimos del año 1921 se han señalado como los en que mayor número de divorcios se han concedido desde que se puso en vigor la ley Naquet. En ese lapso de tiempo los tribunales entendieron en 15.667.

El número de matrimonios en el mismo espacio de tiempo fué de 238.185.

De Santa Fe



Excursionistas pertenecientes al club de regatas "Santa Fe" realizando un paseo a bordo del "Jorge Alberto" en honor de las señoritas que tuvieron a su cargo los kioscos de la kermesse últimamente celebrada en el Parque Escolar.



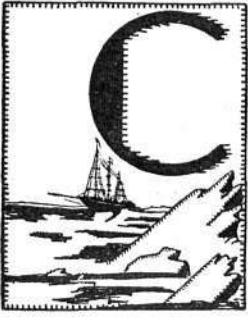
Familias de los socios en la cubierta del mencionado vapor nacional, durante el pintoresco viaje por aquellas costas.

LOS HOMBRES DEL FUERTE MILLE

por

JACK LONDON

ILUSTRACIONES DE BESARES



CUANDO Big Jim Belden aventuró la opinión, en apariencia inocente, de que la nieve «pegajosa» era más bien rara, ni soñaba adónde llegaría. Ni tampoco Lon Mc Fane cuando afirmó que la nieve «anclada» era más rara aún; ni Bettles al estar en desacuerdo, declarando que tales formas eran fantasmagorías.

— Vais a contarme eso a mí — gritó Lon — después de los años que llevamos recorriendo el país!

— ¡Pero la cosa tiene su razón de ser — insistió Bettles.—¡Ved, el agua es más caliente que el hielo!

— Si la pruebas no le hallarás mucha diferencia...

— Es más caliente porque aun no se ha helado. ¿Y dices que se hiela debajo del buque?

— Solamente la nieve anclada, David, solamente la nieve anclada. Nunca has flotado sobre ella. El agua, clara como un cristal, y de pronto la nieve pegajosa va subiendo en burbujas, y se va extendiendo hasta alcanzar la ribera como si acabara de nevar.

—¡Hum, hum! Aquella vez que me adormecí en el banco del timón, recuerdo que salía de los canales cercanos y no iba subiendo en burbujas.

— Pero... ¿el timón te despertó?

— ¡Bah! ¡déjate de embromar! Hay sus razones. Que te lo diga, si no, cualquiera de estos hombres.

Bettles apeló al círculo que rodeaba la estufa, aunque la discusión era entre él y Lon Mc Fane.

— Con razón o sin razón, es la verdad lo que estoy diciendo. El último otoño, hace un año, fuimos Sitka Charley y yo los que observamos el fenómeno, al abandonar el arrecife junto al fuerte Reliance. El sol se reflejaba sobre los alerces y los álamos y brillaba en cada ola; llegaban el invierno y la niebla azul del norte... Sería bueno que todos oyeran esto. Había como una franja entre el río y el hielo, que se hacía espeso en los remolinos... De pronto se produce un estallido y los pedazos saltan por el aire... y uno siente que la sangre se le paraliza y a cada paso te despides de la vida. Entonces, muchacho, el mundo se hace pequeño y los deseos de correrle se te van a los talones.

Me veo como si fuese ahora. Nosotros remábamos, cuando el maquinista me grita de golpe: «Lon Mc Fane, mira hacia atrás!» ¡Nunca creí ver una cosa igual! Como sabéis, Sitka Charley, como yo, jamás había estado por allí; sacamos la cabeza investigando cada cual por su lado. Me acordé de los días que pasé una vez con los pescadores de perlas, mirando los bancos de coral, que crecen lo mismo que jardines bajo el agua... Allí estaba la nieve «anclada» pegándose y amontonándose sobre las rocas, a la manera de un coral blanco.

Pero lo mejor estaba todavía por venir. Justamente, después de dar vuelta al arrecife, el agua tornóse rápidamente de un color lechoso, formando grandes círculos, como cuando en primavera salen

los doradillos o hay una llovizna. Era la nieve anclada que se nos venía encima. A la derecha, a la izquierda, por donde alcanzaba la vista del hombre, el agua estaba cubierta del mismo modo. Parecía como una inmensa cantidad de sopa que se deslizaba junto a la borda de la canoa, pegándose igual que la cola a los remos. Transcurrió mucho tiempo antes de que yo pasara por el mismo arrecife y mucho más aún sin que volviera a ver la misma cosa... Fué una impresión que nunca olvidaré.

— Déjate de cuentos, — comentó secamente Bettles. — ¿Crees que voy a dar crédito a semejantes historias?

— Fueron mis propios ojos los que lo vieron, y si Sitka Charley estuviera aquí, lo confirmaría.

— Los hechos son hechos y no es necesario volver sobre ellos. La naturaleza no necesita...

— Pero, mis propios ojos...

— No te sulfures por eso — aconsejó Bettles, mirando ya hervir la rápida cólera celta.

— Luego, ¿no me crees?

— Pareces tan enterado... que no te creo. Me atengo a la naturaleza y a los hechos.

— Harías mejor en preguntarle a tu mujer, a tu siwash. Podría ser testigo de que he dicho la verdad.

Bettles se encendió de súbita ira. El irlandés le había ofendido sin saber, pues su mujer era la hija mestiza de un comerciante en pieles, casada con él en la misión griega de Nulato, unas cien leguas hacia el interior del Yukon, siendo de casta mucho más elevada que las siwask comunes o mujeres aborígenes. Este es un matiz peculiar del norte, que sólo el aventurero del norte lo percibe.

— Me parece que te voy a mandar al infierno...

No concluyó de decirlo cuando Lon Mc Fane le había arrojado al suelo, mientras media docena de hombres se interponían para separarlos.

Bettles se incorporó limpiándose la sangre de la boca.

— No conocía este negocio y no vayas a creer que la cosa está terminada. ¿Conseguiste siempre ese 38-35?

Lon asintió con la cabeza.

— Hubieras buscado mejor un calibre parecido... las mías te van a abrir agujeros como avellanas.

— No te temo. Y si quieres, tendré el placer de esperarte. El ojo de agua es un buen lugar.

— No es malo. Estate allí dentro de una hora y no esperarás mucho tiempo.

Los dos se calzaron los guantes y abandonaron el puesto cerrando los oídos a las súplicas de sus compañeros. Era una cosa de nada, pero con semejantes hombres los pequeños asuntos, avivados por temperamentos violentos y naturalezas testarudas, pronto se tornaban grandes cuestiones. Además, los hombres del fuerte Mille, encerrados durante el largo invierno ártico, tenían los estómagos dilatados de sobrealimentación y holgazanería forzada, haciéndose tan irritables como abejas durante la época en que las colmenas se hallan repletas de miel.

No había leyes en el país. La policía montada era todavía cosa del futuro. Cada hombre medía la ofensa y arreglaba el castigo de acuerdo con su resentimiento.

Big Jim Belden convocó a una reunión extraordinaria. Scruff Mackenzie fué nombrado presidente interino y se envió un mensajero para solicitar los buenos oficios del padre Roubeau. Su situación era paradojal. Mientras su ética primitiva reconocía el derecho individual a devolver golpe por golpe, les era duro permitir que dos buenos compañeros como Bettles y Mc Fane fueran a encontrarse en un duelo.

Un ruido de mocasines y fuertes gritos, terminando con un tiro, interrumpió la discusión. Luego las puertas se abrieron y entró Malemute Kid con una Colt humeante en la mano y un brillo alegre en la mirada.

— Lo he matado, Scruff — Devolvió la taza vacía, luego de apurarla de un trago. — Y añadió: — Tu perro...

— ¿El Garra Amarilla? — preguntó Mackenzie.

— No; el orejas cortadas.

— ¡Al demonio! No quiero saber nada de él.

— Sal a ver.

— Está bien, después de todo. Garra Amarilla volvió esta mañana y poco faltó para que me dejase viudo. Se abalanzó sobre Zarinska, pero ella se defendió con una pollera y pudo escapar. El tomó nuevamente la dirección del bosque y espero que no volverá. ¿Tú has perdido alguno?

— Uno, el mejor del grupo, Shookum... Se fué rabioso esta mañana, pero no llegó muy lejos. Lo echaron del grupo de Sitka Charley, persiguiéndolo por la calle. Ahora, dos de éstos ya están rabiosos. El censo de perros será muy escaso en la primavera si no se toma alguna medida.

— Y también el censo de hombres.

— ¿Qué quieres decir? ¿Pasa alguna cosa?

— ¡Oh! Bettles y Lon Mc Fane tuvieron una disputa y estarán en el ojo de agua dentro de pocos minutos para arreglarla.

El incidente le fué referido y Malemute Kid, acostumbrado a una obediencia que nunca le había fallado entre sus compañeros, se encargó del asunto. Su plan fué rápidamente formulado y todos prometieron seguir sus indicaciones.

— Como veis — concluyó — no les privamos del privilegio de batirse... pero cuando vean las perspectivas del cuadro, espero que las ganas se les irán. La vida es un juego y los hombres los jugadores. Ellos arriesgan toda su postura a la única probabilidad entre mil. Quítales esa única probabilidad... y no jugarán.

Volvióse hacia los encargados del puesto.

— Tú, despensero, pesa tres brazas de la mejor soga Manila, de media pulgada. Vamos a establecer un precedente, que regirá sobre los hombres del fuerte Mille hasta el fin de los días — profetizó.

Luego recogió la soga en el brazo y salió seguido por los suyos, alcanzando a los protagonistas en el justo momento.

— ¿Qué derecho tenía para meter a mi mujer en estos asuntos? — tronó Bettles en respuesta a las tentativas apaciguadoras de un amigo. — No necesitaba mezclarla — afirmó definitivamente. — No necesitaba mezclarla — repitió una y otra vez, paseándose de arriba abajo en espera de Lon Mc Fane.

En cuanto a éste, su cara arrojaba llamas, poniendo por el suelo a toda la corte celestial.

— Cuando esté en el infierno, padre — gritó — me envolveré en mis encendidas frazadas con el corazón alegre, recostando mis anchas espaldas en un lecho de brasas. Nunca se dirá que Lon Mc Fane mintió sin que su mano se levantara. ¡Y no he de pedir la bendición! Los años han sido crueles, pero el corazón está siempre en su lugar.

— Pero no es el corazón — le interrumpió el padre Roubeau, — es el orgullo el que te arrastra a asesinar a tu compañero.

— Usted es francés — le replicó Lon. Y luego, volviéndose para alejarse: — ¿Dirá usted una misa si la suerte estuviera en contra mía?

El sacerdote sonrió, poniéndose a andar sobre el blanco lecho del río helado.

Un camino del ancho de un trineo de diez y seis pulgadas conducía hasta el ojo de agua. A los lados se amontonaba la nieve suave y espesa. Los hombres marchaban en una sola fila, sin conversar, y el sacerdote con su negra sotana imprimía al acto un solemne aspecto de funeral.

Era un día tibio de invierno para el fuerte Mille,

de diversos modos.

— Pero, ¿y esa soga? Es nueva, y tu torta seguramente no será tan pesada que necesites arrastrarla con ella.

Bettles se había vuelto. El padre Roubeau, contagiado por la comicidad de la situación, escondía una sonrisa detrás de su mano enguantada.

— No, Lon: esta soga está destinada a un hombre.

Malemute Kid solía ser muy expresivo en ciertas ocasiones.

— ¿Qué hombre? — Bettles también se sintió presa de un interés personal.

— El otro...

— ¿A cuál te refieres?

— Escucha, Lon... y tú también, Bettles! Hemos conversado sobre vuestro pequeño incidente, llegando a una conclusión. Sabemos que no tenemos derecho de impedir el duelo...

— ¡Así es, mi amigo!



—¿QUÉ DERECHO TENÍA PARA METER A MI MUJER EN ESTOS ASUNTOS? — TRONÓ BETTLES EN RESPUESTA A LAS TENTATIVAS APACIGUADORAS DE UN AMIGO.

un día en el cual el cielo lleno de pesadez se aproximaba más a la tierra y el mercurio marcaba el insólito nivel de los veinte grados. Pero no había alegría en el calor. El aire era pobre en las capas inferiores y las nubes flotaban inmóviles, anunciando una próxima nevada.

Llegados al ojo de agua, Bettles, que indudablemente había reconstruído la querella durante el camino silencioso, tuvo una explosión final:

— ¡No necesitaba mezclarla!

Mientras tanto Lon Mc Fane guardaba un silencio agresivo. La indignación le ahogaba de tal modo que no podía hablar.

Sin embargo, ambos hombres se asombraron de la presencia de sus compañeros. Esperaban una oposición, y esta aquiescencia tácita les hería. Aquellos hombres, a los que habían sido tan unidos, salían como en una fiesta, sin una palabra de oposición, para verlos matarse. Experimentaban un vago sentimiento de injusticia.

— Espalda con espalda, David. ¿A cincuenta pasos o el doble?

— Cincuenta — fué la feroz respuesta, gruñida o, más bien, rudamente lanzada.

Pero la soga nueva, colgada como al descuido en el brazo de Malemute Kid, sin ostentación, atrajo el ojo rápido del irlandés.

— ¿Qué vas a hacer con esa soga?

— ¡Date prisa! — contestó Malemute Kid consultando el reloj. — Tengo una torta de levadura en la choza y temo que se eche a perder. Y por otra parte, se me están helando los pies.

Los demás manifestaron también su impaciencia

— Y tampoco lo impediremos. Pero hemos pensado una cosa y la llevaremos a cabo... ¡Que este sea el único duelo en la historia del fuerte Mille! Establecer un precedente para cada individuo que venga del Yukon o salga del fuerte. El hombre que sobreviva en el lance será colgado del árbol más próximo. ¡Ahora, al asunto!

Lon sonrió dudando, luego su cara se iluminó.

— Mide, David, cincuenta pasos, date vuelta y no ceses de tirar hasta que alguno haya caído. Su corazón no les dejará cometer una muerte y por otra parte no se trata sino de una grosera burla yanqui.

Hizo una mueca de malicia, pero Malemute Kid lo paró en seco.

— ¡Lon! ¿Hace tiempo que me conoces?

— ¡Más de un día!

— ¿Y tú, Bettles?

— Cinco años harán en junio próximo.

— ¿Y alguna vez en todo ese tiempo me han visto faltar a mi palabra?

Ambos negaron con un movimiento de cabeza, tratando de comprender el sentido.

— Entonces, ¿qué pensáis de una promesa hecha por mí?

— Que la cumplirás — dijeron a un tiempo los dos.

— ¡Escuchad! Yo, Malemute Kid, os doy mi palabra, y ya sabéis lo que significa, os doy mi palabra de que el hombre que no muera en el duelo, colgará de esta cuerda diez minutos después del último disparo.

Y retrocedió como debió hacerlo Pilatos después

de lavarse las manos.

Se hizo un largo silencio entre los hombres del fuerte Mille. Parecía que las nubes hubieran descendido más aún... Los dos estudiaron la expresión de Malemute Kid, que parecía enigmático como una esfinge. Pero como los minutos pasaban tuvieron la sensación creciente de que les correspondía hablar.

El aullido de un perro-lobo rompió el silencio por el lado del fuerte Mille. Fué un lamento que se dilató con toda la expresión de un corazón herido, hasta morir por fin en un largo sollozo.

Bettles se bajó el cuello de la chaqueta, arrojando alrededor una mirada de desamparo.

— Eres muy astuto, Kid — gritó Lon Mc Fane. — ¡Ni el demonio urdió jamás un lazo parecido... ni blasfemó como yo lo hago!

Se oyeron risas ahogadas y hubo una de guiños rápidos, a causa de la escarcha que hería los párpados. Los hombres escalaban ya la orilla del río cubierta de nieve, partiendo por la calle que conducía al fuerte.

ENTONCES BETTLES, REVOLVER EN MANO, CON SANGRE FRÍA, PUSO FIN AL COMBATE.

Pero el largo aullido se había ido acercando, impregnado ahora de un acento amenazador. Una mujer apareció dando alaridos. Hubo un grito de: «¡ahí viene!» Luego un niño indio a la cabeza de media docena de perros asustados, huyendo de la muerte, se precipitó entre el grupo. Detrás venía Garra Amarilla hecho un erizo, arrojando llamas por los ojos. Todos menos Bettles huyeron. El indiecito tropezó, cayendo, pero aquél logró pescarlo por el borde del traje de piel, dirigiéndose a una pila de troncos ya ocupada por algunos camaradas.

Garra Amarilla, rabioso, trataba de arrojarse sobre uno de los perros. El animal, enloquecido de terror, metióse entre las piernas de Bettles, cruzando la calle como una exhalación. Malemute Kid le lanzó una perdigonada a Garra Amarilla. El perro dió un salto en el aire, cayendo de lomo; luego se enderezó y de un solo impulso cubrió la distancia que le separaba de Bettles.

Pero fué detenido en el salto fatal. Lon Mc Fane, dando un brinco desde la pila de madera, lo contuvo. Rodaron juntos, Lon, amarrándolo por el pescuezo con el brazo estirado, entornando los ojos bajo la baba fétida que le salpicaba la cara. Entonces Bettles, revólver en mano, con sangre fría, puso fin al combate.

— Fué un juego cabal, Kid — observó Lon deteniéndose y sacudiendo la nieve de sus mangas, — con una agradable ventaja a mi favor.

Aquella noche, mientras Lon Mc Fane iba a disculparse a la choza del padre Roubeau, Malemute Kid habló largamente del asunto.

— ¿Pero lo hubieras hecho — indagóle Mackenzie, — suponiendo que se hubieran peleado?

— ¿He faltado jamás a mi palabra?

— No.. pero no es ese el punto. Contesta a mi pregunta. ¿Lo hubieras hecho?

Malemute se enderezó.

— Scruff, desde entonces me he formulado yo mismo esa pregunta, y...

— ¿Y qué?

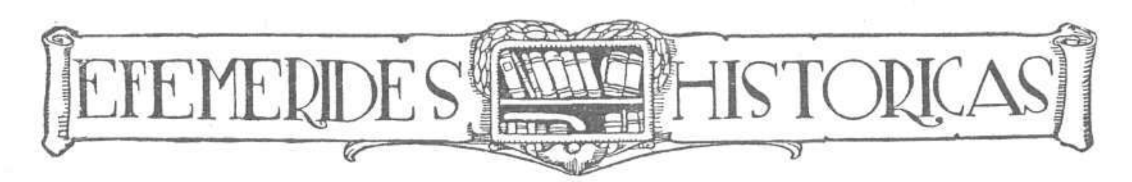
— ¿Qué?... Pues hasta ahora no he sabido contestarme.




No hay nada más encantador en una dama que ostentar un rostro hermoso y sonrosado; para conseguirlo emplee en su toilette el
JABÓN HIGIÉNICO, la CREMA HIGIÉNICA
y el esmeradamente perfumado
POLVO GRASOSO
Brissac.
La marca Brissac es sinónimo de pureza; su preparación perfecta y componentes de primer orden lo acreditan como el mejor entre los mejores.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443-55
Unión Telef. 2045, Belgrano
Representantes en Montevideo
SASSOLI Y ALONSO
Rondeau, 140-42
LOCION "DOUCE VISSION". Perfume moderno de gran persistencia; frasco fantasía con tapón esmerilado. Es el preferido por toda persona de buen gusto.
PEINOLINA. Este producto preparado por la Perfumería Higiénica Brissac no es grasiento ni mancha; da un espléndido brillo al cabello y firmeza al peinado.
Precio de venta
$ 2.50
EL TARRO
Perfumeria Higienica
Brissac
Buenos Aires
Peinolina
Perfumeria Higienica Brissac
Buenos Aires
Polvo Grasoso de Brissac
Parfumerie
Jabon Higiénico de Brissac
Perfumeria Higiénica
Crème Hygiénique
Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro

El nuevo ministro de Obras Públicas, doctor Ignacio S. Toledo, rodeado del personal a su cargo momentos después de la toma de posesión en la Casa de Gobierno. El Ministerio que ocupa el citado personaje es de reciente creación y acaba de inaugurarse bajo su jefatura.


SERRANO.



30 de marzo de 1811. — Belgrano termina su retirada del Paraguay

Batido gloriosamente en Tacuarí por fuerzas muy superiores en número, Belgrano inició una campaña diplomática habilísima en la que resultó vencedor. Las negociaciones con Cabañas son un modelo de propaganda revolucionaria que dió su resultado más tarde.

En su «Historia de Belgrano» dice Mitre:

« Belgrano, dirigiéndose a Cabañas con fecha 13 de marzo, le decía, al anunciar el envío de los medicamentos para curar a los heridos: « Persuádase usted » que me hallaré pronto a corresponder a sus finezas, » y que deseo tener la gloria de que la patria lo cuente » por el autor principal de la unión, de la fraternidad » y de la franca confianza de la noble provincia del » Paraguay, con las demás del Río de la Plata. » El jefe paraguayo le contestaba al día siguiente: « Yo quedo » fijo en que su proceder será mirando a la posteridad, » de manera que nuestros trabajos sean el último sa» crificio que afiancen la paz y la quietud presente y » venidera, pues de lo contrario sería vivir los hombres » en un vivo infierno eterno desde esta vida. » La contestación de Belgrano en momentos en que recibía la noticia del alzamiento de los pueblos de la Banda Oriental refleja el entusiasmo de que se hallaba poseída su alma. « Ya le he dicho a usted que haré cuanta » especie de sacrificios sean necesarios por la paz y » la unión de estas provincias con las demás del Río » de la Plata » le escribía con fecha 15, a la vez que le remitía 58 onzas de oro para socorrer a las viudas y huérfanos, añadiendo: « nada me importaría morir el » día que diese esta gloria a la patria; estoy seguro de » que el cañón, las campanas, el alborozo general de » todos nuestros paisanos, y por último los votos al » Dios de los ejércitos, harían memorable, mientras » existiese nuestra patria, un momento tan digno de » las gracias del cielo y de los elogios de los hombres. » Y dándole noticias de los sucesos de la Banda Oriental, añade: « Mientras usted se preparaba a atacarme, » nuestros hermanos de la Capilla Nueva de Mercedes » han sacudido el yugo de Montevideo; a ellos se han » seguido los del Arroyo de la China, Paysandú y hasta » la Colonia, habiendo tomado en el primer punto cinco » cañones, barriles de pólvora y fusiles; esto puede » probar la falsedad de los seis mil hombres de Elío: » pronto los nuestros se acercarán a las murallas de » aquella plaza, y también verá el Paraguay la falsedad » de que los montevideanos iban a destruir la capital: » la capital es invencible y sujetará con las demás » provincias inclusa la del Paraguay, como yo lo espero, » a todos los infames autores de la pérdida de nuestra » tranquilidad. »

El jefe paraguayo, a quien Belgrano había inoculado la pasión de la paz, le contestaba a su vez con fecha 17: « Dios quiera fortalecerlo, y que tenga la gracia » de ser el espíritu de nuestra conservación pacífica », y refiriéndose a las noticias de la Banda Oriental le decía con tanta moderación como delicadeza: « sobre » lo que me dice de los sucesos de las fronteras de » Montevideo, y de la fuerza de la capital, y que sub» yugará todas las provincias incluso la del Paraguay, » veo un no sé qué de amenaza que no quiero oir, y » yo no lo quiero para eso: ni para eso lo quiero pre» servar, sino para mucho bien. » Una franca satisfacción sofocaba la blanda queja del jefe paraguayo, y Belgrano, al mismo tiempo que decía que no sabía cómo explicarse el cariño mezclado de respeto que Cabañas le profesaba, escribía a la Junta dándole cuenta de la negociación, y al hablar de este incidente se expresaba así: « Le he contestado inmediatamente » para desengañarle del error en que estaba, que ame» nazaba a la provincia. Este hombre angelical y » digno de la estimación de la patria está empeñado » en concluir la guerra civil y hace los mayores esfuerzos » para conseguir sus justos intentos. Dios seguramente » se vale de medios muy extraordinarios para darnos » siempre glorias y triunfos en la causa sagrada que » defendemos! »

Así es como estos dos hombres, que ocho días antes se hacían cruda guerra y se amenazaban mutuamente con pasarse a cuchillo, fraternizaban animados por sentimientos elevados de humanidad y patriotismo, preparando por medios pacíficos el triunfo de la revolución allí donde la revolución había sido rechazada por la fuerza de las armas.

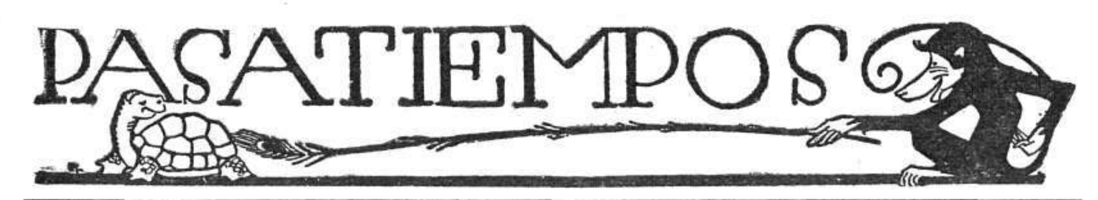
Sabedor Velazco de todo lo que pasaba en el campamento paraguayo, se apresuró a presentarse en él para contener con su presencia los progresos de la revolución, neutralizando la influencia poderosa de Belgrano. Pero ya era tarde: las ideas revolucionarias se habían identificado con los hombres, y Belgrano, el derrotado en Paraguary, el capitulado en Tacuary, tenía en el Paraguay más poder moral que su gobernador, y podía decir con propiedad: «venció, vencida Roma ».

Al dar cuenta Belgrano de esta situación, decía a la Junta con fecha 15: — « La amistad va echando » raíces, que procuro cultivar. Según me dice Aldao, » Cabañas está esperando que Velazco y los suyos » reprueben la conducta que ha tenido: otro tanto » me ha asegurado uno de los Yegros que está con» migo; pero están resueltos a abandonar su partido » si así sucediese. » — Con fecha del día anterior había escrito: — « V. E. ve que ya está injertada » nuestra causa en el Paraguay, y bien; por consi» guiente ella va a fecundizarse, y quitándome yo de la » vista, hoy punto común a que se dirigen, la volverán » a su interior, y espero en adelante que sea obra de » nuestros paisanos los paraguayos presentar a V. E. » el fruto de nuestros inmensos trabajos.

....

Como campaña militar, la expedición del Paraguay merece la censura de los hombres de guerra por los errores que en ella cometió el general que la dirigió; pero esos errores fueron tributos pagados a la inexperiencia, y dados los elementos con que la realizó, no puede asegurarse que ella habría dado un resultado distinto, si hubiese sido conducida de otro modo. Por lo demás, él supo reparar esos errores con sus inspiraciones atrevidas en el campo de batalla, salvando el ejército a la manera de Xenofonte en dos trances desesperados. Por eso, como empresa heroica que hace conocer el temple de su alma y la constancia del general, será una página honrosa en los fastos militares de la República Argentina, que la posteridad leerá con respeto, porque nunca con tan mezquinos elementos se hizo más.

Como empresa política, la expedición dió en parte los resultados que la Junta se propuso al decretarla, puesto que el ejército dejó preparada la revolución que debía sustraer más tarde el Paraguay a la dominación española, arrebatando un aliado poderoso a la reacción de Montevideo, y quitándose de encima una atención que habría paralizado sus operaciones sobre la Banda Oriental. Los copiosos documentos de que nos hemos valido para escribir esta página casi ignorada de la vida de Belgrano prueban que él fué el verdadero autor de la revolución del Paraguay, y que a su firmeza como soldado y a su habilidad como diplomático, ya que no a su pericia como general, fueron debidos exclusivamente los felices resultados políticos que dió esta desastrosa campaña. Por esto dice con mucha verdad uno de los autores principales de la revolución del Paraguay, que « la única verdadera e » inmediata causa que influyó en ella fué la inocula» ción que los paraguayos recibieron en Tacuary. »



Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Comprimido, por «Sombra» (ciudad)




N.º 2

Intercalación, por «Rino» (fuera de concurso). (Río Santiago)



N.º 3

Metátesis en enigma, por Héctor F. Viglione (Mendoza)

Una estampa, con retrato,
que te hará pensar un rato.

N.º 4

Comprimido, por «Sombra» (ciudad)



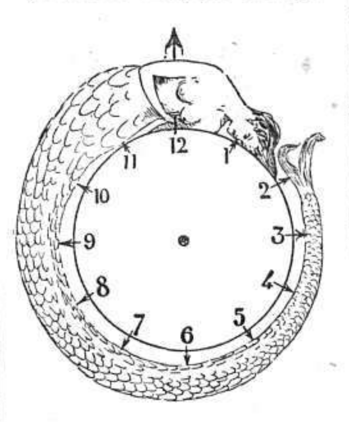
N.º 5

Metátesis en enigma, por Héctor F. Viglione (fuera de concurso). (Mendoza)

Un libro de geografía
una ciudad describía.

N.º 6

Inscripción antigua interpretativa, por «Rino» (fuera de concurso). (Río Santiago)



N.º 7

Metátesis en enigma, por Héctor F. Viglione (Mendoza)

Una dama, el otro día,
orgullosa los lucía.

N.º 8

Frase interpretativa, por Víctor Pedro Volpe (ciudad)



N.º 9

Comprimido, por Víctor Pedro Volpe (ciudad)



N.º 10

Frase comprimida, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



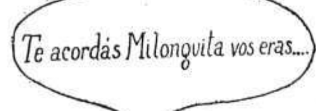
N.º 11

Jeroglífico comprimido, por Héctor F. Viglione (Mendoza)

MICA

N.º 12

Frase comprimida, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



Nota. — En las metátesis en enigma cada renglón se refiere a una de las dos partes del juego.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

MARZO DE 1923

CUPON N.º 1277.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

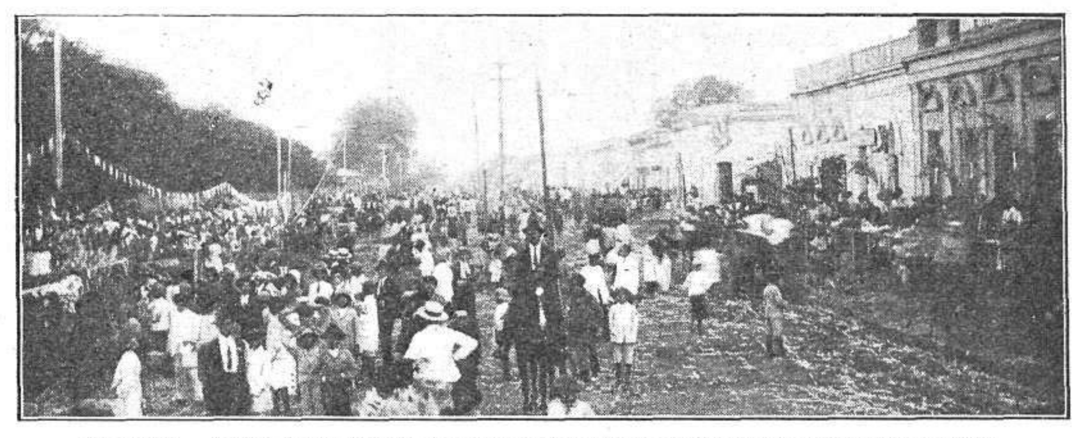
Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Tenemos preparadas otras sorpresas para los números próximos.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

Niños que fueron obsequiados por la comisión municipal por los hermosos disfraces que lucieron durante las fiestas de Carnaval.





LA BANDA. — Aspecto general del corso en el último día de Carnaval, celebrado con extraordinario entusiasmo.

DE LA VIDA DE RUTH ROLAND

Como las artistas cinematográficas interesan cada día más al público, vale la pena copiar lo que sobre Ruth Roland dice el periódico «Lecturas». «Ruth Roland nació en San Francisco de California. De familia modesta, sus padres pensaban emplearla en alguna oficina para que aprendiese la mecanografía. Pero Ruth, que a los quince años ya soñaba con ser artista de circo, dijo a sus padres que quería marchar a Nueva York, donde había más porvenir y cobraría más sueldo. Muchas lágrimas causó en la familia la proposición de la muchacha. Tres meses tardaron sus padres en darle el consentimiento. A los dos días de su llegada a Nueva York, la joven estaba empleada en un despacho y a la semana siguiente se matriculó en un gimnasio. Pocos meses le bastaron para ponerse en condiciones de presentarse ante un público, y en el gimnasio los profesores se maravillaban de sus progresos. Ruth iba por la noche al gimnasio, al salir del despacho. Del gimnasio pasó al cine. De la compañía Kalem pasó a la Pathé, donde quedó consagrada como «estrella». Las películas del género emocionante que ha hecho son «La huella del tigre», «Las aventuras de Ruth» y «El Pacto de los tres». En esta última Ruth tuvo que habérselas con un tigre, del cual recibió un zarpazo. Pathé había hecho colocar unas redes eléctricas para evitar alguna «caricia» demasiado espontánea del animal, pero los servidores de la máquina eléctrica se distrajeron, y de pronto vieron a la muchacha derribada en el suelo y ensangrentada.

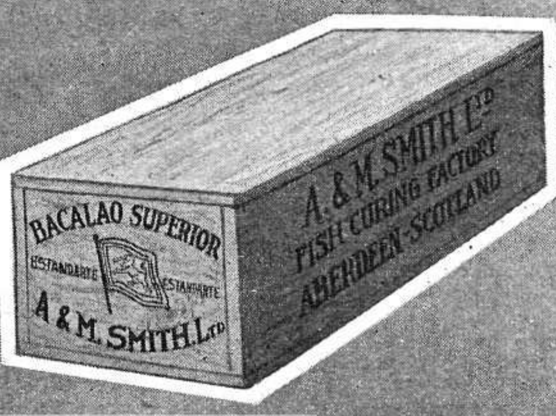


3
GRANDES CASAS DE
3
GRANDES NACIONES
PRODUCEN ESTAS
3
GRANDES MARCAS QUE CON SUS INMEJORABLES PRODUCTOS CONTRIBUYEN A LA PREPARACION DE EXCELENTES PLATOS DE VIGILIA.

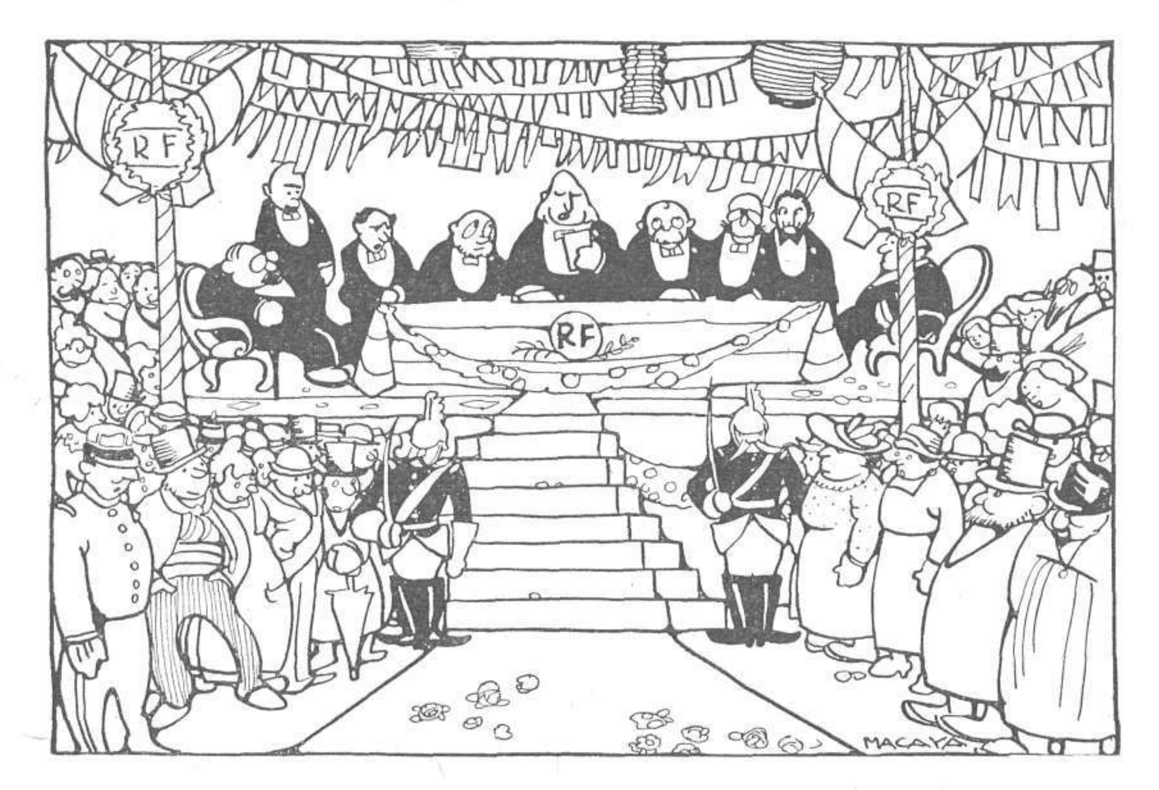
"BOCCANEGRA"
Aceite puro de oliva.



"MASSÓ"
Conservas de pescado.



"ESTANDARTE"
Bacalao de Escocia.



SEGUN HERODOTO...

— He leído Herodoto, afirmó Saytifair abriendo la sesión del concejo municipal.

A lo que el segundo alcalde, no queriendo quedarse atrás, declaró que él en cambio se había complacido en leer a Paul de Kock, y uno de los concejales, hombre de campo, contó que su señora no había saltado una coma en toda la obra de Ponson du Terrail.

La fortuna del señor Saytifair había sido conseguida de una manera milagrosa inventando las correas para las ventanillas de los vagones, fabricadas en un tejido tan feo y retorcido que los soldados no las cortaban ya para hacerse cinturones, como con las correas de cuero acontecía. Retirado de los negocios, al terminar la guerra, había adquirido una hermosa propiedad en el pueblecito del cual debía ser nombrado alcalde seis meses después y desde entonces ocupaba todas sus horas en leer, sin orden, cuanto había encontrado en la biblioteca del municipio.

Habiendo mirado a sus interruptores con ojos desdeñosos, añadió:

— Yo he leído a Herodoto.

Y el tono en que lo dijo fué tan decisivo que se hubiera dicho que los nombres de Paul de Kock y de Ponson du Terrail, escritos en un pizarrón, acababan de ser abolidos para siempre por una esponja bien empapada.

El señor Saytifair, prosiguió:

— He notado que muchas muchachas de nuestro pueblo y de las aldeas vecinas no llegan a encontrar marido. ¿Quién tiene la culpa?... No lo sé... Pero hay un medio para arreglar todo esto. Oigan a Herodoto: «En Babilonia, dice, se vendían todos los años las muchachas comenzando por las más bellas. El dinero iba a parar a una caja municipal».

— ¡Maravilloso! — vociferó el segundo alcalde,— que había recibido del cielo una voz estridente. Con esa plata podríamos hacer una procesión de antorchas en la noche del 14 de Julio.

— No es cuestión de 14 de Julio — respondió el señor Saytifair.—El dinero iba, pues, a una caja común. Pero cuando llegaba el lote de las feas, por las que nadie ofrecía un centésimo, el juego se invertía. Eran ellas las que compraban su marido. Lo que se había pagado por las bellas, les servía de dote.

— ¡He comprendido! — gritó el segundo alcalde. (Bastó que pasaran diez segundos para hacer saber al concejo municipal que no había comprendido ni un comino, lo que era cosa habitual y a la que sus colegas no asignaban importancia alguna).

El señor Saytifair prosiguió:

— He hecho una lista de las jóvenes y viejas señoritas de la comuna. Son catorce. Una muy linda de diez y ocho años: la pequeña Juanita. Tres pasables, de veinte y veintiún años; cuatro aceptables entre veinticuatro y treinta; seis de edad escalonada hasta los cuarenta y que desde largo tiempo atrás sufren de verse desdeñadas. Es esta la ocasión única de ofrecerles un marido. Con lo que producirá la subasta de Juanita podremos dotar a seis feas. Desde mañana me pondré al habla con los padres. Es una novedad y espero que será un éxito. ¡La gente vendrá de Valencia y de Montelimar!

— Haremos enormes carteles — interrumpió el segundo alcalde. — Pondremos el nombre de las feas en letras grandes con la cotización probable, como he visto un día en las carreras...

El señor Saytifair alzó las espaldas.

— ¡Lo que habría que hacer para humillar a esas pobres muchachas lo ha ideado, talentosamente, el segundo alcalde! Las muchachas casaderas me escribirán ellas mismas en qué categoría quieren figurar, si entre las lindas o entre las feas... Y

como nosotros somos excelentes republicanos estipularemos de antemano que cada cual pueda rechazar o aceptar a su comprador.

El señor Saytifair era un organizador, y la fiesta que tenía su imprevisto dentro del programa contó con la presencia de los bomberos en traje de parada y con la llegada de un orfeón venido especialmente de Orange.

Las cosechas excelentes habían dado al país un buen humor a propósito. De las aldeas vecinas un centenar de solteros habían acudido ya atraídos por las dotes posibles, y los otros, viejos y hombres que no tenían nada que ver con el Apolo del Belvedere, por la posibilidad de obtener, gracias a sus billetes de banco, una muchacha bien plantada, fresca y apetitosa. Eran más de treinta los chacareros que esperaban ser esa noche los novios felices de la bella Juanita.

Detrás de la mesa de honor, frente de la municipalidad, el señor Saytifair habíase sentado rodeado del concejo municipal. Tenía catorce sobres que serían abiertos después de oirse la Marsellesa. El segundo alcalde había dividido una gran página de papel en dos partes como una hoja de contabilidad. El *debe* y el *haber* estaban enlazados a dos palabras caligrafiadas con esmero: «bonitas» y «feas». La muchedumbre apretábase en semicírculo y era contenida por los bomberos. Las ventanas sobre la plaza rebosaban. Posiblemente las grandes ofertas vendrían de ahí.

— Nada de susceptibilidades — decía el alcalde.— Las muchachas poco favorecidas por la naturaleza se habrán ellas mismas catalogado en la categoría que les conviene.

Una señal del alcalde echó al cielo azucarado de esa tarde un himno nacional de alegría, de gratitud y de esperanza. A la derecha, las casaderas, sonreían. Las más feas se habían colocado en primera línea, previlegio de la edad, posiblemente.

— Abro los sobres — anunció el señor Saytifair.

Y leyó:

— Euterpe Castibon: «Yo deseo estar, naturalmente, del lado de las muchachas bonitas».

— ¡Qué cohete es éste! — exclamó el segundo alcalde. ¡Es la más horrible de todas!...

— ¡Es cierto, la más horrible!... Continuemos.

Y fueron otras doce decepciones.

— ¡Todas quieren ser consideradas en la categoría de las previlegiadas... ¿Qué vamos a hacer?

Sólo quedaba un sobre por abrir.

— La pequeña Juanita... ¿Qué nos dirá ésta?

Rompióse el papel.

— ¡Está loca!... La hermosa Juanita, pide ser considerada entre las feas. Encuentra justo que se le adquiera sin dote.

La fiesta habíase ahogado e iba a desaparecer entre el ridículo. Si se anunciaba el lote de novias a ser adquiridas por hermosos y sonantes escudos, aquello iba a ser una carcajada mayúscula que se oiría desde el Saona al Gard.

Con una voz, que no se podía indagar el origen, si salía de su garganta o de su estómago, el alcalde anunció:

— Por motivos de política interior el gobierno me pide remita para otro día la ceremonia que iba a realizarse.

Varios silbidos se oyeron. Las pasiones siempre despiertas bajo los sombreros y las cofias se desencadenaron. Los ministros fueron insultados. La tropa cargó a bayoneta calada. Un serio tumulto explotó. Los menos belicosos recularon hacia sus pueblos respectivos. Los despachos de bebidas perdieron una oportunidad más de enriquecerse y la personalidad de Saytifair se presentó seria y definitivamente amenguada.

El concejo se había retirado dignísimo al salón de actos públicos de la municipalidad con las catorce señoritas.

Ultrajado, herido en lo más íntimo de su amor propio, el señor Saytifair quiso, cuando menos, interrogar a la Juanita. Y la llevó a su escritorio.

— ¡Estás loca, hijita mía! — exclamó. — ¿No sabes que sois la más linda y que obtendríais, vos sola, el gran éxito de esta fiesta? ¿Qué diablo ha podido hacerte desvariar a tal punto?

A lo que la linda Juanita respondió:

— Voy a explicárselo, señor alcalde... Yo no soy del todo mal... Pero a mí me gusta Roberto... Hace tres años que lo quiero... Y como no tiene dinero bastante para exponerlo en un remate, me pareció que debía, naturalmente, salvarme de todos los imbéciles que querrían adquirirme y darle así a mi novio una dote y mi amor...

— ¡Mi Dios! ¿Quién comprenderá jamás al corazón de las mujeres? — exclamó el señor Saytifair.

Y ocho días más tarde abandonaba para siempre las insignias de alcalde en manos de aquel que sólo había leído a Paul de Kock.



EDUARD DE KEYSER

DIBUJOS DE MACAYA

Enlaces



Señorita Ernestita Josefina Etchart con el señor Manuel Vázquez Alvarez. — Capital.



Señorita María Gallo con el señor Antonio Zaccaro. — Capital.



Señorita Paula F. Altuna con el señor Vicente Gandolfo. — Navarro.



Señorita Elisa Petrina con el señor Raúl Bernard. — Rosario.





Manjares

exquisitamente sabrosos

VERDADEROS manjares, sabrosos y nutritivos, resultan las comidas cuando las grasas con que se preparan son de manteca en rama extraída de la mejor parte del animal, bien derretidas y puras, como las insuperables



Grasa de Vaca
OLEO MARGARINA
y Grasa de Cerdo pura
Marca ESCUDO

Ellas reemplazan con ventaja al mejor aceite. Los asados, guisos, frituras, pasteles, etc. adquieren con estas grasas un sabor delicioso y delicado. A pesar de su alta CALIDAD garantizada son muy económicas.

SI USTED LAS PRUEBA UNA VEZ
LAS ADOPTARA PARA SIEMPRE

En venta en todos los buenos Almacenes.



FRIGORÍFICO ARMOUR
DE LA PLATA S.A.

Sección Ventas:
INGENIERO HUERGO
esq. HUMBERTO I.





FORRAJERAS DE INVIERNO

La escasez de pasto para los animales de trabajo y para las vacas lecheras es el problema que tienen por delante todos los años, al aproximarse el invierno, los tamberos y chacareros; y este es el momento justamente de pensar en ello y de procurar su solución preventiva.

La alfalfa, esta reina de las forrajeras, es indudablemente la base del pastoreo para una gran parte del año, durante siete u ocho meses por lo menos; pero esta leguminosa, durante el invierno, descansa, no produce, salvo en zonas y con estación muy templada y lluviosa.

El invierno es, pues, la estación más difícil para el tambero y chacarero, aunque para conjurar esta carestía de pasto tiene a su alcance varios y diversos recursos, y entre ellos la formación de praderas artificiales temporáneas de cebada, avena o centeno; la reserva de alfalfa seca, emparvada, y los silos de maíz.

Hasta hace pocos años el pasto preferido para invierno era la cebada; pero ahora lo es la avena, cuya producción forrajera, dada la amplitud y abundancia de su follaje, es más abundante, más nutritiva quizás, y permite, retirando la hacienda a tiempo oportuno, efectuar una media cosecha de grano, si la estación ayuda con algunas lluvias suficientes y oportunas.

Para el agricultor que tiene medios y elementos, la cosecha de este grano no le ofrece mayores dificultades; no así para el tambero, al cual sería difícil ocuparse de su cosecha y trilla; pero aun así puede cortarse cuando ha empezado a florecer, estando las espigas verdes todavía; una vez secada y emparvada la paja de avena así cosechada, constituye un forraje muy bueno para el invierno, porque con sus granos, aunque no maduros y bien formados, resulta un alimento muy nutritivo.

Otro cereal que es muy bueno para pastoreo y más nutritivo que los anteriores es el centeno, pero aunque tiene esta ventaja y la de adaptarse a las tierras más pobres y deficientes, resulta más costosa su siembra, pues su semilla vale más que la cebada y avena; sin embargo, algunos sostienen que el centeno engorda más y más pronto la hacienda que los otros cereales.

Para tener un campo de pastoreo mixto y permanente de leguminosas y gramíneas no hay mejor que la alfalfa con cebadilla; la alfalfa produce desde la primavera hasta el otoño avanzado y la cebadilla criolla, o mejor la australiana, produce forraje excelente durante el invierno, hasta la primavera, sobre todo si no hay fuertes heladas; dejándola semillar, el pastizal se renueva solo, sin necesidad de repetir la siembra.

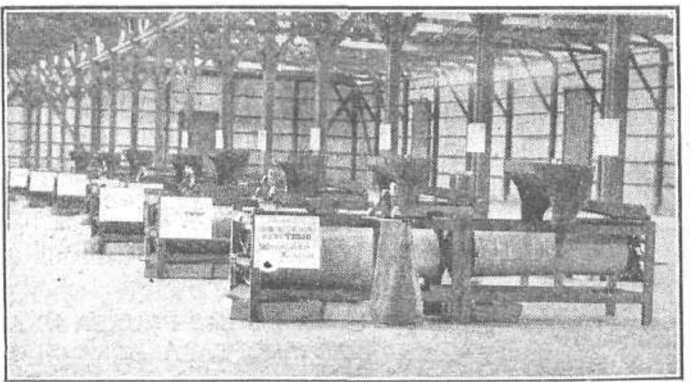
Estas diversas forrajeras proporcionan todas una buena producción para pastoreo, pero el tambero o el chacarero previsor e inteligente, por lo que pudiera suceder, debe disponer también de forrajes de reserva; y para esto unas cuantas parvas de alfalfa seca no deberían faltar nunca en un tambo o una chacra bien organizada; por mal que vaya el invierno, con alfalfa emparvada para dar una ración supletoria a las vacas a corral, la situación queda salvada, y para ello basta un pequeño potrero que puede dejarse únicamente para corte y emparve.

Y para completar la obra de previsión y de provisión barata, tenemos el ensilaje de maíz, cuya práctica debería difundirse más y más, ya que sus ventajas están evidenciadas y probadas en todas partes de la campaña argentina.

LAS OCHO HERMANAS

Traídas de allende los mares, fueron aquí entregadas, en solemne ceremonia, a los sacerdotes del nuevo verbo, y bajo su custodia salieron con distintos rumbos en misión redentora para demostrar a la rústica gente de tierra adentro el secreto de su organización perfecta, el misterioso poderío de su fuerza y, con lentas y continuadas vueltas, preparar la simiente selecta de opulentas mieses.

Aseguran los augures que la victoria les está descontada de antemano y que dentro de algunos meses volverán polvorosas, pero triunfantes, trayendo pruebas auténticas de su laboriosa excursión civilizadora y que, con éstas, serán exhibidas, con ritual pomposo y adecuado, a la pública admiración de los habitantes de la urbe metropolitana.


Las ocho clasificadoras de trigo prontas para salir a campaña.

Las ocho son gemelas, hijas de la misma madre todas, de un parecido sin igual y llevan el mismo nombre. En verdad hace largas décadas que venimos bregando por la clasificación mecánica de la semilla, como medio para aumentar y mejorar de inmediato la producción de cereales, y del trigo especialmente; y en nuestras excursiones dominicales de conferencias agrícolas, en el tren-escuela que en las líneas del Ferrocarril Oeste hemos creado, llevábamos siempre un pequeño modelo de estas clasificadoras, cuyo uso no es desconocido en las zonas cerealeras del país.

Pero ahora una poderosa institución bancaria extranjera, el Banco Español del Río de la Plata, ha donado al Ministerio de Agricultura de la Nación ocho de estas máquinas clasificadoras de trigo, las que, a cargo de otros tantos agrónomos regionales de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y de la Pampa, serán conducidas de estación en estación y puestas al servicio gratuito de los agricultores que quieran limpiar y clasificar una cierta cantidad de su semilla, y sembrada ésta en la misma chacra en que se siembra la común y usual podrán, por su propia experiencia, comprobar los resultados beneficiosos del empleo de estas máquinas.

Es indudable que el mejoramiento de la semilla por medio de la selección y de la hibridación, que también se proyecta, ha de traer inmensos beneficios para la agricultura argentina; pero sus resultados han de tardar unos años en comprobarse prácticamente, mientras que la selección mecánica, por medio de estas máquinas clasificadoras, que eligen el grano más grueso y mejor formado, determina un aumento en los rendimientos, una mejora en la calidad del producto en la cosecha inmediata a la siembra del grano seleccionado. Y en cuanto a su costo podríamos asegurar que un chacarero que siembra cien hectáreas de trigo, con el mayor rendimiento obtenido con su empleo puede pagar tres, cuatro y más veces lo que vale. Es por esto que aplaudimos sin reservas la iniciativa del Banco Español y la acertada e inmediata aplicación que el señor ministro de Agricultura ha dado a las máquinas para su mejor utilización.

HUGO MIATELLO

ING. AGRÓN.

Cuando en vez de jugar los chicos se desperezan

y se arrinconan aburridos, es conveniente fijarse en la marcha de las funciones intestinales. Los granos, forúnculos, eczemas y demás erupciones que acompañan ese decaimiento y ese decaimiento mismo, se curan con

Levadura de Frutas Gibson

Un laxante curativo de células vivas de levadura de frutas frescas de la estación, de riquísimo sabor.

Pídanos la detallada literatura exprofeso que distribuímos.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168, DEFENSA 192 — Unica Sucursal: Florida, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida



El doctor Federico Cantoni, su compañero de fórmula el señor Juan Estella, su defensor el doctor Juan de Dios Flores y Elio Cantoni con algunos de los presos políticos en la alcaidía de la cárcel, después de quedar en libertad.

EL MENDIGO DE ALMAS

por

JUAN PAPINI

No recuerdo a punto fijo quién me refirió lo que sigue:

—Había gastado, en las primeras horas de la noche, los últimos cinco sueldos que me quedaban, en café, sin que la taza habitual me prestase aquella inspiración que perseguía, y de la que tenía necesidad apremiante. En aquellos tiempos padecía hambre; hambre de pan y de gloria, y ningún padre o hermano estaba en el mundo para mí. El director de una revista — un director pálido y taciturno — aceptaba mis narraciones cuando no tenía cosa mejor que publicar, y me daba de vez en cuando cincuenta liras, ni más ni menos, fuera mayor o menor la longitud o la bondad de lo que llevaba. En aquella noche de enero el ambiente estaba cargado de aire y de campanas; de viento nervioso y gruñidor de campanas horriblemente monótonas. Había entrado en el inmenso café, repleto de luz blanca y caras soñolientas, y había saboreado con deleite mi taza de café, esforzándome por grabar en la mollera alguna metáfora borrosa de extrañas aventuras, obstinándome en martillear mi fantasía para que pariese alguna bonita historia que me alimentese durante algunos días. Tenía absoluta precisión, aquella misma noche, de escribir un cuento, para ir a la mañana siguiente a casa del pálido director, que seguramente me anticiparía lo bastante para comer hasta la saciedad. Me encontraba dolorosamente atado a la madeja de mis pensamientos, pronto a lanzarme sobre la primera idea, sobre la primera visión que se prestase a llenarme el haz de blancas cuartillas, ya numeradas, que tenía delante de mis ojos. De esta suerte pasaron cuatro horas y pico en inútil y amarga expectación. Mi espíritu estaba vacío, tarda la mollera, fatigada la fantasía. Renuncié al cuento, dejé caer sobre la mesa mis cinco sueldos y salí del café. En la calle se apoderó súbitamente de mi pensamiento una frase. Una frase que, por cierto, había oído repetir varias veces y de la cual ignoraba la procedencia. La frase era ésta: «Si un hombre vulgar cualquiera sabe narrar su propia vida, escribirá una de las novelas más interesantes que han de leerse». Durante diez minutos esa frase me llenó y me dominó la mente, sin que me sintiera capaz de sacar deducción alguna de ella. Y ya me dirigía a casa cuando me detuve de repente y me pregunté:

—¿Por qué no hacer esto mismo? ¿Por qué no contar la vida de un hombre cualquiera, de cualquier hombre verdadero, del primer hombre común que se me ponga a tiro? Yo no soy un hombre común; además, me he referido a mí mismo tantas veces, me he explotado tanto en mis relatos, que ya no sabría decir cosa de enjundia. Necesito encontrar ahora mismo, de pronto, un hombre cualquiera, que no conozca, que no trate, un hombre ordinario, y tengo que darme maña para obligarle a que me cuente lo que hace.

¡Tengo absoluta precisión esta noche de una vida humana! ¡No quiero pedir a nadie limosna en dinero contante y sonante, pero exigiré con la fuerza una limosna en biografía! No extenderé la mano, pero aguzaré el oído, y con la historia de una vida ajena prolongaré mi propia vida.

El proyecto era tan singular y primitivo que decidí realizarlo a continuación. Volví las espaldas a mi casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde, en aquella hora tan avanzada, encontraría seguramente hombres.

De esta laya, nuevo y extraño mendigo, fuí en busca de la víctima que yo trataba de penetrar hasta lo más recóndito de su alma. Anduve rápidamente, mirando con cuidado, encarándome con los transeuntes, procurando topar con aquel que debía saciar toda mi hambre. Como un ladrón nocturno o un timador vulgar, amigo de violentar su víctima, me puse en acecho en una esquina, aguardando el paso del hombre cualquiera, del hombre común de que implorar la limosna de una confesión. El primero que pasó bajo el faroluco iba solo, y me pareció de edad dudosa. No quise detenerlo porque se me antojó que su rostro, donde se dibujaban arrugas intensas, era demasiado interesante, y yo quería hacer la prueba en las condiciones menos favorables. Pasó también un jovenzuelo embozado en su capa, pero sus cabellos revueltos y sus ojos de comedor de haschiche me contuvieron: adiviné en él un soñador, un poeta, un alma no todo lo ordinaria y plebeya que yo necesitaba. Pasó también otro más, viejo y completamente imberbe, que canturreaba, con aire de queja, un motivo popular español, que le recordaba una vida llena de sol y de amor, una vida dorada, báquica, meridional. Tampoco me interesaba lo bastante, y le dejé tranquilo en su camino.

Apenas puedo recordar al detalle la rabia que se apoderó de mí en aquellos instantes. Imaginaos a este singular bandido y harapiento, lleno de hambre, excitado, que espera en una encrucijada a un hombre que no conoce, que desea oir una vida que no sabe, que arde de impaciencia por arrojarse sobre una presa desconocida.

Y por un absurdo y desdeñoso caso, los hombres que pasan no son los que busca, porque llevan en su rostro las huellas de su distinción y de su vida no común. ¡Cuánto hubiera dado por tener delante de mí uno de esos innumerables filisteos, de caritas rosadas y tranquilas como las de los garrapos, que me habían asqueado y divertido tantas veces!

Pero yo era cachazudo y pachorroso en aquellos tiempos, y aguardé bajo el farol que, poco a poco, se apagaba o se encendía, según los vaivenes del viento. Las calles estaban desiertas a aquella hora, y el viento había barrido los noctámbulos. Unicamente algunas sombras rápidas animaban la ciudad. Una de estas sombras pasó al cabo bajo el farol donde esperaba, y vi que me interesaba.

Se trataba de un hombre ni viejo ni joven, ni bello ni desagradable, con los ojos serenos, bigote muy rizado y cubierto de un pesado gabán en buen estado.

Apenas me adelantó algunos pasos cuando me acerqué a él y le detuve. El hombre retrocedió de miedo y alzó un brazo en actitud de defenderse. Pero en seguida lo calmé.

—No temáis nada— le dije con la más dulce voz:

— no soy ni ladrón, ni asesino, ni siquiera mendigo. Digo, mendigo, verdaderamente mendigo, sí lo soy, señor, pero no uno de esos mendigos que piden dinero. Quiero pediros una cosa que, realmente, nada os cuesta concedérmela: el relato de vuestra vida.

Mi hombre abrió desmesuradamente los ojos, y nuevamente retrocedió. Pensé que me creía loco, y continué con la calma más envidiable:

— No soy lo que pensáis, señor; no soy un loco. Soy algo por el estilo, es decir, escritor. Tengo que escribir para mañana un cuento. Este cuento me quitará el hambre. Y deseo que me digáis quién sois y cuál ha sido vuestra vida hasta aquí, para que pueda hacer de todo eso el argumento de mi narración. Tengo absoluta necesidad de vos, de vuestra confesión, de vuestra vida. No me neguéis esta merced, no regateéis esta ayuda a un miserable. Sois lo que busco, y con la materia que me deis escribiré seguramente mi obra maestra.

En aquel instante mi hombre pareció conmoverse. Y ya no me miraba con terror sino más bien con piedad.

— Si verdaderamente mi vida os es de una necesidad absoluta, no he de poner ningún empeño en ocultárosla, si bien debo advertiros que es de una perfecta simplicidad. Nací hace treinta y cinco años, de padres acomodados, honestos y de buenas costumbres. Mi padre era empleado y mi madre poseía una modesta renta. Fuí hijo único y estuve durante seis años en la escuela. A los once años me dieron el certificado de primeras letras, sin saber demasiado ni demasiado poco. A los once años entré en el Gimnasio; a los diez y seis, en el Liceo; a los diez y nueve, en la Universidad graduándome, por último, a los veinticuatro años, sin dar pruebas de una brillante inteligencia, verdad es, pero tampoco de una estupidez irremediable. Cuando me graduaron, mi padre me procuró un empleo en ferrocarriles y me presentó la novia. Mi empleo me ocupa ocho horas al día, pero apenas si requiere otra cosa que un poco de memoria y otro poco de paciencia. Cada seis años mi retribución aumenta, automáticamente, en doscientas liras. Sé perfectamente que a mis sesenta y cuatro años cobraré 3.453 liras con 65 céntimos. Me convenía la novia, y me casé con ella al año justo. No han existido jamás entre nosotros sentimentalismo inútiles. La visitaba tres días a la semana, y dos veces al año — por su santo y en Navidad — le hacía dos regalos y le daba dos besos. Me ha dado dos hijos: un macho y una hembra. El macho tiene doce años, y será ingeniero; la hembra nueve, y será maestra. Vivo tranquilo, sin sobresaltos ni ambiciones. Me levanto todas las mañanas a las ocho, y a las nueve de la noche entro en un café, donde hablo de la lluvia y de la nieve, de la guerra y del ministerio con cuatro colegas del oficio. Y ahora que os he dado gusto, dejadme tranquilo, porque ya han pasado diez minutos de la hora habitual en que suelo recogerme todas las noches.

Y diciendo esto con admirable sangre fría, el hombre se puso en camino. Permanecí durante un minuto como petrificado de terror. Aquella vida monótona, común, regular, prevista, medida, vacía, me inspiró una tristeza tan aguda, un temor tan intenso, que estuve tentado de llorar y de huir.

Pero permanecí quieto, sin moverme, una vez más.

— He aquí — me decía — el famoso hombre normal y común, en nombre del cual los médicos nos desprecian y nos condenan como anormales y degenerados. He aquí el hombre modelo, el hombre tipo, el verdadero héroe de nuestros días, la rueda insignificante de la gran maquinaria, la piedrecilla del empedrado, el hombre que no se nutre de sueños malsanos y de locas fantasías. Yo creía este hombre imposible, inexistente, imaginario, y, sin embargo, aquí lo tengo, delante de mis ojos, medroso y terrible en la inconsciencia de su felicidad incolora.

Pero mi hombre no aguardó el fin de mis cavilaciones, y comenzó a caminar.

Sobrecogido aún, pero firme en mi obstinación, fuí detrás de él y le pregunté:

— Pero, de veras, ¿no hay más en vuestra vida? ¿No os ha sucedido nunca nada? ¿Nadie ha tratado mataros? ¿No os ha engañado vuestra mujer? ¿No os han perseguido vuestros jefes?

— Nada de eso me ha sucedido — me respondió con una cortesía demasiado forzada, — nada de eso de que me habláis. Mi vida se ha deslizado apacible, igual, regular, sin grandes alegrías, sin grandes dolores, sin aventuras...

— Pero, ¿ninguna aventura, señor — interrumpí, — absolutamente ninguna? Procurad ser fiel al recuerdo, escarbad en vuestra memoria. Me resisto a creeros que nunca os haya sucedido algo, siquiera una sola vez. ¿Vuestra vida será, ciertamente, horrible?

— Torno a aseguraros que jamás me ha sucedido aventura alguna — respondió el Hombre Común, con un último esfuerzo de galantería. —El encuentro con vos, señor cuentista, ha sido mi primera y única aventura. Contad ésta si os sirve para el caso.

Y sin dar tiempo a nuevas réplicas se fué, llevando apenas la mano al sombrero. Continué algunos minutos inmóvil como bajo el íncubo de una cosa increíble. Después volví a mi cuarto y no escribí mi cuento. Durante muchos días me turbó el relato de esta vida, y desde aquélla no he vuelto a reirme de los hombres comunes.

DIBUJOS DE BESARES

— SI VERDADERAMENTE MI VIDA OS ES DE UNA NECESIDAD ABSOLUTA, NO HE DE PONER NINGÚN EMPEÑO EN OCULTÁROSLA, SI BIEN DEBO ADVERTIROS QUE ES DE UNA PERFECTA SIMPLICIDAD.

De San Luis





Dos aspectos de la recepción y baile dado en casa del doctor Arancibia Rodríguez. Esta reunión ha sido la nota social más brillante del presente año.



El gobernador, señor Guillet, rodeado por los jefes y oficiales del 16 de Infantería que concurrieron a despedirse con motivo de su partida de esta localidad.



El señor Antonio Di Genaro con los amigos que fueron a felicitarlo por su reciente elección como presidente de la Sociedad Italiana "La Patriottica".



BLANCA, BRILLANTE Y SIN OSCILACION

Es la luz que producen las Lámparas **"MITRE"** incandescentes a Kerosene, Nafta y Alcohol común, con un poder luminoso de 100, 200, 300, 400 y 800 bujías (efectivas).

PARA ROMERIAS Y FIESTAS

PIDA PRECIOS Y CONDICIONES.

Existencia de repuestos para todos los sistemas de alumbrado en uso.

Importador y Exportador: **E. BONGIOVANNI** - Rivadavia, 2199 - Casa establecida en 1900

Materiales y Artefactos Eléctricos - Artículos Sanitarios - Fabricación de Cristalería - Materiales para Radiotelegrafía

---

CARAS Y CARETAS en España.

Pueden adquirirse ejemplares de "Caras y Caretas", en España, en todas las capitales importantes y kioscos de ferrocarril.

Para subscripciones, dirigirse a la SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA, MADRID: LIBERTAD, 7 — BARCELONA: Rambla del Centro, 8, 10 y 20 — IRUN

Lotería Nacional

Abril 5, de $ **100.000.** Billete entero, $ 21.50; quinto, $ 4.30. **CONBINACION** de $ 120.000, $ 27.50. A cada pedido debe agregarse $ 1.— para gastos de envío y remisión de extracto.

IMPORTANTE: A revendedores precios especiales. Giros y ordenes a

SANTOS GERARDI

SARMIENTO, 865 — Esc. 6 — BUENOS AIRES

Clisés usados

Se venden todos los clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra"

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

---





WOLLENSAK. TELESCOPIO DE BOLSILLO para teatro, campo y marina.

$ m/n 12.—, con estuche, franco de porte en toda la República.

PEDIDOS A: **E. GORTANC**

CARLOS PELLEGRINI, 468 — BUENOS AIRES

Lotería Nacional

PROXIMOS SORTEOS: 5 de Abril, de $ **100.000.** Billete entero, $ 21,50; quinto, $ 4.30. 12 de Abril, de $ **80.000.** Billete entero, $ 16.25; quinto, $ 3.25. A cada pedido debe acompañarse $ 1.— para certificado y extracto.

No olvide usted que sus órdenes debe hacerlas a la afortunada Casa de

Lima, 144 - Leonidas Rojas - Bs. Aires





¡Si Señor! es indispensable usar

LA CREMA DE AFEITAR

MENNEN

si desea afeitarse cómoda, perfectamente y sin la menor irritación. Solamente la palabra "MENNEN" da fe de su superioridad, y es una garantía de la bondad del producto. En venta en todas partes, a $ 1.50 m/n el tubo.

Si no puede conseguirla, escriba inmediatamente a los

Unicos Introductores: **DONNELL & PALMER** 554, MORENO, 572 Buenos Aires

De Mendoza



Concurrentes a la reunión social que se celebró en la residencia de la familia Pereyra, nota social que resultó muy animada.

LA PLUMA

¡La pluma es todo! Rayo que vibra, fuerza demoledora, puñal que hiere o látigo que fustiga.

Es orgullo de nido y cántico de paloma; es queja de angustia o grito de rebelión. Lo expresa y lo canta todo y no hay para ella armonía secreta, verdad oculta o misterios indescifrables.

Es un pedestal que eleva o un abismo que hunde. Es una llama que alumbra o una sombra que entenebrece. En los buenos es agua lustral que limpia y en los malvados simboliza todo lo que mancha.

Es un águila o un reptil, es arrebol y es niebla. Puede ser precipicio o servir de cumbre. Manejada por el servil que medra, es adulación rastrera que brota para ensalzar al prócer y súplica degradante que pide pan.

Dirigida por almas fuertes, almas nobles, la pluma es himno de grandeza y toque solemne que vive.

Es humo de incienso que sube al cielo; plegaria augusta que pide por las miserias; voz que electriza al pueblo y tormenta allá en la inmensidad.

¡Sí, la pluma es todo!

Es Alfa y Omega; cárcel y destierro; miseria y dolor para aquellos que la empuñan con valentía y libertad.



¡¡DEVOLVEMOS INTEGRO SU DINERO!!



Si la legítima linterna a nafta

"El Sol de Noche N.° 25"

no es realmente superior a todas sus similares.

TODOS LA IMITAN, PERO NINGUNO LA IGUALA

300 bujías de poder, **1** litro arde **12** horas. Se gradúa la luz a voluntad y funciona en **cualquier parte y con cualquier tiempo.**

HERMOSO SURTIDO EN LAMPARAS PARA TODOS LOS USOS Y GUSTOS

GRATIS remitimos nuestro catálogo ilustrado D. 30; pídase a:

RICHEDA y Cía. - Talcahuano, 289 - Buenos Aires

REVENDEDORES ACTIVOS NECESITAMOS, UNO EN CADA LOCALIDAD



SEÑORAS-SEÑORITAS-NIÑAS

No sufran más el terrible tormento del período irregular, pudiendo evitarlo con

REGLODEN

Regulador de los PERIODOS — FALTAS y ATRASOS

Fórmula del Dr. P. Caivano

Con REGLODEN, los períodos escasos, dolorosos, o los repetidos y profusos, con todos sus fenómenos (dolores de cabeza, cintura, vientre, vómitos, flujos, inapetencia, mal humor, etc.), desaparecen rápidamente. — Consulte su médico.

Solicite folletos enviando estampillas de franqueo al

Cía. PRODUCTOS QUÍMICOS SUPER S. A. Dr. P. Caivano - Florida, 271 - Bs. Aires

HERNIAS



(Quebraduras). — Si Vd. está herniado, su tranquilidad y bienestar dependen del Reductor que Vd. use. El Reductor "DORAT" (marca registrada) asegura una contención perfecta, por antigua y voluminosa que sea, sin causarle molestia y sin abandonar sus tareas habituales. Atendemos con urgencia pedidos de Campaña.

Solicite Folletos GRATIS. — No tiene Sucursales.

"DORAT" - Buenos Aires.

"DORAT" 577 ESMERALDA 577

Nuestros pequeños visitantes



Alberto Williams Lanfranconi, de pierrot.



Blanca Azucena Mileo, de dama antigua



María Aída Faltaro, de árabe.



Héctor Gueso, de pierrot.



Juan Angel Maisterrena, de arlequín



Albana Caneva, de billiken.



Emilio Martín Marginet, de bandolero andaluz.



Elsa y C. L. A. De Ninno, de noche y aladino.

Irma G. Oger y María A. Gritta, de portugueses.

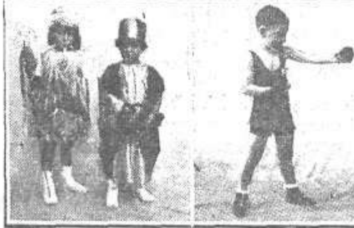


Lola María Parada, de chula madrileña.



Nélida Beatriz y Oscar N. Cuitiño, de gitana y pierrot.

José y Mercedes Rivas, de pierrot y colombina.





María Celetino y Héctor René Fariña, de España y Río de la Plata.

Oscar Begher, de campeón Firpo.



Orlando Velazco, de cebollero.



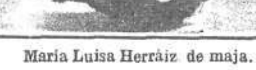
Olga M. Rodríguez y Felisa Olveira, de soirée mundana.



Clara y Arturo Staropoli, de mariposa y pierrot.

Dora Santos y Santos, de pavo real.





María Luisa Herráiz de maja.

María T. y Nelly Giordano, de pastoras pompadour



Francisco y Zulema Corsaro, de holandesa y pierrot.



Irma Zulema y Lucia E. Consejero, de gitano y billiken.



Ilda Febro, de mariposa.



Lucio Blear, de negra bailarina.



Aurora Ruiz, de maronilla.

Clara Gorga, de manola.

Lidya Bardi, de reina de Saba.

Nuestros pequeños visitantes



Palmira Spinelli, de mariposa. — María A. Massalin, de marquesa. — Ernesto Migliorero, de Sigfredo. — Orfelia Ochagavia, dama pompadour. — Flora Bellocchio, de dama antigua. — Mario Di Marco, de torero. — Matilde de O. Navarro, japonesa.






María Elena R. Arranz, serrana. — Ilda Lina Cerimedo, de segadora. — Sarita Schkop, de andaluza. — Osvaldo Aberastain, de pescador. — Amalia Sambusetti, de princesa. — Carmela Comiire, de bataclán. — Haydée O. San Martín, de pierrot.







Luis Julio Pastori, de cocinero. — Nélida Lamaestra, de molinera. — Nicolás Batista, de ángel. — Rita Sara Miranda, de maja. — Zulema A. Jacqueline, de cisne. — Josefina Campari, de egipcia. — Blanca L. Bretran, de favorita.









Celia Casanova, de mascota. — Sara C. G. Abal, de húngara. — María L. Facbiano, de equitación. — Elida Villanueva, de turca. — Dorinda Manzano, de manola. — Juan C. Alvarez de gaucho. — Elsa Alfano, de cisne.









Ana Civeira, de turca. — Tomás L. Portillo, de gaucho. — Félix Martínez, de gaucho. — Moisés R. Canessa de dama antigua. — María Castiglioni, de florista. — Sara Fontán, de manola. — Amadeo Herrera, de gaucho.








Vanda Sganbelluri, arlequín. — Elsa Robles, de Salomé. — Beatriz Barrios, de dama antigua. — Luis D. Bavestrello, príncipe. — Nieves Fernández, de maja. — Acelia Castro, de arlequín. — Constancia Pepe, de florero. — Sulita Vázquez, de guinda.

GENERAL PICO. — Automóvil ocupado por distinguidas señoritas de esta localidad que se destacaron por sus vistosos trajes.

Familias de Piña, Quiroga, Lacerca, Donadis y un grupo de jóvenes que realizaron una atrayente reunión campestre en la hermosa quinta del señor Lacerca.

Mercedes

La máquina de escribir universal de fabricación **alemana,** adoptada por oficinas nacionales, bancos y el alto comercio.

No necesita mayor recomendación, pues es **la última palabra de la perfección.**

Soliciten folletos y listas de **precios rebajados.**

Unicos importadores:

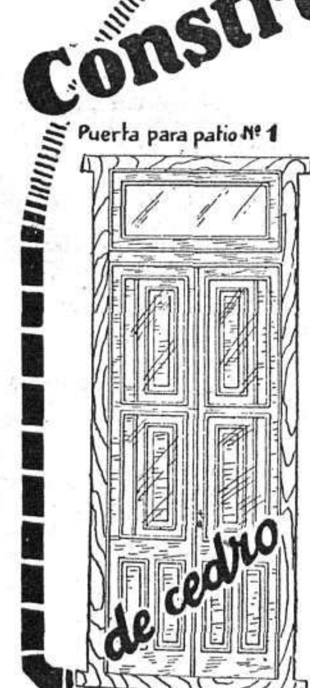
Exposición Boston

REICHE & Cía.

769, Moreno, 775 - Buenos Aires

Los Constructores





no sufrirán tropiezos en la prosecución de la obra iniciada, por cuanto **recibirán inmediatamente** cualquier pedido de **Puertas y Ventanas de cedro** que nos hagan y que obtendrán a menor precio que pagarían por las de pino blanco norteamericano. Nunca acepte pino brasilero: **¡se dobla!**

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17
18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25
26 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

Solicite Catálogo.

Puerta Nº. 1

De	300 × 110	c/u.	$ **94**
»	280 × 110	»	» **92**
»	260 × 100	»	» **89**

Ventana N.º 13

De	240 × 100	c/u.	$ **78**
»	220 × 90	»	» **72**
»	200 × 80	»	» **68**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Ventana Nº 13

de cedro

Acordamos 5 % de descuento



Escritorio: ***Charcas 2941*** *- Buenos Aires*



«PECADORAS»

Es una cinta sin duda argumentada por alguna mujer de experiencia, conocedora del mundo y sus maldades. Alice Brady, la simpática «estrella» cuya vivacidad expresiva es cautivante, interpreta, por decirlo así, la pecadora «máxima» en este enredo en que se ponen de relieve los peligros a que se exponen las «incautas» que se dejan arrastrar, oleaje arriba y abajo, por la inflamada corriente mundanal del lujo y de los placeres excesivos.

En esta película no salimos muy bien parados «nosotros»; desde luego se advierte la idea tendenciosa pro-feminismo y pro-moral, que ronda por todas las escenas; pero — seamos francos — hay muchas «perdiciones amorosas» en que la culpa es masculina, de carácter tenoriesco; en que hubo palabras, y hubo promesas, y hubo juramentos, y luego, ya satisfecho el capricho amoroso, todo fué humo...

Desde el punto de vista de una discreta enseñanza, recomendable a todas nuestras dulces «enemigas», esta producción que comentamos es excelente; pero la trama a través de la cual se ejemplariza, por lo forzado de algunas situaciones, no pareció convencer a todos los espectadores, algunos de los cuales meneaban la cabeza dubitativamente.

En fin; con sus méritos y sus tachas es digna de verse.

«LOS JINETES DE LA NOCHE»

Galopada en seis actos, ofrécenos una muestra del género aventurero, casi siempre interesante cuando los productores no han reparado en gastos. Aquí, en este truculento y movido celuloide, ocurren las escenas de rigor entre los miembros de una creditada cuadrilla de malhechores y la *molesta* policía de la comarca.

El protagonista, encomendado al notable actor Charles Ray, y la protagonista, encarnada en la agradable figura de la «estrella» Maud Dumham, acaban por atraerse «irresistiblemente» como dos corrientes magnéticas que son afines.

Interesante y sencilla, sin complicaciones, para niños y mayores.

«EL GALÁN IMPERFECTO»

Es de neta concepción anglosajona. El hombre que se hace a sí mismo a fuerza de energía y constancia; un emigrante que salta de Europa a Norte América y que se enriquece sin pensar en «nada»... hasta que un buen día se da cuenta de que posee centenares de miles de dólares, treinta años y una salud envidiable; y *entonces*, dándose una plamada en la frente, recuerda que, allende el océano, tiene un hogar, amigos, recuerdos, etc.

Vámonos, pues — se dice.— A casa, a ser feliz al lado de mis deudos y compatriotas.

Llega al pueblo. Al principio le miran, le saludan y hasta le admiran; mas poco a poco esa alimaña que se llama envidia y que está flaca porque no come sino que muerde, comenzó a roerle a él su reputación, de tal modo que todos sus vecinos se le mostraron hostiles.

Bueno; tendré que luchar como en el Canadá; sólo que aquí, en mi tierra, me será más difícil, ya que los obstáculos son de otra índole — se repitió, para animarse, el repudiado.

Y... en efecto; se le enredan los flecos del querer en el corazón de Violette, una aristócrata que le desprecia y se burla de sus pretensiones un día sí y otro también... hasta que, merced a la porfía del galán y a las meritorias cualidades que despliega para captarse simpatías, ella acaba por rendírsele como una corderilla, deponiendo todo su orgullo de infanzona; y se casan, que es cuanto se trataba de demostrar después de recorridos algunos miles de pies de celuloide no muy original y divertido.

«A NUEVE SEGUNDOS DEL CIELO»

Cinta que nos distrajo alegremente, es una mezcla jocoso-sentimental en que el argumentista, tirándoselas de hombre de imaginación, nos «sorprende» al final cuando nos cuenta que todo lo acontecido es una farsa ideada por un amigo actor para salvar a otros dos.

Perfectamente; estamos de acuerdo. Sin la advertencia nos hubiéramos quedado tan tranquilos, ya que el «nudo» se hallaba resuelto al tropezarse los héroes con las heroínas. En seguida advertimos que se trataría de un enlace por partida doble, como así sucedió, *salvándose* del suicidio los dos amigos, el rico aburrido y el jugador endeudado.

Entretenida con sus pujos de originalidad.

«EL MATCH FIRPO-BRENNAN»

Película que ya ha salido de Nueva York, si no miente el cable, será un éxito de primer orden en Buenos Aires si se ha logrado en toda la clara magnitud que ofreció la lucha. Advertimos esto porque, estando prohibido filmar espectáculos de boxeo en aquella urbe, recordamos que cuando la pelea Carpentier-Dempsey algunos filmadores se valieron de ingeniosos recursos para burlar la ley, recurriendo, un enviado de Pathé, al «sistema» aéreo, lo que le permitió alcanzar un metraje de la lucha no tan bueno como fuera de desearse, ya que la posición vertical no le dió lugar a mayor lucimiento.

«BOLA DE NIEVE»

¿Conocen ustedes a un negrito auténtico, pibe todavía, que trabaja en películas Pathé al lado de personas mayores y que lo único visible que nos muestra son los dientes y el blanco de sus ojazos asustadizos y maliciosos?

¿No recuerdan ustedes las porradas que recibe sonriente, los saltos mortales que da, las rendijas por donde se cuela, las burlas que hace a los *policemen*... siempre alegre y dispuesto?

Bien; pues este negrito, que gana un sueldo no inferior a cuatrocientos dólares semanales, ha tenido una idea de pequeña y caprichuda persona bituminosa: se ha empeñado en estudiar medicina y hacerse doctor en toda regla, especializándose en la cirugía.

De nada le han servido los discretos consejos de sus amigos: el travieso y obscuro renacuajo persiste en sus propósitos «carniceros».

— Pero ¿para qué quieres romperte la cabeza estudiando ingratas enfermedades si vives perfectamente con el sueldo de artista que ganas? — le han preguntado mil veces en el estudio donde posa.

— No importa; yo quiero manejar el bisturí y la sierra y cortar, cortar carne blanca como si fuera manteca.

Hay quien achaca esta *vocación* a un súbito despertar de antagonismo racial, ya que «Bola de Nieve» quiere ensayar sobre epidermis blancas.

En fin; que siendo negro este artista y teniendo un presente claro, suspira por un porvenir rojo.

NARCISO ROBLEDAL.

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: La voz incógnita, por **Edgardo Garrido Merino.** Los siete tripulantes, por **Héctor Pedro Blomberg.** Sin palabras, por **José M. Braña.** Tormentas, por **Antonio Zapata García.** El reo, por **Alfonso Maseras.** Un viaje al norte, por **Protasio Lucero.** El zorro y el suri, por **Luis L. Franco.** La caballerosidad del viejo Quilques, por **Santiago Maciel.** Reid, lectoras, por **Eduardo Zamacois.** Nuestras minas de carbón, por **E. Gilliat.** Más de onomástica, por **Miguel de Unamuno.** La pelea de Nochebuena, por **Sapper.** El receptor, por **Enrique Laverage.** La vida de los átomos, por **Pío Baroja.** La doble vista, por **J. Valero de Tornos.** Es ciertísimo, por **H. C. Andersen.** El gaucho, por **Vicente A. Salaverri.** Sensación de Jujuy, por **Adolfo Posada.** Hombres célebres: Voltaire, por **Eduardo del Saz.**